

ANZI SZIPAY Y LOS HUSQUA SUYUIS



PROLOGO



MARYSU



MARYSU

SUSANA MARÍA CAMPOS CHACÓN

Marysu es natural de Barranca, integrante de la CADELPO filial Barranca. Profesora de cosmetología, y cosmetóloga. Mi pasión escribir poemas eróticos, sensuales, acción, aventuras y fantasía urbana.

PROLÓGO

Las protagonistas de esta novela son mujeres que encarnan la dualidad entre la fragilidad y el poder de sus fuerzas; su condición de antiguas esclavas las hace portadoras de cicatrices físicas y emocionales. Convirtiéndose en leyendas vivas, símbolos en su lucha por la libertad, resistencia y voluntad. Cada una con su propio dolor, reflejándose en sus facetas: venganza, justicia, la tan ansiada libertad. Creando redención y esperanzas de vida para todos los esclavizados que rescataron.

La selva peruana no es solo un espacio hermoso, lleno de flora y fauna lujuriente. En sus entrañas es más salvaje, impredecible; es el espejo del caos, la violencia, de algunas personas con pensamientos oscuros que lo habitan. Entre raíces enmarañadas y ríos que parecen interminables, se ocultan secretos inimaginables; se libra una guerra por la libertad, que mezcla la naturaleza y el destino de muchos. El entorno actúa como cómplice de entes oscuros. La libertad, muy difícil de conquistar, mas no imposible de lograr, pero la maldad parece que jamás podrá extinguirse.

La prosa alterna entre crudeza y lirismo, mostrando la violencia sin sensacionalismo y la esperanza sin ingenuidad. Las escenas de combate se entrelazan con recuerdos de dolor y lágrimas, renunciación de una

vida, sacrificio, amor, hermandad, sentimientos y reflexiones, creando un ritmo que nunca te dejará indiferente como lector.

Así, esta obra no se limita a narrar la violencia en la selva peruana, ni la brutalidad de la esclavitud moderna, en todas sus formas. Nos invita a presenciar la transformación de la opresión en fuerza de voluntad, del dolor convertido en justicia, la memoria que no olvida en identidad. Estas mujeres; no solo empuñan armas, crean su propia historia y la reescriben enfrentándose y desafiando a quienes las convirtieron en esclavas, arrebatándoles su libertad. Su lucha trasciende el tiempo y lugares, nos recuerda que su verdadera emancipación y libertad comenzó cuando se enfrentaron al miedo y eligieron vivir sin cadenas, libres.

Se muestra el poderío del magnífico mundo andino, los espíritus de la guerra y la protección del padre Wiracocha.

SUSANA MARÍA CAMPOS CHACÓN

COMUNIDAD RELIGIOSA, LOS HIJOS DE DIOS



Cap1. Después de pasar el luto por sus hermanas, las guerreras estaban repuestas. Huaynaputina convocó a reunión a las comandantes Kusiquyllur y Killasisa; les comunicó que ella seguiría combatiendo.

Como en el pasado, les dio a elegir a las guerreras. Los lazos se habían estrechado de tal manera que no necesitaban hablar; todas decidieron seguir adelante. Huaynaputina agradeció la cohesión en su lucha. Ellas sabían y estaban conscientes de los peligros a los que se enfrentarían.

Huaynaputina retomó los sueños que tenía para los bebés y las Paykuna Upallanku. Decidió ponerlos en marcha. Pidió hablar con Wari, pero él ya estaba enterado de la decisión que tomaron las guerreras. Parecía que el jefe del Kaspacha Uray leía sus pensamientos. La comandante alzó una ceja; la conexión era total, le pareció muy buena, así no habría traiciones. El tiempo transcurrido al lado de los gorilas y la actitud de respeto hacia ellos. La comunicación era más fluida; las guerreras ya lograban entender parcialmente el lenguaje de ellos.

La comandante recibió la visita de Wari; junto a él estaba una numerosa comitiva. Pomahuasi y sus tres hijos, Naky, su compañero y un hermoso bebé gorila. Varios animales cánidos se hicieron presentes. Ella le explicó a Wari que deseaban trasladarse hasta la comunidad religiosa “Los Hijos de Dios”.

Juan, Ninan, África, las guerreras; se formó un gran grupo: alegres, bulliciosos, jugando, cantando, marchaban; fue un viaje inolvidable para todos, avanzaban bajo la protección del mundo subterráneo. En la comunidad religiosa, de pronto se oye un sonido sordo. Muchos de los integrantes corren a ver qué estaba pasando; debajo de un frondoso árbol se abrió un boquete. Corren, buscan sus armas, rifles viejos, azadones, algunas palas; aun así, apuntan, pensaban que los estaban atacando; las mujeres corren a esconderse con los niños. Buscan de dónde venía el ataque.

Desde las entrañas de la tierra surge la imponente presencia de la comandante en jefe de las Apus Supay, seguida de los gorilas, los felinos y el gran grupo de guerreras. Todos se quedaron estupefactos ante lo que veían; muchos corrieron asustados; solo el patriarca, con un atisbo de valentía, se atrevió a quedarse, pero le temblaban las corvas. Huaynaputina se dirige al padre:

—Buenos días, padre, no tengan temor, que no hemos venido a enfrentarnos con ustedes. Yo tomé como buena la invitación de ayudarnos; esta es la gran oportunidad de hacerlo y, de paso, hacer el bien.

Se vuelve señalando a los bebés, niños y las calladitas. Un grupo muy numeroso, que dejó al patriarca silente.

—Ellas son nuestras hermanitas menores, nuestros tesoros, y deseamos que ustedes se encarguen de ellas.

La comandante lo mira esperando respuesta; él estaba petrificado. Lo toma del brazo, moviéndolo energicamente y gritando:

—¡Padre, padre!

El padre se recupera y pide disculpas ordenando que traigan frutas, agua, comida, y amablemente los invita. Poco a poco los niños de la comunidad se acercan. Llenos de curiosidad, con temor pasaban sus manos por los pelajes de los gorilas y corrían a esconderse entre las faldas de sus madres; todos reían alegremente.

Sentados en una mesa, la comandante lo mira fijamente y le dice señalando a los bebés y a las Paykuna Upallanku:

—Ellas son nuestras hermanitas menores, queremos lo mejor para ellas y los niños. Eso incluye una familia que los quiera y los apoye; educación, valores, formación y un futuro para que ellos tengan un lugar dentro de la sociedad. Ustedes serán muy bien recompensados; por el dinero no se preocupen, esa parte la vamos a poner nosotros.

Un gorila se acerca con una talega y vacía el contenido. Ante los ojos del patriarca rodaron varias piedras preciosas, entre ellas una pepita de oro de gran tamaño y pureza. Una suma que podría despertar la codicia de cualquiera; el padre se tambaleó azorado, no pudo ni hablar, con la lengua seca, pegada al paladar. Ante sus ojos, una cuantiosa fortuna, mucha responsabilidad sobre sus hombros.

Con esto alcanza para que ellos y las familias que los tomen bajo su tutela vivan cómodamente. Construyan escuelas, contraten profesores, inviertan en salud, compren más tierras para siembra, contraten ingenieros, exporten sus productos y progresen. Nosotros vendremos periódicamente a ver el desarrollo de nuestros herma-

nitos. Los dejamos en sus manos. Padre, tiene que hablarle acerca de nuestra lucha como guerreras, nuestra razón de existir. Cuando lleguen a la adultez, ellos elegirán su propio destino.

Las mujeres del campamento sirvieron frutas, agua y comida; los niños jugaban muy alegres. Esa noche se quedaron a dormir.

Muy temprano, las guerreras se prepararon para partir; casi todas las calladitas se quedaron por el gran amor a los niños. Solo tres niños decidieron regresar con las guerreras.

Un grupo grande, entre hombres y mujeres, las aguardaba para unirse a ellas. Huaynaputina los mira y les dice:

—¿Saben los peligros a los cuales se van a enfrentar, si se unen a nosotras? ¿Muchos de ustedes tal vez no regresen vivos?

Uno de ellos se adelanta y contesta:

—Lo sabemos, estamos decididos, somos guerreros de Dios y queremos luchar junto a ustedes.

Huaynaputina volteó y preguntó con los ojos al padre; el patriarca la mira y le contesta:

—Ellos lo saben muy bien, hija. Tengo que aceptar las decisiones que tomaron.

La comandante les agradeció, una a una, la decisión tomada. Por última vez, volteó y le dijo al padre:

—Pronto regresaremos para ver cómo van nuestros hermanitos.

La comandante levanta la mano e inicia la marcha de regreso; cuando todos entraron, volvieron a cerrar la entrada.

ZUTANVRIO NEGRO



2. cap. En cuanto regresaron, pidieron hablar con el jefe del Kaspacha Uray. Huaynaputina se encargó de exponerle el deseo de todas; querían volver a combatir. Se dibujó una sonrisa en el rostro de Wari; no dijo nada, se retiró con todos los gorilas.

Los días pasaron y las Apus Supay continuaron con los entrenamientos. Wari se presentó en el campo de entrenamiento y les dijo que se prepararan para marchar hacia otra ubicación. Obedecieron, prepararon todo su arsenal; se unieron varios gorilas para ayudar a cargar todo. Sin perder tiempo, iniciaron la marcha.

El éxodo estuvo lleno de anécdotas y risas; los nuevos integrantes estaban muy felices y asombrados de la belleza del mundo subterráneo. Recorrieron largos tramos; caminaban de día, descansaban en las noches.

Llegaron a una zona geográfica desértica, llanura llena de cerros altos. Hicieron un descanso de varios días. Un gorila se presentó ante la comandante, le dijo que Wari las esperaba, señaló a las comandantes, las siete jefas de clanes, a los Katari, y pidió que lo siguieran. Ellas lo hicieron sin preguntar nada. Mig y Huchilla gritaron de alegría, no cabían en su cuerpo de contentos. Huaynaputina los tranquilizó; aún eran adolescentes.

El jefe del mundo subterráneo las esperaba. Entraron en un túnel que tenía un abismo impresionante. Con un ademán, Wari señaló unas escalinatas que descendían hacia las profundidades, talladas en las paredes de roca;

eran casi verticales y en espiral. A un lado, la pared rocosa totalmente desigual, con salientes que hacían casi imposible el paso; del otro lado, el negro abismo. Las gradas eran incontables; en algunos tramos las paredes estaban horadadas y servían como asideros; una caída sería fatal. Algunas raíces colgaban; escucharon las vocecitas alentándolas; volvieron a sentir la conexión con la naturaleza, las mariposas acompañándolas y alumbrándoles el camino.

Los gorilas las observaban con ojos críticos. Ninguna retrocedió o mostró miedo; ellas confiaban totalmente en los gorilas. Empezaron el descenso; las escalinatas fueron incontables; algunos tramos subían y volvían a bajar. Las horas pasaron; a medida que avanzaban, la oscuridad dificultaba visualizar el camino; las manos, a pesar de tener callos por los entrenamientos, sangraban. Huaynaputina no dejaba de comunicarse con sus guerreras y darles ánimos. Una a una llegó, con el cuerpo temblando y la adrenalina a tope. Cada reto cumplido las hacía sentir que no había imposibles para ellas. Abrazos y lágrimas de satisfacción y orgullo.

Una amplia habitación esculpida en piedra viva; el techo parecía tener estrellas que alumbraban el recinto. Con varias entradas y salidas, un centro ceremonial. La belleza de las talladuras en las paredes y techos abovedados hablaba de sus expresiones, la riqueza de la cultura peruana. Al fondo, varias esculturas: dos felinos y seis monolitos tallados en piedra de turquesa, cuidaban con expresión fiera las paredes, que despedían resplandores de color verde. Espectacular visión del mundo místico, inmensas vetas de piedras preciosas y semipreciosas.

Wari las miraba con el semblante muy serio. Huaynaputina presintió que se trataba de un momento muy im-

portante para ellas. Se escucha un rumor de pasos; ingresa una sacerdotisa encabezando un grupo de mujeres. Huaynaputina las quedó mirando, y reconoce entre ellas a Cura Ocllo. Las guerreras se inclinaron ante ellas, a modo de saludo y respeto.

La sacerdotisa da una orden. Wari y los gorilas movieron la pared; del fondo salen varios gorilas con unas lanzas y varias piedras negras que centelleaban intermitentemente con un color rojo intenso. Las depositan en el centro ceremonial. Huaynaputina, contuvo la respiración muy quieta, cerró los ojos temiendo lo peor. Se alza la voz de Cura Ocllo:

—Les vamos a entregar las armas más poderosas que jamás un humano vio. Son muy peligrosas, tienen vida propia, son muy duras, inteligentes y simbióticas.

—Los zutanvrios Negros son suyus para siempre; ellas reconocerán sus voces y sus pensamientos. Ustedes serán las únicas portadoras; estas piedras no pueden caer en manos extrañas, sería muy peligroso; si eso sucede, sería el final del mundo subterráneo. La guerrera que lo posea tendría que inmolarse para evitarlo. Cada piedra escogerá a su guerrera portadora; estarán unidas, en la vida y en la muerte; solo tienen que ordenárselo y las dos perecerán.

Una temblorosa piedra se eleva en el aire, da unas vueltas como buscando; de pronto parece ubicar a su simbiote y con velocidad, cae sobre la frente de Huaynaputina. Ella trastabilla por el impacto, evitando caer al suelo.

Wari se acerca con unas lanzas pequeñas, abre las puntas, le da una a la comandante, señalándole la piedra que permanecía pegada a su frente; ella trató de quitársela, estaba muy adherida a su piel. Hizo fuerza hasta desprenderla; le quedó una marca muy notoria en la

frente. La insertó en la punta de la lanza, formándose un capullo alrededor de la piedra, protegiéndola.

Cada guerrera recibió su lanza; esperaron a pie firme ser elegidas por las piedras. Una relación simbiótica, de vida y muerte.

HADAS MARAVILLOSAS



3 cap. Todos los clanes las esperaban un poco preocupadas. Las guerreras surgieron del centro de la tierra; cada una tenía su pequeña lanza sujeta a la espalda por correajes tejidos de lianas. Las lanzas empezaron a parpadear, saludando a todas las maqanakuy. La alegría fue general; hicieron una pequeña ceremonia de bienvenida.

Al día siguiente se preparan para partir. En un recodo, un grupo de guerreras las esperaba; Pomahuasi, Cura Ocllo y Naky se unen a la marcha. Huaynaputina las mira con alegría; las acompañaría. Se vuelven a internar en los túneles para continuar su camino. El avance fue duro, pero estaban acostumbradas; todo lo pasado las siguió forjando, puliéndolas como las mujeres más fuertes, guerreras de naturaleza indómita. Los Kataris maduraron, pero no habían perdido su curiosidad y alegría; desde que recibieron los Zutanvrios Negros, se sentían poderosos e invencibles. Las maqanakuy no sabían el alcance de su fama, que ya había traspasado las fronteras del Perú. No se sabía si eran guerreras, diabras, poderosas brujas, que tenían pactos con los demonios. No solo les tenían miedo, también las respetaban como guerreras. Se decía que todos aquellos que se enfrentaban a ellas quedaban malditos para siempre.

El sol despuntaba resplandeciente; con ello empezaba el día de la institución de protección a los menores huérfanos, abandonados, de padres drogadictos o de

maltrato familiar. “Hadas Maravillosas”. Megaproyecto de muchas hectáreas, situadas en el pueblito de “Pampalinda”, distrito de la Provincia de Oso Pardo, centro minero de la región de Madre de Dios.

Era un intenso ir y venir de niños y adolescentes; en algunas caritas no se veía reflejada la alegría; una permanente tristeza los acompañaba. Cayó la noche, todos los niños se acostaron, dormían pesadamente; varias figuras se deslizan entre las camitas, despertando a algunas niñas:

—Rápido, rápido, vamos, vamos, que ya ustedes conocen el camino.

Las niñas salen llorando, y la más valiente reclama airada:

—No quiero ir.

Un bofetón la tira al piso; de sus labios salen gotas de sangre. El hombre la levanta del cabello y le susurra al oído:

—Si lloras o haces bulla, tú sabes muy bien todo lo que te pasa.

Los cuerpos tiemblan, el miedo se refleja en las caritas, lágrimas silenciosas corren por los rostros. Suben a un furgón repleto de niños, escogidos de diferentes pabellones. Se internan en el camino de trocha, llegan a un campamento cercado de altos muros; todos bajan, separan a las niñas de los niños. Les ordenaron desnudarse totalmente; se quitaron hasta los zapatos; después los bajaron a los laboratorios subterráneos donde procesaban drogas. Los niños estaban a cargo del tamizado, mezclado, selección, pesaje, embalaje y etiquetado.

Armaban paquetes de un kilo, medio kilo, un cuarto y por gramos; los niños eran una mano de obra esclava,

trabajaban duro, y los traficantes no tenían que preocuparse por pagarles o compensarlos de alguna forma ante cualquier evento desafortunado. El trato era en forma personal con el director. Las niñas totalmente desnudas van a otro espacio, donde hacían el mismo trabajo.

Un hombre joven, bastante atractivo y sumamente amable con los niños, les reparte caramelos. Mira a la niña que se atrevió a replicar. La pérdida de la wawa es su apariencia agradable; le tiende la mano y le dice:

—Ven aquí, Kuychi, te traje chocolates.

Ella niega con la cabeza; a pesar de su edad, presintió que algo muy malo le esperaba, esconde sus manos y retrocede. Él se acerca, desenvuelve un chocolate y se lo da. La potente mirada del hombre la hipnotiza; ella sucumbe y prueba el delicioso sabor. Él la tomó de su mano; la niña, con un poco de reticencia, se dejó conducir.

Es hora de irse; les ordenaron vestirse a todos para regresarlos al orfanato. La niña camina penosamente; la mueca de dolor en su rostro, las lágrimas que caen copiosamente, delatan el sufrimiento; físicamente tiene huellas de todas las atrocidades sufridas.

Al llegar al orfanato, la niña fue apartada y llevada a la enfermería, donde curaron sus heridas y le ordenaron descansar. El día es gris; comienzan a caer algunas gotas de lluvia. La niña desea escapar; sabe que las volverán a llevar a la guarida del Cara de Ángel. Le costaba dar cada paso, casi arrastrándose. Llegó al patio trasero, no pudo más y cayó entre las plantas. Lloró y lloró llamando a una madre de la cual la separaron. Levanta sus ojos al cielo y, con un grito desgarrador, pide con todas sus fuerzas:

—¡Padre, padre, Wiracocha, llévame contigo!

Cada una de sus lágrimas se une a las plantas; ellas reciben su dolor, lo transmiten entre ellas y van llevando sus lamentos a través del subsuelo, buscando a las guerreras para comunicarles todo lo que sucede con los niños en el orfanato.

En las polvorientas calles de Pampa Linda, se detuvo un camioncito. Cuatro hombres, mal encarados y armados, bajaron a viva fuerza a un grupo de adolescentes. Los más reacios recibieron golpes, reducidos, amarrados como animales, y los obligaron a caminar, internándolos dentro del monte. Llegaron a la entrada de los socavones; reticentes, se negaron a entrar; sabían que si lo hacían no volverían a salir. Los hombres que ya los esperaban los empujaron al fondo de la abertura de la mina, sacaron las escaleras y los dejaron. Se escucharon gritos y llantos de intenso miedo. Si querían seguir vivos y comer, tendrían que trabajar horas y horas sin descansar.

El “Cara de Ángel”, encaprichado con la niña, hizo un trato con el director, el cual, sin remordimiento alguno, por una buena suma de dinero se la vendió. Su tormento se repitió una y muchas veces más, teniendo en cuenta que Kuychi era una niña de ocho años.

Las guerreras dormían cuando Huaynaputina sintió que la jalaban; escuchó vocecitas que la llamaban. Media, adormilada, por primera vez observa a las pequeñas plantas que le hablan, abre los ojos con sorpresa, se echa sobre ellas; las plantitas se pegan a su oído y le cuentan el sufrimiento de los niños del orfanato Hadas Maravillosas de Pampa Linda, en el que estaba Kuychi.

PAMPA LINDA



4 cap. Precioso Tapurimaya Cargador, desde pequeño, salió de su pueblo hacia Lima. De carácter prepotente y abusivo con las personas débiles, muy astuto, aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban. Después de varios ingresos a la cárcel por pequeños delitos: estafas, apropiación ilícita, etc. Su vida dio un giro; primero fue guardaespaldas y poco a poco fue escalando posiciones. Dentro de la política, nadie comprendía cómo logró ser nombrado director de la institución para niños huérfanos y en abandono. De hecho, nadie lo supo hasta que ocupó su puesto y comenzaron a pasar cosas raras. A pesar de que algunas personas se quejaron, mandaron documentos a la sede central de Lima, denunciando malos manejos y abusos a niños.

Los pobladores esperaban que enviaran una comisión a supervisar e investigar, pero nunca lo hicieron; no obtuvieron respuestas concretas. Con plena libertad y sin escrúpulos, comenzó el saqueo de grandes cantidades de dinero. Lo peor vino cuando lo visitaron mineros, narcos y esclavistas, proponiéndole la explotación de niñas, niños y adolescentes. Al principio se negó por la gravedad del delito, pero, al ver la cantidad de dinero y oro, se olvidó de todo escrúpulo, enloquecido de codicia y de poder.

Huaynaputina escuchó transida de dolor el sufrimiento de los niños, apretó los puños con rabia e inmediatamente se levantó. Para su sorpresa, las comandantes y las jefas de clanes ya la esperaban. Se reunieron, planearon el ataque, se acordó la menor violencia posible; podían herir a los niños, la lucha tendría que desarrollarse cuerpo a cuerpo y con armas blancas. Un grupo muy grande de maqanakuy observaron todo con respetuoso silencio. El grito de auxilio de la Pachamama les llegó a todas.

Los clanes de Chunka, Pusaq, Isqun se quedarían entrenando a las nuevas integrantes. Inmediatamente, se prepararon para partir hacia Madre de Dios. Los Katari integraban

el grupo; Ninan se prepara con su cuerpo médico; se les unió Juan. Despuntando la mañana, parten. La comandante ordenó que llevaran armamento pesado.

Kusiquyllur y Mig entraron al poblado de “Pampalinda”; parecían relajadas, pero estaban en alerta total. Los zutanvrios negros de sus lanzas perciben sus emociones y comienzan a parpadear. Ellas sonrían. Preguntan por la institución que albergaba a los niños, les señalan el lugar, miran la impresionante construcción; rápidamente regresaron. Velozmente, coordinan el ataque: Mig tocaría la puerta fingiendo traer donaciones; Huaynaputina abriría una entrada en el gran patio donde jugaban los niños, Killasisa y los clanes Kimsa y Huk detendrían las movilidades que se dirigían a la institución benéfica “Hadas Maravillosas”.

Se acerca el ocaso; se apresuran antes de que empezaran a llevarse a los niños. Se escucha un sonido sordo en el patio de juegos, que nadie identifica; estaban a metros de los dormitorios. Rampando los batallones, se deslizan hacia los pabellones. Casi al mismo tiempo, Mig toca vigorosamente la puerta; abren una pequeña mirilla, la voz de un hombre pregunta:

—¿Qué quieren?

Las maqanakuy con deslumbrantes sonrisas responden:

—Buenas noches, señor, traemos donaciones; nos envía el “Tata Anastación”. Se nos hizo muy tarde en el camino; traemos el encargo del señor Precioso Tapurimaya; él se puede molestar si no se lo entregamos hoy.

Al ver la duda en sus ojos, levantan las manos, le enseñan una talega; la abren. El hombre abrió la boca por la cantidad de dólares, pepitas de oro y piedras preciosas. La ambición lo ciega; él sabe de los negocios del director, pierde toda precaución y abre la puerta relamiéndose, por lo que le tocaba, por guardar silencio.

Una niña, con huellas de llanto en su carita, está parada junto a la caseta del portero. Mig de un vistazo se da cuenta de lo

que pasó; no deja de sonreír, amablemente se inclina simulando una reverencia, el gesto oculta el puñal en la mano, y lo hunde velozmente en la prominente barriga del hombre, que la mira asombrado. Huchilla le salta detrás, le tapa la boca para evitar que grite. La oriental hala el puñal hacia arriba, lo saca para volverlo a hundir en el cuello y retorcerlo.

Se arrodilla, tomó la mano temblorosa de la niña, le acaricia la cabeza, la acuna entre sus brazos. El dolor traspasa su corazón, recordándose a ella misma cuando la rescataron. Con lágrimas en los ojos y voz muy suave le habla:

—No te asustes, no grites, ese cerdo asqueroso ya no te podrá hacer más daño. Hemos venido a rescatarlos, llevarlos lejos a un lugar seguro, donde nadie les hará daño y podrán ser felices.

La niña, muy asustada, los guía hacia la dirección de la institución, con mucha cautela. Sin hacer ruido, llegan hasta la puerta; se escucha música y varias voces. Tocan la puerta, no abren. Vuelven a tocar; Huchilla dice en voz alta:

—Venimos por los chicos del patrón “Tigre”.

El director, sin abrir la puerta, grita desde adentro:

—Estoy ocupado, busquen al “Flaco”, él está a cargo de los negocios, búsquenlo y le dicen que van de mi parte.

Ellas entienden que hay varias personas involucradas en este sucio negocio; difícilmente habrían podido hacerlo solos. Insisten, pero no abre la puerta. Mig, temperamental como ella sola, quiere entrar a sangre y fuego, se muerde los labios de coraje, las lágrimas se agolpan, abre la boca y grita en silencio. Huchilla le toma la cabeza y la aprieta sobre su pecho, dándole soporte emocional.

El Zutavrio de Mig comienza a parpadear con tal furia que ella sentía la vibración en la espalda. Todas las pequeñas lanzas empezaron a hacerlo; parecían comunicarse entre sí. Huk, Kimsa y Mig toman la determinación de romper la puerta; se aprestan a dar el golpe. Huchilla levantó la mano,

observó un resquicio en la puerta, introdujo la punta de su Zutanvrio a modo de palanca; entre todas hacen fuerza, la puerta cedió suavemente con un clic. El director de la institución no escuchó que la puerta se abría lentamente. Al fondo de la oficina, una pequeña habitación, con la puerta cerrada; debajo de la puerta salía una tenue luz, se escuchaban voces, risas, música; el olor a licor, cigarros y perfume era muy intenso. Se acercaron sin hacer ruido; por precaución, se agazaparon. Mig estiró la mano para abrir la puerta, se detiene, saca los cordones de sus trenzas, envuelve la perilla para ahogar el sonido al abrirla. La puerta se abre con un clic ahogado. El hombre no se dio cuenta; este se encontraba desnudo, retozando en una cama con dos adolescentes. Al percatarse de las personas, se tira de la cama y grita:

—¿Qué mierda pasa? ¿Quién chucha son ustedes? ¿Qué quieren?

Precioso Tapurimaya, de una patada cierra la pequeña puerta, corre hacia un rincón, buscando desesperadamente algo. Mig toma su lanza, le da un beso y le dice: “No me falles”. La aprieta y la arroja con mucha fuerza. La pequeña lanza hace una curva, hace un forado en la puerta y va directo donde está el hombre. Lo traspasa limpiamente, da la vuelta y regresa donde Mig. Ella, azorada, la toma, mira su lanza y da un gritito de alegría; era cierto, nunca más estarían separadas. A patadas tumban la puerta interior. El hombre se hallaba en el piso, exhalando bocanadas de aire en medio de un charco de sangre. Les ordenan vestirse a los dos adolescentes, que reían sin control por efecto de las drogas, y los rescatan.

Huaynaputina escucha el grito de Mig; los empleados despiertan. Ahora ya era tarde para seguir en silencio; varios hombres armados corrían y gritaban, dando la voz de alarma. Hay tres camionetas; ellos corrieron hacia un pequeño camión. Killasisa y Huaynaputina apuntan, disparan a las llantas para evitar la fuga; los alcanzan; el enfrentamiento es cuerpo a cuerpo.

RESCATE



Scap. El personal administrativo, los guardas y los empleados de mantenimiento se unieron para defenderse. Pero ellos no eran adversarios para ellas.

Apu Supay, mujeres con el alma curtida, endurecidas por dentro y por afuera, de víctimas a luchadoras, transformando su dolor en furia, resistencia y resiliencia, dispuestas a morir. Rápidamente dominaron el enfrentamiento, los acorralaron por varios flancos y los sometieron. Los ataron metiéndolos en el pequeño camión. Huaynaputina siempre a la cabeza, las guerreras entran corriendo dentro de las instalaciones; todas en puntillas se dirigen a los dormitorios, se separan buscando a Kuychi, la niña que pidió auxilio al padre Wiracocha. Pero hay un gran problema: no la conocen. Comienzan a llamarla en voz baja.

—¡Kuychi, Kuychi!

No hubo respuesta; algunos niños despiertan, ellas les pidieron silencio y les hablaron.

—Por favor, guarden silencio, no se asusten; nosotras hemos venido a ayudarlos, no les haremos daño.

Un niño se les acerca silenciosamente, señala hacia un lugar; la puerta tenía una cruz roja, era la enfermería. Entran corriendo; el estado de Kuychi era sumamente delicado; se hallaba inconsciente en una camilla con suero canalizado en venas; se podían apreciar suturas, heridas, moretones en su piel, violentada repetidas veces, hasta que su cuerpo no aguantó los ataques. La imagen les desgarró el corazón; era una niña indefensa y desprotegida. La mayor parte de ellos fueron maltratados, abusados, algunos más que otros. Optaron por llevarlos con ellas al mundo subterráneo.

Ahora se encontraban ante una difícil encrucijada: ¿qué hacer con todos los niños? Fue una decisión crucial y de mucha responsabilidad. En términos generales, casi todos necesitaban ayuda, unos más que otros; después de pensarlo, optaron porque desplazarían a los más vulnerables y explotados.

Los reunieron y les explicaron que no podían llevarse a todos, que eran como ciento veinte niños. Los niños más grandes podían elegir libremente si deseaban quedarse o marcharse con las maqanakuy.

Killasisa, y los clanes Kimsa y Huk estaban apostados al lado de la trocha. Un camión viene dando tumbos por el camino; se dirigen a la institución, hicieron señas al vehículo. El conductor, al ver solo mujeres, se orilla; los dos hombres que lo acompañaban también se bajaron. Las guerreras notaron que estaban muy bien armados; ellas disimularon, los rodean, sonrían y Killasisas le pregunta:

—Hola, tío, el “Tata Anastación” nos mandó, somos su gente, ¿cómo podríamos conseguir unos cuantos muchachos para que trabajen en el envasado de merca? ¿Con quién tenemos que tranzar y cuál de todos los grupos nos recomiendan?

Ellos fruncen el ceño; no conocían al “Tata Anastación”. Al verlas solas, sonrieron socarronamente y contestaron.

—Vengan con nosotros.

Con cautela, los cercaron; tenían que evitar que se acercaran a la institución; se darían cuenta de lo que sucedía. El chofer no vio venir el puñetazo de Killasisa; por su rapidez, muy bien colocado, lo dejó en el suelo fuera de combate. Kimsa y Huk reducen a otros dos. Con una mirada, las tres toman una rápida decisión: no los dejarían vivos, eran gente muy peligrosa. Les dispararon en la cabeza, los arrastran hacia el monte, se suben al pequeño camioncito y lo cruzan en el camino, obstruyendo el paso de otras movilidades. Escuchan el aullido del lobo gris; era la señal.

Prontamente, se dirigen a la institución, encuentran la puerta entreabierta, ingresan y escuchan el grito de Mig. Todos los corazones de los zutanvrios comenzaron a vibrar, emitiendo una poderosa luz roja. Al entrar, lo primero que ven es al portero; se dan cuenta de que sus hermanas ya los habían dominado.

No pierden tiempo; las guerreras se ponen de acuerdo, reúnen a los niños en el patio, les comunican que solo se llevarían el grupo de niños más vulnerables y que necesiten atención médica. El resto de ellos se quedarían para contar los horrores a los que estuvieron sometidos.

Todos los niños comenzaron a llorar; ellos no deseaban quedarse, vieron cómo castigaban a los hombres malos y querían irse con ellas. Con los sentimientos a flor de piel y el tiempo en contra, no tienen más remedio que llevárselos. Ingresan a los túneles, se apuran, temen que vengan personas; cuando todos estaban dentro, vuelven a sellar la entrada, emprenden el camino. Mig, Huchilla, Killasisa y algunas guerreras se quedan rezagadas. Mig opina.

—No podemos dejarlos vivos, sería contraproducente; ellos no sintieron compasión por los niños, menos lo harían por nosotros; si pudieran, nos matarían.

La oriental rastrilla su arma, abre la puerta posterior del camioncito y abre fuego, terminando con todos. Corren para alcanzar el grupo, se dan de bruces con dos mujeres escondidas; estas se arrodillan y gritan;

—Nosotras somos el personal de limpieza.

Killasisa de un puñetazo, derriba a la mujer que habló, cae al suelo, le pisó con rabia el cuello y le dijo:

—Mentirosa de mierda, no puedo comprender cómo dos mujeres que deberían cuidar a los niños prefieren cerrar los ojos, ignorando lo que estaba pasando, delante de sus ojos. ¿El dinero las ayudó a volverse ciegas?

Las dos van a ir con la policía; tienen que contar todo lo que aquí vieron y lo que pasaba, sin olvidarse de nada. Las mujeres niegan con la cabeza y dicen:

—Nos van a matar, si hablamos o los denunciarnos.

—Si no las matan ellos, lo hacemos nosotras. ¿Ustedes eligen? Las buscamos, las quemamos vivas y a todos los que estén con ustedes, y mucho cuidado que les cuenten a los esclavistas que fuimos nosotras. ¿Me entendieron?

Las mujeres asienten llorando de miedo. Dan la vuelta para retirarse; Mig con el rabillo del ojo, se percata de que una de las mujeres saca una pequeña pistola que tenía escondida entre su ropa. La oriental da un violento giro en el aire; un balazo le roza el hombro. La mujer no tuvo tiempo de volver a disparar; África lanza su tumi, este se clava en el estómago. De los ojos de Mig pareció salir llamas. Huk levanta la mano, apunta y dispara; la mujer queda tendida en el suelo, miran a la otra y le dicen:

—Tienes una sola oportunidad, no la desperdicies.

Las guerreras dan la vuelta y se alejan, internándose en el mundo subterráneo.

KUYCHI



6 cap. Las guerreras cierran la salida, apresuran el paso y alcanzan al grupo. El avance era muy lento para los niños. Huaynaputina llevaba cargada a Kuychi. Ninan llevaba en alto el pomo de suero canalizado en vena. Mig la interroga con los ojos; la comandante le responde:

—Sí, ella es la niña que nos llamó pidiendo ayuda.

Se acerca y le acaricia las manos; los ojos se le llenaron de lágrimas a la oriental, unas cuantas ruedan y caen en el rostro de Kuychi. La niña entreabre los ojos; el miedo se refleja en ellos. Con la respiración agitada, gime de dolor; Mig no puede y tampoco quiere ocultar sus emociones. Mig nunca lloró por ella misma, aprendió a ser fuerte, pero cuando veía cuadros como este, el dolor recorría su cuerpo recordándole el suyo propio. Apretando sus dos manitos, con las lágrimas cayendo por su rostro, le pregunta suavemente.

—¿Quién te hizo tanto daño, wawita?

Dos de los adolescentes alzan la voz y gritan.

—A ella se la llevaban a la fuerza el Cara de Ángel, Piurano, Retaco y Tabernero. También abusaban de otras niñas y niños. Nosotros conocemos en qué lugar están los laboratorios. Ellas dudaron; eran pequeños y tal vez no recordaban el camino. En la selva es fácil perderse y no reconocer la ubicación de las caletas. Mig mira a la comandante, sus ojos le suplican; Huaynaputina entiende el mensaje, la decisión toma una fracción

de segundo. Como si la suerte estuviera de su lado, providencialmente Naky y otros gorilas vienen a ayudar a las guerreras. Huaynaputina rápidamente le dice a la gorila:

—Por favor, ¿te haces cargo de todo? Nosotras tenemos cuentas que cobrar.

Cuando los niños vieron a los gorilas, gritaron de miedo; los calmaron, les explicaron que eran amigos, que ellos no les harían daño; con desconfianza los siguieron. Poco después, tímidamente se fueron acercando, primero los más pequeños; más tarde todo era novedoso, jugar y reír. Los niños ya estaban a salvo.

Huaynaputina envía a dos guerreras; ellas emprenden veloz carrera hacia el campamento; necesitaban más armamentos, también al resto de los batallones, que se hallaban cerca. Ninan decide unirse a las warmis; deja un pequeño grupo de médicas a cargo de los niños. Pronto estaban listas; no podían dejar que los narcos se dieran cuenta de que fueron ellas y se prepararan para enfrentarlas.

Uno de los gorilas se une a los batallones guiándolas por otra salida; avanzan a trote rápido, abren una entrada. África, Mig, Huchilla, los clanes de Chunka, Isqun, Pusaq decidieron ser las primeras que vayan a la cabeza del ataque. La comandante comprendió las razones que tenían y aceptó. Los adolescentes miran embobados a las guerreras y todo el material bélico; los impresionó tanto que no hablaban.

Mig y África cargaron sobre sus hombros los lanzamisiles; sabían que se enfrentarían a delincuentes bien armados y capaces de todo. Esta sería una lucha a muerte, porque los clanes; Chunka, Isqun y Pusaq llevaban muchos recuerdos que dolían y coraje en el corazón. Abren

una entrada; los pasos horadan la tierra dejando marcas, salen a pocos metros de la caleta de Cara de Ángel.

Ubicada la caleta, Huaynaputina ordena a Naky que regresara con los adolescentes y se unieran a la caravana de niños que se dirigían a la comunidad religiosa, Los Hijos de Dios.

Las francotiradoras, parapetadas entre el monte, observaban el campamento. Cara de Ángel nervioso, impaciente, daba pequeños paseos. Muy temprano, una movilidad fue a recoger a los niños que trabajaban en la droga; estos no regresaban y tampoco contestaban sus radios; su olfato le decía que algo estaba pasando. Envío un grupo de chalecos muy bien armados al orfanato. Sus hombres regresaron con noticias desconcertantes. El personal de seguridad y los empleados muertos; el director estaba agonizante con una herida que lo pasaba de lado a lado; pensaron que usaron balas explosivas. Y todos los niños estaban desaparecidos. Cara de Ángel se encontraba furioso, pateaba todo lo que encontraba; inmediatamente sospechó de otras firmas. Ordena a sus hombres armarse, pide refuerzos para proteger su laboratorio. Rápidamente le prepararon un todoterreno para abandonar la caleta; corre a su cabaña, segundos después sale con un morral repleto de dinero y una pistola ametralladora, mirando a todos lados, flanqueado por varios hombres.

Mig lo mira y se arrodilla, saca su Zutanvrio, lo acaricia, le da un beso, arquea el cuerpo hacia atrás, toma aire y lo lanza con todas sus fuerzas. La pequeña lanza sale disparada haciendo un débil sonido de velocidad, traspasa limpiamente al narcotraficante. El Zutanvrio regresa donde Mig que se para firme en el suelo para recibirlo, y le dice

—¡Te amo, Zutanvrio!

Cara de Ángel no lo vio venir y tampoco se dio cuenta de que estaba mortalmente herido. Sigue corriendo hacia su todoterreno; sus hombres lo miran horrorizados. Casi alcanza la movilidad, siente que algo le molesta, se para en seco y baja la vista, ve parte de sus intestinos saliendo hacia fuera, no quiere creer, mira a sus hombres, y lo que ve reflejado en sus miradas le dice que es verdad. Cae lentamente de rodillas; ya en el suelo comienza a llorar, sus varoniles facciones se distorsionaron. Los hombres se apartaron horrorizados, se parapetaron, buscaron desde dónde vino el ataque, pero todo estaba en silencio.

Las Apu Supay vieron lo que Mig hizo con su pequeña y poderosa lanza. Los zutanvrios comenzaron a volar por todo el campamento; ellas, a pie firme en tierra, esperaban el golpe de su regreso. Los recuerdos de sus hermanas torturadas guiaban sus brazos. Las guerreras salían como hormigas del fondo de la tierra; los lanzamisiles destrozaban las cabañas, disparos, lucha cuerpo a cuerpo, volaron la antena de comunicación. Sabían que se enfrentaban a personas que no tenían piedad de nadie. Más preparadas que antes, los cercaron y no le perdonaron la vida a ninguno. Los cuerpos de los traficantes quedaron regados.

Como un homenaje póstumo, Huaynaputina con lágrimas en los ojos, lanzó el aullido del lobo gris, replicado por el resto de las guerreras. Se escucha en la distancia, causando temor en las otras caletas. La comandante consulta con la mirada; todas responden con el fervor de las emociones a flor de piel. No esperaron, cargaron sus armas. Enrumbaron hacia los otros campamentos.

RETACO Y PIURANO



Cap.7. Las guerreras emergían del fondo de la tierra; parecía que la misma Pachamama las paría. Armadas y aullando como demonios. La caleta del Retaco y el Piurano estaban una al lado de la otra. Apuntan y disparan tres misiles, que destruyeron gran parte de las caletas. Emiten el aullido del lobo gris, en honor a sus hermanas caídas. Cada golpe de los zutanvrios era mortal: volaban buscando el blanco, localizaban, los traspasaban y volaban de regreso a sus dueñas.

Corren entrando por varios flancos; dentro de las caletas, la lucha se desarrollaba cuerpo a cuerpo; los sables de Mig hablaban por ella. África, piernas largas, ágiles y a cada salto con una mano cortaba el flujo sanguíneo; el otro puñal en mano, dejaba un reguero de traficantes caídos; su destreza rivalizaba con la de Mig.

Killasisa metralla en mano, no deja enemigo vivo; los clanes de Chunka, Isqun, Pusaq avanzaban, como poseídas por los espíritus de sus hermanas. Huchilla, Ninan y los hombres que integraban las tropas se multiplicaban cuidando la retaguardia, para evitar que las atacaran por la espalda. Fue una carnicería atroz; varias guerreras resultaron heridas. Ante la victoria, las lágrimas corren por sus rostros.

Cargadas de adrenalina y sin querer parar, se dirigen a la caleta de Tabernero. Se despliegan, sigilosamente entran, ven varias mujeres solas; estas se asustaron al verlas cargando armamentos pesados, sus rostros contraídos reflejan una fiera brutal, las reúnen y les preguntan:

—¿Dónde están todos los hombres?

Ellas responden que todos escaparon. Las guerreras las miran sin creerles. Todo estaba muy tranquilo y en silencio;

este hecho no era normal y llamó la atención de las guerreras, que, desconfiando, dan vueltas por la caleta. Un ligero movimiento entre el monte las alertó. Iskay y Huk, a una señal de la comandante, reptando entre las plantas, rodean los matorrales, apuntaron y les ordenan:

—¡Salgan muy despacio con las manos en alto, o los dejamos como coladera! ¡Y no se demoren que no tenemos paciencia!

Lentamente, se fueron incorporando; todos eran esclavos, las miran desconcertados, se dan cuenta que las mujeres no eran traficantes. Otras dos mujeres intentan sacar sus armas; Huk apuntó y le disparó, en la pierna; ella cae. Los esclavos, sintiéndose protegidos, aprovechando el momento, descargan sobre las mujeres todo el odio acumulado; se les echan encima, las golpean desarmándolas, aprovechando el momento de confusión. Una mujer les dice a las guerreras:

—Todos están escondidos en el laboratorio subterráneo. Mig y África se miran y sonrían, y les preguntan:

—¿Dónde están?

Ellas corren delante de las guerreras, llegan, les indican señalando la entrada. Mig y África, en silencio, les hacen señas a las demás guerreras; rápidamente toman un lanzamisil, se tiran al suelo, Mig lo carga en el hombro, África viene en su ayuda, se sitúa detrás de ella, pone el hombro para cargar entre las dos y estabilizar el arma; las dos apuntan y disparan; lo mismo hacen los clanes de Chunka, Isqun y Pusaq. Todo vuela en pedazos, el polvo de las explosiones se levanta, creando nubes oscuras; quedaron enterrados.

No sabían qué hacer con las mujeres que trataron de encubrir a los narcotraficantes; ellas jamás llevaban a personas capturadas al mundo subterráneo. La única fue la ginecobotetra de la clínica; consideraron que les serviría más adelante. Ahora, ya convertida en una Apu Supay, pidió perdón y se unió al cuerpo médico. Llevar personas significaba un peligro para todo el mundo subterráneo; muy a su pesar, las de-

jaron, las amarraron y vendaron para que no vieran su retirada. Antes de entrar, les preguntaron a todos los rescatados si deseaban unirse a ellas.

—Si desean formar parte de las Apu Supay, serán muy bien recibidos. Al unirse, tendrán que renunciar a todo, ya que se quedarán para siempre. Regresaron con un grupo de nuevos integrantes.

INTEGRACIÓN DE GINE



Scap. Preparan las ceremonias fúnebres, entierran a sus guerreras muertas; el cuerpo médico atiende a las maqanakuy heridas.

Una mujer pide permiso para hablar con la comandante. Huaynaputina la recibe; se dio cuenta de que era una india muy bella, sus pómulos salientes, ojos achinados, cabello negrísimo, abundante, con largas trenzas, bien plantada, con actitud decidida.

—Gran Comandante, me llamo Zugu, te agradezco por liberarme, pero necesito regresar por mi bätssi. Somos de México; vine por un intercambio estudiantil. La familia que me acogió me dijo que yo podía traer a mi bätssi y así lo hice. No estoy segura de si ellos nos trajeron con engaños. Me mandaron a comprar, fui con mi bätssi, y tres personas nos secuestraron. Después me separaron de ella; esos hombres me decían que si quería ver sana a mi bätssi, tenía que cooperar. De eso ya hace casi dos años, y yo no sé dónde está.

Huaynaputina ve las lágrimas ardientes que se deslizan por el rostro de la mujer, mira el dolor de una madre. Rápidamente, toma una decisión y le dice:

—Si quieres recuperar a tu hija, tienes que aprender a defenderte. Vas a practicar mucho y, cuando estés lista, nosotras te vamos a ayudar. Es una promesa de mujer.

Zugu, mirándola a los ojos, le asegura:

—Eso no es problema para mí, yo soy del pueblo otomí en México. En mi pueblo, los guerreros en la antigüedad empezaban a practicar desde los siete años. Prometo aprender muy pronto, no te fallaré, haré que te sientas orgullosa de mí, mi bätisi lo vale. En su rostro se reflejaba la determinación.

Mantienen constantemente dormida a Kuychi, y determinaron una operación para suturar heridas abiertas. Ninan no era ginecólogo, pero después de tanto atender a muchas mujeres con daños vaginales por violaciones, ya tenía experiencia. La mujer que se llevaron de la clínica ya había pedido varias veces incorporarse al grupo de médicos; ellas habían hecho oídos sordos a sus súplicas, no podían confiar en ella; varias veces se plantearon dejarla para siempre dentro de Kaspacha. Quizás por alguna razón desconocida no lo hicieron. Ella empezó a gritar:

—¡Yo soy ginecóloga, soy ginecobotra y puedo ser de mucha ayuda!

Ninan sopesa las necesidades de atención especializada que tiene la niña, mira a Huaynaputina y le dice:

—Comandante, no queda más remedio que confiar en ella, necesitamos una especialista. La niña está grave; la comandante lo mira y le pregunta:

—¿Tú respondes por ella?

—Ninan voltea y pregunta con la mirada a todo el grupo de médicas, y ellas le brindan su apoyo total. La comandante da su permiso. Ninan liberó a la mujer, mirándola fijamente; le recalció:

—Tu vida está en juego; una sola pestaña tuya que esté fuera de lugar será tu sentencia de muerte. Tú ya nos conoces, sabes muy bien de lo que somos capaces de hacer.

Ella acepta y responde:

—No tendrán ni una sola queja de mi parte. Hace mucho tiempo que entendí por qué luchan ustedes.

Después de un buen baño, se incorpora rápidamente. Ninan y el resto del equipo médico, ayudándose de todo lo que tenían a la mano. Kuychi no podía esperar más; la prepararon para la cirugía. La ginecobotetra, tras una rápida revisión, se dio cuenta de que tenía cicatrices anteriores y recientes. Lo principal era cerrar heridas; más adelante necesitaría cirugías reconstructivas. Les explica los métodos a seguir; todos escuchan en silencio, muy compenetradas, y continúa:

—No contamos con un quirófano, carecemos de instrumental quirúrgico modernos; lo más importante después de la operación es cuidar la asepsia. Realmente necesitamos un milagro

—No te preocupes, nosotras estamos acostumbradas a correr riesgos.

Naky con su familia, junto a un grupo de gorilas, se mantenían junto a las guerreras; estaban muy apenados. Huaynaputina ordena hacer el pago a la Pacha Mama, preparan la ceremonia, asisten todas las guerreras. Fueron horas angustiosas; todo el Kaspacha Uray guardaba silencio.

La ginecobotetra, bajo la supervisión de todo el cuerpo médico, empezó la delicada operación: suministran anestésico a la niña. Tras una rápida revisión, Gine se dio cuenta de que los daños internos eran muy graves. Tenía el aparato reproductor, interno y externo, perforado, y le preguntó a Ninan:

—No vamos a poder salvar el aparato reproductor, los daños son terribles, tenemos que extirpar todo, para salvar su vida. Ella jamás podrá tener hijos.

Ninan aprieta los puños, un grito de impotencia sale de su garganta, sus ojos se llenan de lágrimas, las quitó de un manotazo y asiente dando su consentimiento. Todo el cuerpo de las médicas no se separaba ni un centímetro de ella; casi eran una sola persona. Gine, a la vez que avanzaba la operación, les narraba los procedimientos; con mucha paciencia explicaba. Por fin terminó la intervención; el cuerpo médico en pleno se reunió y cambiaron criterios acerca de la cirugía y

resultados. Ahora solo queda esperar la reacción de la niña, para superar la operación. Ninan y todas las médicas estaban felices aprendiendo otras técnicas.

Kuychi se recuperaba lentamente bajo la supervisión de Ninan; los cuidados y el amor de todas las guerreras, la magia y el poder del mundo místico ayudaron.

REENCUENTRO ZUGU Y KUYCHI



9cap. Comienzan los entrenamientos selectivos de los nuevos integrantes. Zugu se integró totalmente, comenzó su entrenamiento con bravura extrema; Huaynaputina observaba el ahínco que ponía en cada una de las prácticas. Muchas veces se levantaba en las madrugadas, totalmente en solitario, y practicaba hasta el nuevo día. Ella no sabía que todo el mundo subterráneo estaba al tanto de sus movimientos, y que nada pasaba sin que todos lo supieran.

Cuando Kuychi despertó, después de dos días de la operación, todo el mundo subterráneo festejó. Ella se recuperaba de sus heridas lentamente; llegó el día en que dio sus primeros pasos. A Zugu le pareció extraño que, sin conocer a la niña, se alegraran de su mejoría. Para las guerreras, todas eran hermanas en el sufrimiento, sus luchas y sus ideales.

Pasaron varios días; Kuychi ya podía moverse. Apoyada en el brazo de Mig salió a dar un pequeño paseo. Las guerreras estaban practicando lucha cuerpo a cuerpo. La pequeña se queda mirando y le dice a la oriental:

—Yo también quiero practicar

—Y lo harás, de mi cuenta corre, yo personalmente te enseñaré a defenderte.

Huaynaputina hace un descanso cuando vio a la pequeña apoyada en Mig; se acerca y le pregunta:

—¿Te están tratando bien, te sientes mejor?

La pequeña sonríe, trata de contestar; desde atrás se oye un grito tan potente y desgarrador que todas se quedaron paralizadas al escucharlo. Zugu sale corriendo desesperadamente de entre el grupo que practicaban.

—¡¡¡Kuychiiii!!! ¡¡¡Bätsi, mi bätsi, Dios mío, ¡¡¡es mi bätsi!!! ¡¡¡bätsiiiiiiiiiiiiiiii Kuychiiii!!!¡¡¡Mi bätsi!!!

Los gritos acompañados de sollozos desgarraron los corazones de las guerreras. Cae de rodillas, intenta abrazar a su hija; Mig se interpone y le advierte:

—Con mucho cuidado, aún está convaleciente de la operación.

Hasta a la más curtida se le cayeron las lágrimas. La niña dudaba un poco; después la reconoce; comenzó a llamarla llorando: ¡Nänä, nänä! Zugu la miraba incrédula, tenía miedo de que fuera un sueño; la acariciaba, le besaba sus cabellos, las manos; con mucha delicadeza, la niña no resistió y se desmayó. Mig la recibió en sus brazos, las médicas la revisaron, no tenía nada, salvo las emociones que la rebasaron. Se le dio un mate de hierbas para que descansara. Zugu se arrodilla ante Huaynaputina para darle las gracias; ella frunce el ceño, le toma de la mano y le ordena:

—¡¡Levántate!! Nunca más volverás a postrarte de rodillas ante nadie, tampoco ante mí. Esta es la razón de

nuestra existencia: ayudar a las personas que son esclavizadas o maltratadas a tener su libertad y respeto por sí mismas; somos Apu Supay.

El nombre fue coreado y repetido muchas veces por todas las guerreras. Zugu la mira de frente con todo el agradecimiento del mundo reflejado en sus ojos y le pide:

—Deseo ser guerrera, si ustedes me lo permiten, integrarme a sus filas.

También te pido por mi bätisi; sé que es pequeña. En cuanto se recupere, deseo que empiece su entrenamiento. En mi pueblo los guerreros empiezan a prepararse a los siete años. Necesito que, si ella vuelve a quedarse sola, sepa defenderse. Como siempre, la comandante lo consulta con Killasisa y Kusiquyllur; les toma un segundo la decisión, la aceptación es general:

—Si así tú lo quieres, las dos entrenarán.

En el firmamento se formó un hermoso arco iris; ellas sabían que el padre Wiracocha se hacía presente en cada uno de ellos. Era insólito cómo las iba reuniendo, de forma increíble, formando su poderoso ejército de guerreras. Kuychi mejora velozmente bajo los cuidados amorosos de su madre, la medicina y la magia del mundo místico.

Hay una reunión de comandantes; se enfrentaban a una decisión muy delicada, si optaban por regresar los niños al Hanan Pacha. Las acusarían de raptó, corrupción, explotación de menores y otros cargos más. El escándalo sería una gran cortina de humo y perfecto para borrar todas las huellas de cómo desviaban el dinero destinado a los niños. Expuestos a explotación y peligros, obligándolos a trabajar en el empaque de las drogas. Permitiendo violaciones, maltratos, volviéndolos adictos a

las drogas. A toda costa evitarían que investigaran todos los abusos. Tratarían de sobornarlos; a los más reacios, desaparecerlos. De esa manera evitarían que atestiguaran en su contra. Se destaparían las implicancias de personajes en la sombra. La red de corrupción era un pulpo muy grande.

Analizaron todos los hechos y llegaron a la conclusión de que no podrían entregar a los niños a las autoridades. Sería una de las peores decisiones. Tratarían de callarlos, sobre todo a los más grandes; ellos podrían recordar absolutamente todo: nombres, lugares, identificar personas. Hablar con exactitud sobre todos los abusos y vejaciones a los que estuvieron sometidos. Todos, aun menores de edad, sin padres ni familiares que se hicieran cargo de ellos, volverían a las instituciones y a las mismas agresiones. Para protegerlos, los llevarían a la comunidad religiosa, Los Hijos de Dios.

Kusiquyllur, algunas guerreras y un grupo de gorilas formaron parte del pequeño pelotón que llevaría a los niños a la comunidad religiosa “Los hijos de Dios”. Ocho fueron los adolescentes que eligieron quedarse en el mundo subterráneo y convertirse en guerreros. Ante estas respuestas de los adolescentes, Huaynaputina llama a reunión a sus comandantes, lo discuten y acuerdan aceptarlos.

Kuychi mejora velozmente bajo los cuidados amorosos de su madre, medicina, plantas sagradas y la magia del mundo místico.

Partieron llevando a los niños a la comunidad religiosa con Kusiquyllur a la cabeza. Al llegar a la comunidad se llevaron una agradable sorpresa. Construyeron dos pequeñas escuelitas, una posta con médicos y enfermeras, muchas casitas hermosas, un parque con juegos para niños, pista de carrera, parque de diversiones para

todos; los cuidadores de los niños estaban uniformados, una gran biblioteca para los estudiantes. Los niños corrían jugando alegremente; parecía un jardín de cuentos de hadas. El patriarca no escatimó en gastos, los recibieron con gran júbilo, y la comandante mostró su alegría por todo lo que sus ojos veían. Atendieron a los niños, los asearon, sacaron ropa y zapatos de un almacén, cortaron sus cabellos y se sentaron a tomar desayuno.

Kusiquyllur, los gorilas y el patriarca se sentaron aparte. La comandante sacó una taleguita, la abrió y vació su contenido, quedando a la vista varias piedras preciosas

—Padre, esto es para los niños.

Él responde:

—Hija, es demasiado, no era necesario, aún tengo dinero.

Inviertan, formen empresas, pongan a personas honestas; tal vez en algún momento nuestras guerreras deseen integrarse y puedan trabajar. O quizás cuando ya no puedan combatir, simplemente venir a descansar.

—Benditas serán, hoy, mañana y siempre. Cuando ustedes lo decidan, serán bienvenidas; esta será su casa sempiternamente, confíen en mí, hijas mías.

El padre sonríe, se levanta, pide permiso para darles la bendición; ellas aceptaron. Una pequeña y rápida ceremonia las bendice con agua. Ellas agradecen, dan la vuelta y emprenden el camino de regreso.

ELECCIÓN



Cap10. Reunidos todos los nuevos miembros, Huaynaputina se pasea mirándolos, alza la voz para que todos los que desean quedarse tienen que escuchar nuestras reglas:

—Nosotros nos manejamos como una hermandad; ustedes aprenderán a tener obediencia, respeto, humildad, compartir, lucharán por sus ideales, sin recompensa alguna, no existirán las fortunas personales, solo las mancomunadas. Al unirse a nuestros batallones, es que eligieron quedarse para siempre. Lo más importante, los cargos se ganarán con mucho esfuerzo, sobre todo por elección general y por méritos. Los hombres no podrán aspirar a subir de rango; siempre serán guerreros, solo las mujeres lo harán.

—La traición se paga con la muerte, nosotras no perdonamos. Si no están de acuerdo con nuestras reglas, pueden retirarse, tienen un día. Mañana temprano podrán retirarse.

La ginecobotetra, un tanto alejada, en silencio observaba; su corazón se llenó de dolor; recién comprendía

la lucha de las guerreras. Por primera vez sintió vergüenza por su participación en la clínica; ellos destruían vidas por un miserable montón de dinero, ellas las salvaban a costa de sus propias vidas. Llena de arrepentimiento, cae de rodillas, pidiendo perdón por todo lo hecho, deseando deshacerlo; era imposible, su rostro reflejaba pesar, las lágrimas ruedan. Las guerreras la observan sin interrumpirla.

Mig sería la entrenadora de todos los niños, y se encargó personalmente de entrenar a Kuychi. La niña muestra mucho interés. Zugu muestra dotes excepcionales para el combate cuerpo a cuerpo. La fuerza de sus puños era sorprendente; sus progresos se daban a pasos agigantados.

Muy temprano se acercaron dos adolescentes; ellos le dicen a Kusi quy llur que deseaban regresar. Mig los reconoce; eran los dos muchachos que encontraron desnudos, con el director de la institución de menores; también eran los que las guiaron a la caleta de Cara de Ángel. Los niños que pidieron quedarse y querían ser guerreros ahora deseaban regresar al mundo de arriba.

La comandante frunció el ceño. ¿A qué jugaban? ¿Tal vez no todos eran los adolescentes maltratados que ellas creían? Desgraciadamente, muchos se contaminaron de maldad. El dinero fácil corrompía a las personas, y en lo sucesivo no dejarían que una carita de niño las engañase. Ahora no sabían qué hacer con ellos; las comandantes consultaron entre ellas, tampoco deseaban ajusticiarlos, eran casi niños. Decidieron enviarlos a la comunidad religiosa. Los apartaron, los dejaron aislados en un sector hasta que los llevaran a la comunidad religiosa. Un gorila y una guerrera se ofrecieron a llevarlos; Huaynaputina se quedó mirando al gorila, temiendo que los ajusticiaran. Él negó con la cabeza. La comandante abrió la boca asombrada; ¿se preguntó si

podían leerle los pensamientos? O cada día eran más humanos que nunca, por la cercanía y el trato con ellas.

Hacía tiempo que no hacían una ceremonia de compromiso y hermandad. Les explicaron a los nuevos que los bautizarían con nuevos nombres; este hecho simbolizaría el nacimiento a una nueva vida.

Se hicieron los preparativos para la ceremonia, y la comandante envió a uno de los gorilas que siempre las acompañaban para invitar a Wari.

Como siempre, Wari el jefe supremo del mundo subterráneo, muy temprano se hizo presente, con un séquito de gorilas. Los gritos de alegría y los abrazos no se hicieron esperar. Al ver a las hermanas Naga, Tanky, Temi, Sukay con sus compañeros y sus crías, ya que Naky se encontraba con ellas.

Depositaron las ofrendas a la Pachamama; a cada una le entregaron su taleguita de sueño dulce y les explicaron la razón de portarlas. Si antes ya las buscaban, ahora lo harían más que antes, por los niños de Pampalinda. Las guerreras pincharon sus dedos con espinas de huarango y ofrecieron gotas de sangre a la Pachamama en un juramento de hermandad. Incluyendo a Zugu, Kuychi, África y su hermanito. Juan, Ninan, los nuevos adolescentes se unieron al juramento; las comandantes se emocionaron, después cubrieron todo y comenzó la fiesta. Fueron tres los días en los que disfrutaron; los nuevos integrantes no tardaron en comprender que los gorilas las protegían y ayudaban. Wiracocha el padre de toda vida en el mundo subterráneo, y los seres místicos del incanato, que vivían en la ciudad dorada, las eligieron. Ellas vivían entre dos mundos, el Kay pacha y el Uku pacha; eran privilegiadas.

El sueño de Huaynaputina era intranquilo; de nuevo sienten las vocecitas, advirtiéndoles del peligro de los dos adolescentes; habían tomado dinero, oro, piedras preciosas de la colca.

No quería creerlo, pero si lo tomaron era porque tenían planeado escapar con mucho dinero. Se levantó y salió a caminar; Killasisa y Kusiquyllur ya estaban esperándola. Se miran y la comandante llora de pena y angustia, se abrazan; un pequeño grupo de gorilas las observaba, era increíble, ¿cómo podían saber lo ocurrido? Recordó la conexión con la naturaleza; ellos siempre estaban enterados de todo lo que pasaba. Ellas se sentían más conectadas con el mundo subterráneo. La decisión final fue llevarlos a la comunidad religiosa a un retiro obligatorio.

ADOLESCENTES



11cap. Reanudaron el éxodo, siempre guiadas por los gorilas del Kaspacha. Todo esto era observado por la ginecobotetra; calladamente ella marchaba junto al grupo de médicos, cargando, ayudando, instruyéndolas. A pesar de todos sus esfuerzos, ella se sabía vigilada hasta en el más mínimo movimiento; suspiró y se armó de paciencia.

El gorila, la guerrera y los adolescentes avanzaban a través de los túneles; los caminos eran varios laberintos bifurcados. Les sería más que imposible escapar; se perderían y jamás encontrarían la salida. Esperaron hasta el último momento para que ellos, por iniciativa propia, confesaran, pero no lo hicieron. Salen a la superficie, están en comunidad religiosa. Los Hijos de Dios; el padre de la comunidad se apresura a recibirlos; la guerrera extiende la mano, impidiendo que se acerquen. La guerrera se enfrenta a los adolescentes y les pregunta:

—¿No tienen nada que decirnos? Esta es su última oportunidad, no la pierdan.

Entre los dos se miran y niegan con la cabeza. El patriarca observa de lejos. Ella estira la mano y les ordena:

—Devuelvan todo lo que se están llevando, nunca debieron tomar lo que no es suyo, ¿son conscientes de que robaron?

Ellos abren los ojos con asombro; jamás se imaginaron que ellas sabían que robaron. Con lentitud sacaron lo que tenían guardado entre las ropas y se lo entregaron. Reanudan el camino; los adolescentes aprovechan un pequeño descuido y salen corriendo. No habían entregado todo; aún llevaban escondidas algunas piedras preciosas. El gorila, con una velocidad increíble, los alcanza, los sujeta de la ropa, casi arrastrándolos, los condujeron a la comunidad religiosa “Los Hijos de Dios”. Por la inmadurez de su edad, no sopesaron los mil peligros que los acechaban; no sobrevivirían en la selva. Los recibe el patriarca, les contó lo sucedido, pidieron que pusieran mucha atención en ellos, retiro solitario y muchas charlas para concientizarlos. Luego se despiden, regresando al mundo subterráneo.

Sin habituarse a su nueva vida, los dos adolescentes aprovechan un descuido de los cuidadores y fugan. Se internaron en la selva virgen. Los buscaron, y después de varios días los encontraron malheridos, a uno primero, días después, a mucha distancia, al otro. Lastimosamente, al último fue imposible salvarlo; lo había picado una araña bananera, y después de varios días sucumbió. Lo sepultaron en la comunidad.

El viaje de nuestras guerreras llega a su final. Salen de los túneles; las recibe un hermoso ocaso; las primeras sombras de la noche crean un halo irreal. Quedan maravilladas con la belleza del paisaje; estaban en el desierto de las líneas de Nazca, Perú. Son un conjunto de

geoglifos biomórficos, fitomórficos y geométricos diseñados y ejecutados sobre el desierto de Nazca y Palpa. Paisaje soberbio, enigmático, lleno de misterio, huellas vivientes del paso de seres místicos, paraje misterioso que fue habitado por nuestros antepasados. La noche, inusualmente clara, dejaba ver las estrellas más luminosas que nunca y dibujaban las constelaciones, unidas por hilos mágicos de un color blanco neón. Las piedras del suelo comenzaron a encenderse, brillando inusitadamente; se elevan en el aire tomando las formas del colibrí, la araña, el mono y las demás. Las líneas de Nazca van dibujando un sendero en clara invitación a seguirlas. Las guerreras miran a la comandante esperando órdenes; ella pone un pie sobre el camino que dibujaron las piedras encendidas, y las guerreras comenzaron a caminar detrás, sin salir de la seguridad marcada por las piedras.

Intrigadas, ven a muchos gorilas caminar detrás de ellas, sintiéndose protegidas. Avanzaron con más seguridad, llegaron ante una pequeña colina que tenía un centro ceremonial. Las comandantes y algunos gorilas subieron a la cima; el resto se quedó en las faldas, rodeando todo el centro ceremonial. Comenzaron a caer algo parecido a motitas de algodón sobre todos, que se adherían a la piel mimetizándose. Estelas azules cruzaban los cielos. Los poderosos zutanvrios comenzaron a parpadear, saliendo disparados de su funda, elevándose sobre sus cabezas, formando un círculo; parecían bailar. El sonido de miles de trompetas como truenos las ensordeció; sobre todos cae una luz volviéndolos casi transparentes. Sintieron temor, pero al ver a las comandantes bien plantadas con la cara hacia el cielo, ellas también lo hicieron.

Lejanamente, se escuchan miles de pasos; ven avanzar muchas figuras difusas, de guerreros que levitaban en

el aire. Lentamente se acercaban. La primera figura que se materializó fue la de Wiracocha; detrás de él, otros guerreros comienzan a tomar forma. A su derecha, Minamoto no Tametomo, 'el arquero infalible'. Honda Tadakatsu, el guerrero que superó a la muerte. Tomoe Gozen, *samurái*, *Onna bugeisha* (mujer guerrera). Fu Hao, mujer militar. A la izquierda, Xicohtécatl Axayacatzin, Tzilacatzin, guerreros feroces que lucharon hasta la muerte. Njinga Mbandi, la reina guerrera africana. Nanisca, la lideresa de las Agojie, las Amazonas de Dahomey. Búdica, reina guerrera de los ícenos. Detrás se escuchaban los pasos de más guerreras que llegaban a unirse a la gran fuerza. Wiracocha los había convocado y reunido para darles fuerza, poder y apoyo a sus warmis maqanakuy.

Todas las figuras las fueron rodeando, hasta casi cubrir-las. La comandante le dio la mano a Killasisa y ella a Kusiquyllur indicándoles que todas se tomaran de las manos formando una cadena, muy apretada, fuerte y compacta, alrededor del centro ceremonial. Acto seguido, cerraron los ojos. Las líneas de Nazca y las constelaciones seguían sobrevolando los cielos; todas sintieron el abrazo de los ancestros; entre ellos vieron a Chunka, Isqun y Pusaq; lentamente bajaron hasta ellas y se unieron en un abrazo que lo sintieron eterno, transmitiéndoles el espíritu guerrero, desapareciendo todo temor. Huaynaputina lanzó el primer aullido del lobo gris, coreado por el resto de mujeres.

Recibieron un impacto como de mil rayos que las traspasaron desde la cabeza hasta la punta de los pies. No se dieron cuenta en qué momento se quedaron dormidas,

Killa alumbraba con potentes reflejos. Escucharon un rumor, que las despertó; venía de un gran agujero en la tierra, que antes no estaba. Un profundo cenote de

aguas cristalinas brillaba a la luz de Killa. Las invitaba a sumergirse; la caída era muy impresionante. Huaynaputina suspira; ella sabía que estaban protegidas. Como siempre, la comandante en jefe de las Apu Supay, desafiando la altura, fue la primera en saltar. La caída es limpia, el impacto del cuerpo, el agua se eleva a grandes alturas, formando figuras amorfas. Se sumerge y sale a la superficie; una a una se lanzaron.

Un gorila sale de una bifurcación; en el fondo del cenote, se acercó a la comandante y le señaló un camino; las maqanakuy se dirigen hacia las zonas de mineros informales.

La ginecobotetra pide permiso para hablar con la comandante; apenas la ve, se arrodilla llorando. La comandante le dice:

—Levántate y mírame de frente. No es a mí a quien tienes que pedir perdón, es a las muchas personas a las que les hiciste daño.

Ella la queda mirando y replica:

—Desde hoy seré una guerrera humilde y fiel, trataré de compensar el daño que hice, no tendrán una sola queja de mí.

Huaynaputina la mira de arriba abajo, da la vuelta y la deja parada sin responder. Ella inclina la cabeza, entiende que aún no tiene la confianza de la comandante; trabajaría muy fuerte por ganarla.

Los gorilas les entregan sus armas; ellos estaban un paso delante de ellas, Huaynaputina y sonríe dentro de sí; eran sus ojos y oídos, su apoyo incondicional. Las guerreras preparan sus armas, las cargan y marchan hacia las zonas altas de Nazca.

MINERÍA EN LAS PAMPAS DE NAZCA Y PALPA.



12cap. Caía la tarde; algunas sombras alargadas ocultaban los rayos de sol; la tierra silente se abre en varios lugares. Las guerreras emergieron sigilosamente, rampando. Están en las pampas de Pichinkucha, ceja de sierra, uno de los más grandes asentamientos mineros a cielo abierto de la zona. Caminan a gatas, rodean el pequeño campamento; las guerreras, con los lanzamisiles, buscan camuflarse entre las piedras. Las francotiradoras cuerpo a tierra buscan parapetos; todas están en posición de tiro; otras corren armadas buscando protección; situadas dan la señal. Un grupo de mujeres se encaminó al campamento, causando el asombro general. Huaynaputina pregunta a unos hombres que le salieron al paso:

—Buenos día, señor, ¿deseamos hablar con el dueño?

Solo el silencio les respondió; ellos las miran de arriba abajo, intrigados, las rodean. Uno de los hombres mal encarados, con actitud agresiva, se abre paso entre todos y les pregunta con una sonrisa ambigua entre sus labios:

—Yo soy el capataz, el ingeniero está ocupado. ¿Qué desean? ¿Pueden decirme a mí el motivo de su visita? Yo veré si le informo al ingeniero a cargo.

La comandante y el capataz se miraron directamente a los ojos, como retándose. Corren vientos helados que parecían cortar el silencio, formando palabras; la madre naturaleza les avisaba del peligro. Los Zutanvrios comienzan a parpadear. Varios hombres armados les salieron al frente. La comandante contesta serena:

—Venimos por todos los esclavos:

La cara del hombre muestra asombro, la mirada se le endurece, reacciona con violencia.

—¿Qué rechuchas has dicho, loca de mierda? ¿Qué dices que quieres, pequeña mierda? ¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué chucha quieren aquí, a qué reputa están jugando? Lárguense por donde vinieron, antes que las bote a patadas.

—Bueno, si no es a las buenas, será a las malas. No quiero tener un enfrentamiento con ustedes; dejaría muchos muertos de las dos partes. Liberen a todos los esclavos, las Ojotitas, Coconitas y las Charapitas. Y todas las mujeres que tienen en sus burdeles. También a todos los que trabajan sin pago alguno.

El capataz estalla en risas, coreado por demás hombres. Uno de ellos le quita el seguro a su arma y dispara al aire. Impávidas, a ellas no se les mueve ni un pelo; las miran intrigados. Huaynaputina da unos pasos hacia el hombre que disparó. Él vuelve a disparar hacia los pies de la comandante, y le advierte apuntándole a la cabeza:

—Si das un paso más, te quemó, puta de mierda, vuelve al circo de donde te escapaste. ¿Tú crees que te vas a llevar a nuestras mujeres?

La expresión de su rostro era elocuente. Estaba claro que no podrían evitar un enfrentamiento.

El Zutanvrio sale disparado, traspasa el cuello del hombre; Huaynaputina se deja caer velozmente al suelo, lanzando el aullido del lobo gris. Las balas silban, las pequeñas lanzas vuelan buscando sus objetivos, las maqanakuy atacan fieramente. África, Zugu, los clanes, las comandantes; Kuychi está entre ellas, aprendiendo técnicas de guerra. Las francotiradoras abrieron fuego; los hombres caían sin entender, ni darse cuenta de dónde venían los disparos. Los dominaron rápidamente; las maqanakuy los superaban ampliamente en número y armamento, a razón de seis guerreras por cada minero. Las bajas fueron pocas; no tenían mucho personal de seguridad. Liberaron gran cantidad de esclavos, dinamitaron todas las maquinarias, movilizadas, radios, antenas de comunicación, celulares y sellaron los socavones.

Vuelven a sumergirse dentro de la tierra con todos los rescatados, desapareciendo. Inmediatamente, se dividen en grupos y se dirigen a los diferentes asentamientos mineros. Yana Allqucha, Wira, Ayapampa y otros; los mineros informales no estaban preparados para un enfrentamiento de esas magnitudes. No perdieron a ninguna maqanakuy, solo algunas heridas de cuidado.

Antes de seguir su camino, preguntaron quiénes deseaban quedarse con ellas; fueron muchas; los demás siguieron su camino.

PUNO



13 cap. Dejando a los nuevos integrantes con un grupo de guerreras para su entrenamiento, inmediatamente parten hacia Puno, desde donde provenían los clamores de auxilio. Puno es un departamento muy grande y cerca de la frontera con Bolivia.

La información sobre los yacimientos no era pública; aún se encontraba a nivel de exploración y estudios previos del mineral. De alguna forma se filtró el hallazgo, despertando ambiciones desmedidas. En las comunidades solo se hablaba del gran yacimiento de litio, encontrado en Puno, pero se trataba de dos minerales que estaban unidos: el litio y el uranio. Energía y Minas alertó que el uranio estaba en toda la meseta. Intentar desligar el litio del uranio era muy complicado y sumamente peligroso. Se impusieron sanciones económicas de varios millones de soles y administrativas a las empresas mineras, por hacer exploraciones sin autorización ambiental.

Estos proyectos ilegales se presentan en comunidades donde no hay información de ningún tipo, ponen por encima el valor del proyecto-inversión y no ven la parte ambiental ni la salud de los trabajadores; el Ministerio de Salud advierte riesgos, podría generar varios tipos de cáncer, deformaciones y otros riesgos, en un futuro no muy lejano.

Varias empresas informales tenían sus propios proyectos; entre las más solventes formaron una alianza: “Pantera Negra que buscaba explotar uranio y Peje Dorado que buscan explotar litio”, sobre zonas intangibles, donde se hallan restos arqueológicos declarados patrimonio cultural de la nación. La información es de trece cuencas acuíferas de la región; se reporta que nueve están contaminadas y no sirven para el riego ni la agricultura.

En Puno, el 58 % de la población puneña está expuesta a metales y metaloides. El cáncer es uno de los efectos de la exposición al uranio. Estas personas que trabajan en la minería informal, son conocidas como “Los hijos del uranio”, los cuales emiten radiación dañina, beta y gamma. Tarea difícil identificar cuántas personas ya habían estado expuestas.

Hasta la actualidad, el litio en el mundo entero aumentó de ocho a diez veces su valor. Esto hace que despierten las ambiciones a corto plazo de personas inescrupulosas, sin respeto a la vida ajena. Sin estudios en minería, ni preparación alguna, se vuelcan a la explotación de estos peligrosos metales.

Eran catorce pueblitos que formaban un círculo místico, estratégico, y orgullosamente adoptaron los nombres de los catorce incas: Manco Cápac, Sinchi Roca, Yoque Yupanqi, Mayta Cápac, Cápac Yupanqui, Inca Roca, Yahuar Huaca, Wiracocha, Pachacútec, Inca Yupanqui, Tupac Yupanqui, Huayna Cápac y sus dos hijos Huáscar y Atahualpa. Los mafiosos les hicieron creer que ellos eran dueños de los terrenos y de todo lo que se encontraba bajo sus pies; por lo tanto, podían vender o dar permisos de explotación. Desconociendo que es patrimonio nacional, y por lo tanto controlado por leyes y permisos de exploración y explotación que solo los da el Ministerio de Minería en el Perú.

Desde que se descubrió litio, “oro blanco” en el subsuelo y a cielo abierto, los poblados estaban manejados por grupos que controlaban, reclutaban trabajadores asociados a la explotación de minerales, callando los peligros. Los pobladores, ignorantes de todo, estaban felices por la buena paga

que recibían; aceptaban todo sin preguntar nada. Pero también existían los grupos organizados que se dedicaban al tráfico humano; pretextando pseudocontratos, esclavizaban a los incautos que pensaban en una gran oportunidad, sin saber que, al bajar a los socavones, no volverían a ver la luz del día. A veces desaparecían familias completas, pretextando que todos se fueron a vivir a la capital.

Tanky y su familia eran los guías de las maqanakuy; con el potente láser abrieron varias entradas; las maqanakuy salen a ras de la superficie rampando. La increíble madre naturaleza teje un manto de maleza cubriéndolas a medida que avanzaban; parecían hojas movidas por el viento, que iban en una dirección, hasta que se detuvieron. El viento silbaba y las plantas repetían: (Zarco, hombre malo, Zarco, hombre malo). Ahora ya sabían a quién buscar.

Observan que es un gran campamento con muchos guardas de seguridad; se preguntaron cómo tener acceso. Kusi-quyllur mira a la comandante; las miradas se encuentran, comprende que le está pidiendo permiso; ella deniega con la cabeza, no deseaba exponerlas. Escoge dos guerreros y van adelante con lo planificado, ofreciendo mujeres para los burdeles y trabajadores para la minera, exigiendo hablar con el mismo Zarco, que está a cargo del campamento. Un grupo de las más jóvenes se quedaron distantes. Los hombres se adelantan y observan a las mujeres y ríen frotándose las manos, mirándose entre ellos, comentando que están buenas.

Corren para avisarle al Zarco; este los mira dudando un poco, se asoma y ve el pequeño grupo, se sube a su camioneta, avanza y da un vistazo a las mujeres, lanza una exclamación:

¡¡¡Wuaoooo, buenas no, buenazas!!!

—¿Quién está encargado de las mujeres? A ver qué ingrese para hablar.

Huaynaputina se adelanta con un guerrero a negociar; aprovechan para darse cuenta de todo: entradas, salidas, guardas,

cantidad de personal, maquinarias, armas, explosivos. Arreglan el precio y porcentaje a recibir.

Los vamos a recoger y regresamos con nuestro personal, ya que hoy mismo regresamos a Arequipa; tengan preparado el dinero.

LITIO, RETOS Y TRIUNFOS



14cap. La comandante y el grupo se alejan. Cuando están a prudente distancia, la comandante golpea el suelo y este se abre; ellas desaparecen. Los guardas están desconcertados, se frotan los ojos, no saben si fue real lo que vieron. La comandante inmediatamente dispone los grupos de ataque: francotiradoras y explosivos, protegiendo el avance de las tropas.

Los guardas “chalecos” las ven salir detrás de una pequeña colina; están desarmadas, y sonrían frotándose las manos en una actitud un tanto infantil, exclaman:

!!Huuuy, mano, están wawitas!!

La comandante, muy alerta, sopesaba todo, la orden: reducir a los que cuidaban el acceso de entrada al campamento. Los hombres, apenas las tienen a su alcance, las rodean; ellas, simulando temor, se agrupan detrás de la comandante; ella, riendo, les dice a los hombres:

—¡No me las asusten, carajo! Muchachos, tranquilos, tranquilos, ¡vayan a avisarle al jefe que ya estamos aquí!

Las maqanakuy aparentemente tropiezan y caen al suelo, dan golpecitos a la tierra. Como tromba surgen Mig, África, Zugu, Kuychi, Huchilla y dos clanes. Ellos, por la sorpresa, se quedan estáticos; en segundos, los reducen llevándolos bajo tierra. Todo fue tan rápido que los hombres aún no se reponían del susto, y comentan entre ellos: “Qota Anchanchu”, Puno, tierra llena de misticismo y cuentos ancestrales las favoreció; los dejaron en una pequeña bifurcación totalmente a oscuras advirtiéndoles que si se movían los mataban; Naky, su pareja Pikichaki y su pequeño Puriq, que ya mostraba dotes combativas, fieramente les enseñó sus dientes.

Sin nadie que les impidiera la entrada, el pequeño grupo avanza hacia dentro de las minas; otro grupo rampaba protegido entre las plantas; las demás lo hacen debajo de la superficie, los tres en paralelo. Llegaron al control más cercano; los vigías, al verlas, les dan la voz de alerta, las apuntan con sus armas, ellas detienen la marcha, les gritan:

—No se acerquen, ¿por qué están solas? ¿Dónde están los demás?

—Se quedaron afuera, señor, y nos mandaron a nosotras.

Respondieron ellas.

Las arrinconan y la comandante se da cuenta de que era hora de atacar. Estira la mano. Su Zutanvrio sale disparado del suelo directamente a sus manos, y lanza el poderoso aullido del lobo gris que era una orden de ataque. Un enjambre de guerreras sale de las entrañas de la tierra; los clanes comandados por sus jefas atacan emitiendo su canto. Por todos lados escuchan a mirlo, jilguero, canario, ruiseñor, petirrojo y los aullidos del lobo gris. Los desorientan, aturden, sometiendo los rápidamente. Huaynaputina da la orden de avanzar hacia

el campamento de los mineros; suenan disparos, caen tres guerreras, la comandante da la orden de refugiarse bajo tierra, Ninan carga a las maqanakuy heridas y desaparecen. Los mineros armados venían corriendo; al llegar no encontraron a nadie, se miran intrigados; los obreros comienzan a tener miedo. Puno, tierra de cuentos míticos, de terror, y uno de ellos empezó a gritar:

—¡¡¡Qota Anchancho, Qota Anchancho!!!

Uno de los capataces los miró molesto.

—¡¡Estos cojudos, chunchos, serranos de mierdas con sus cuentos, ese demonio no existe, carajo, regresen aquí!!

Comienzan a correr desbandados; de pronto se abre la tierra, salen varias guerreras, arrastrando a los hombres bajo tierra, y vuelven a cerrarse. Este hecho desconocido produjo terror entre los mineros; sucede lo mismo en varios lugares. Parecía un campamento fantasma. Avanzan con cuidado, llegan hasta las modernas maquinarias que horadaban: tuneladoras, equipos de perforación, de demolición, cargadores, excavadores gigantes.

Mig, Huchilla, Zugu, África, Kuychi. Avanzan rápidamente; se dirigieron a los almacenes para detonar los explosivos y destruir todas las maquinarias. El personal de los socavones sale corriendo y armado; les cortan el paso rápidamente, analizan la situación, Zugu recibe un tiro en el brazo, ellas se tiran al suelo y ruedan, se levantan velozmente y contraatacan, se enfrascan en una lucha cuerpo a cuerpo, avanzan juntas; las francotiradoras están camufladas entre la tierra y las plantas, los reciben a tiros. El brazo de Zugu seguía sangrando; Mig le pone un torniquete y sigue combatiendo; a pesar de estar herida, atacaba con mucha ferocidad. Kuychi emulando a su madre; ambas repartían golpes, eran dos

mujeres peleando, atacando juntas; las maqanakuy recuerdan a Mig, que parecía un pequeño demonio. Huaynaputina, Killasisa y Kusiquyllur las miran con admiración, orgullosas de las otomíes, su magnífico desempeño; son muy intrépidas y no les faltaba audacia.

Los esclavos que se encontraban en los socavones gritaban, pidiendo auxilio. Empezaron a sonar los metales para hacer ruido y atraer la atención; la Comandante da la orden de rescatarlos. Los esclavos se asustan al ver que se abre un pequeño túnel y aparece Naky con un grupo de guerreras armadas. Huk les dice:

—No se asusten, venimos a rescatarlos, son libres de elegir. Los que desean seguirnos vienen con nosotros; los que desean regresar tienen el camino libre para ir al lugar que ustedes elijan.

Ellos guardan silencio, visiblemente aterrorizados; miran a dos hombres; estos estaban tratando de pasar desapercibidos.

Ellas entienden rápidamente; los hombres se ven descubiertos, sacan sus armas y apuntan, usan como escudo a los esclavos. Ellas, tomadas por sorpresa, sopearon la situación; si disparan, morirían muchos esclavos. Una rápida mirada de complicidad entre Mig y África. Mig entrecierra los ojos con expresión de furia. Les lanzan un reto:

—¿A cuántas de nosotras creen que podrían matar, antes que Naky los destrozce? Tenemos más armamentos y guerreras. Ya están perdidos, pero les ofrecemos una sola oportunidad: ustedes y nosotras, a puño limpio. Si ganan, son libres.

Los hombres aceptan con sonoras carcajadas, seguros de su fuerza física. Les hacen espacio. Mig era muy delgada y pequeña; sabía que, si ese hombre lograba colocarle un buen golpe, perdería la batalla y eso era algo que jamás iba a permitir. Su Zutavrio vibraba en el suelo, esperando una orden para acabar con él, pero ella no lo hacía. Ellas estaban probando sus propios límites, sus fuerzas y capacidades.

Mig contiene la respiración, vuela por los aires y asesta dos patadas en la cara de uno de ellos. El hombre se tambalea, voltea, da unos pasos; Mig cae de pie, se quedan mirando fijamente, como midiendo sus propias fuerzas.

África se lanza directo al otro hombre, que la recibe con dos tremendos golpes en el estómago, la deja sin aire, abre la boca buscando respirar, se tira al suelo, gira sobre sí misma evitando ser golpeada. Con sus dedos endurecidos a modo de garfios, golpea con todas sus fuerzas los tobillos del hombre; este cae al suelo. Ella sigue jalando aire a sus pulmones; el hombre intenta incorporarse y sentarse encima de ella; si este lo consigue, África perderá la pelea, la toma de su ropa rompiéndola; la sigue golpeando; ella logra rodar por el suelo para ponerse fuera de su alcance. De un salto se incorpora, se impulsa en las paredes, girando en el aire, cae sobre él, lanzando un grito, lo golpea con todas sus fuerzas en el cuello, utilizando la técnica “sueño del ángel”. Él la quedó mirando y de su garganta sale un sonido ronco y se desploma; su cuerpo sufre espasmos. Las dos están tan enfrascadas en su lucha que no se dan cuenta de que varias guerreras llegaron y respetuosamente, no interrumpieron el duelo.

Mig con agilidad increíble esquivaba los golpes. Las maqanakuy con los labios y los puños apretados presenciaban la lucha. Mig se impulsa volando en el aire,

gira y vuelve a patearlo en la cabeza; cae al suelo, arquea el cuerpo, pasa entre sus piernas y salta sobre las espaldas del hombre. A Mig le faltaba un poco de técnica; pero no le importó, rugiendo por la rabia, golpea muy rápido, repetidas veces en el cuello. De un salto se aleja del hombre, se da cuenta de que no fue suficiente, pero quedó afectado. No lo deja reponerse, se lanza con una serie de puñetazos entre sus partes íntimas; ella sabe que está ganando la batalla, velozmente se retira, regresa y vuelve a caer encima y lo golpea con el codo en el cuello del hombre; él bota sangre, esta vez él ya no se mueve.

Con la espiración agitada, Mig se derrumba; sus hermanas ayudan a las dos guerreras a ponerse de pie, cargan sus armas, las sostienen y salen victoriosas con una sonrisa, pero golpeadas; no faltaron los ojos morados, las manos de Mig estaban hinchadas y sangraban, cojeaba; la peor parte se la llevó África, los labios rotos sangraban, los golpes en su estómago la hacían caminar encogida; aun así, las dos salieron con aires de triunfo.

Las tres comandantes contemplaron complacidas cómo se desarrolló la lucha entre los esclavistas y los clanes. Huchilla no quiso ver el enfrentamiento. Cuando vio a Mig golpeada, se angustió; ella le sonrió guiñándole un ojo. Subieron a la superficie y quisieron seguir combatiendo. Huaynaputina, la Comandante en jefe, con una mirada las dejó quietas. Huchilla se alegró; se les veía muy magulladas. Zugu, Kuychi, las jefas de los clanes, combatían como fieras salvajes, hasta que por fin ellas se impusieron. Reúnen a todos en el centro, se dirigen a los campamentos, eliminan a los pocos mineros que aún presentaban batalla. Liberan a las mujeres y los niños mineritos. Entran al mundo subterráneo, todo se vuelve a cerrar y no quedan huellas de su presencia.

**HUAYNAPUTINA,
KILLASISA,
KUSIQUYLLUR,
NAKY Y PURIQ**



15cap. Reúnen a los rescatados y los dejan elegir; los guiaron hacia una entrada y se despiden; emprenden la marcha con los nuevos integrantes. Mig, África y otras maqanakuy son atendidas; una de las tres guerreras heridas falleció; un poco más acostumbradas a la muerte, organizaron el funeral. El grupo médico creció; la ginecóloga a la cual llamaban “Gine” se multiplicaba dando órdenes, atendiéndolas. Ninan y Gine se preparan para sacar las balas de las dos maqanakuy.

Huaynaputina, Killasisa y Kusiquyllur acuerdan regresar para poner explosivos en las monstruosas maquinarias. Cargando un lanzamisiles, le ordenan a Mig:

—Si algo sale mal y no regresamos, ustedes se quedan a cargo.

Mig abre la boca para protestar; la Comandante con un movimiento le ordena silencio; en todas se reflejan la angustia, los ojos se humedecen, pero no cuestionan y

callan. Se alejan corriendo, salen a la superficie, rápidamente van hacia las maquinarias, buscan la dinamita, ven a Naky salir de la tierra cargando sobre sus hombros un “lucero del amanecer”; en silencio agradecen su ayuda, corren desesperadamente, sacan los explosivos y los siembran, tiran toda la gasolina que encuentran.

El pequeño Puriq, desobedeciendo a su madre, se asoma; quiere unirse a las guerreras. Naky se interpone, pierden un poco de tiempo. Lejos, se oye el motor de las movilidades; saben que tienen segundos para terminar y prender la gasolina. Kusiquyllur a costa de su propia seguridad, se tira al suelo, apunta su lanzamisil y dispara; la explosión remeció la tierra. En la distancia, se perfilan varios carros, que avanzan a velocidad; se escuchan disparos, los zutanvrios comienzan a vibrar; ellas, desesperadas, los toman y golpean las piedras; las chispas prenden algunas movilidades.

Ya estaban más cerca y los disparos sacaban chispas del suelo, produciéndose varios incendios, y las esquiras las herían, quedando atrapadas entre el fuego, y los mineros se miran, presienten que es su final. En un gesto de rebeldía, Huaynaputina se arrodilla, pone sus manos en la tierra y lanza un grito desesperado al viento, repetido por las dos guerreras, Naky y Puriq: “Padre Wiracocha ayúdanos”.

Comienzan a golpear la tierra con los Zutanvrios, están abriendo brechas, pero no es suficiente; las llamas se acercan a las dinamitas, las movilidades cada vez están más cerca, no van a poder escapar. Se miran, se abrazan y caminan hacia donde dejaron los explosivos; prefieren volar en mil pedazos antes que las capturen.

De pronto se abre la tierra, salen las imponentes figuras de los gorilas, las abrazan arrastrándolas al fondo, cerrándose la tierra. Todas tienen quemaduras, incluyendo al pequeño Puriq. Las guerreras, al verlas, rompen en llanto de alegría. Las médicas corren a ayudarlas, las colocan juntas. En su convalecencia conversan, ríen, juegan con Naky y el pequeño Puriq. Pikichaki, el hijo de Naga que últimamente frecuenta mucho los entrenamientos.

Naky y Puriq, con un grupo de gorilas, se presentan en el campo de entrenamientos. La gorila lleva de la mano a su pequeño y se lo ofrece a la comandante; todos quedan en silencio. La comandante no está segura de haber entendido; interroga con los ojos a Naky; ella le explica que su Puriq desea ser guerrero. La comandante se lleva las manos al corazón, inclina la cabeza y le dice:

Todas lo cuidaremos con nuestras propias vidas; gracias por darme a tu hijo. Puriq, se une contento, camina con orgullo. A su paso, una larga fila de guerreras lo aplauden calurosamente y le dan la bienvenida. Se reanudan los entrenamientos; ahora tendrán un poderoso guerrero más, como lo fue su madre.

PEQUEÑOS GORILAS DE LA MANADA PUÑOS



16cap. Las comandantes se acercan a Naky y le dan las gracias, se unen en un abrazo; algunas lágrimas ruedan de agradecimiento. Naky les acaricia sus cabezas, comprenden el gran amor que la gorila les tiene y se sienten confortadas, protegidas.

Puriq hereda el lucero del amanecer de su madre, es recibido con mucha algarabía, se integra a los entrenamientos. Las comandantes vieron el enorme potencial del pequeñín; él llegaría a ser un gran guerrero.

Pasaron dos días, y reciben la visita de Tanqui y Wari, los jefes supremos del Kaspacha Uray; intrigadas, no comprendían tan alto honor de su visita. Naga, Temi, Sukay, cada una de las tres hermanas, y sus bebés, se acercaron a las comandantes y les ofrecieron a sus hijos. Las comandantes sentían un nudo doloroso que les apretaba sus gargantas; las emociones no las dejaban hablar. Pero no hacían falta palabras; el hijo de Wari

salió detrás de su padre y se unió al grupo de pequeños gorilas guerreros. Los gorilas les habían dado tanto y ahora les daban lo máspreciado que tenían; los corazones latían aceleradamente, que amenazaban con pararse. No recordaban el tiempo que lloraron tanto, desde que mataron a Chunka, Isqun y Pusaq. Las madres se abrazaron llorando, las comandantes se pusieron un puño en el corazón, una rodilla a tierra y juraron protegerlos con sus propias vidas, acto que todas las guerreras imitaron.

Los críos no podían estar más contentos; parecía que estaban de fiesta. Se integraron de inmediato. Parya, Purmakana, Pacha, Puriq, Piqichaky y Kuychi. Seis futuros poderosos guerreros.

Rápidamente, preparan una ceremonia de ofrenda a la Pachamama. Todos los nuevos integrantes y los pequeños gorilas hacen un círculo, juramentan fidelidad, ofrecen a la madre naturaleza una gota de sangre, reciben sus taleguitas de sueño dulce, se forman los clanes, finalizan con un gran abrazo. Todo esto fue observado por los jefes del mundo subterráneo. Los gorilas dan la vuelta y se retiran. Para las guerreras era un gran compromiso tener a los críos con ellas, y a la vez sentían el apoyo del mundo subterráneo. Volverían a ser un poderoso cuerpo de combate.

Se reanudan los entrenamientos, agotadores, incansables, duros y exigentes. Dejaron que los pequeños escogieran libremente el clan al cual pertenecer. Kuychi y Puriq forman migas; se entrenaban juntos, poco a poco se hicieron inseparables, se unieron al clan de Chunka; casi todos eran jóvenes en esos momentos. El pequeño príncipe, Purmakana, hijo de Tanky y Wari, eligió al clan Huk, al cual también estaban Mig y Huchilla. Él tenía un carácter muy fuerte; estaba criado para ordenar con rectitud e igualdad. Parya eligió al

clan Pichqa. Piqichaky eligió al clan Pusaq. Pacha al clan Kimsa. Todos fueron recibidos con un gran abrazo y aplausos. Los cinco guerreros y Kuychi se unían en grupo para entrenar juntos; pronto los llamarían los “Peques”.

JUAN PRESO



Cap. 17. Se elaboraron cuatro luceros del amanecer; ahora cada uno de los cinco pequeños obtuvo el suyo. Ellos, serios, los cargaban sobre sus hombros; los cinco, muy formalitos, practicaban. “Las Calladitas” elaboraron una especie de fajas que rodeaban la cintura y cruzaban la espalda; para sujetar sus luceros, las maqanakuy sonreían al ver su carita de importantes que ellos ponían. Kuychi se presenta ante Huaynaputina nerviosa; daba muchas vueltas estrujando sus manos, no sabía la forma de decirle lo que deseaba. Mig la observaba sin intervenir, hecho que despertó la ternura de la comandante. Con delicadeza la interroga:

—¿Qué deseas, hijita?

Kuychi se pone roja y unas lágrimas escapan de sus ojos; la poderosa comandante la abraza acariciándole la cabeza, la toma de la mano y juntas dan unos pasos.

—Dímelo a mí solita.

Huaynaputina se inclina, Kuychi empina sobre la punta de los pies alcanzándola, le susurró al oído.

—Un lucero del amanecer.

La comandante abre los ojos con asombro. Como de costumbre, pregunta con la mirada a Killasisa y Kusi-quyllur; ellas levantan los hombros y le dan su consentimiento. Mira a la madre, Zugu se encoge de hombros y la comandante le contesta:

—Bueno, pero será uno de acuerdo a tu tamaño.

La niña sale corriendo hacia los brazos de su madre; Zugu la abraza sonriente, se acerca a Puriq y bailan juntos; todas ríen, algunas los imitan. Es una tarde divertida y llena de alegría.

Mig estaba a cargo de entrenar a los adolescentes; ellos siempre juntos, ahora eran un grupo considerable. La única condición para pertenecer a los clanes era asistir a las escuelas. Las clases, las impartían Ninan y Gine. El primer día fue un hecho sin precedentes; los cinco pequeños gorilas asistieron. Muy serietos, saludaron con un gruñido; fue algo increíble verlos. Ninan, Gine, las comandantes y las jefas de los clanes no salían de su asombro; ellos, felices, se esmeraban con sus clases.

Llamaron a reunión; Ninan toma la palabra explicando la necesidad de contar con libros que enseñaran lenguaje de señas y libros de medicina y otros para la educación de los niños. Tendrían que definir quién se haría cargo de las compras; ahora la tarea era elegir. Sería la segunda vez que saldrían. La responsabilidad cae sobre Huk, Iskay, Kimsa y Juan. Se formó otro grupo de apoyo formado por Tawa, Pichqa y un guerrero, que estarían cerca por si tenían problemas.

Al hacer las compras, pagaron con dólares y en efectivo. Todo esto no pasó inadvertido para dos delincuentes; empezaron a seguirlas, las esperaron agazapados en una esquina, agresivos les cortan el paso, con insultos y amenazas, le ponen el arma en la cabeza a Kimsa. El otro hombre apunta al grupo; les ordenaron entregarles todo el dinero. Ellas están desarmadas, solo tienen los zutanvrios; Huk mira directamente al delincuente:

—Tú no sabes con quién te estás metiendo; más vale que sigas tu camino y nos dejes en paz.

Ellos, impacientes, les quitan el seguro a sus armas; quieren arrebatarle a viva fuerza la talega del dinero. Es cuando Huk y Kimsa contraatacan. El enfrentamiento es cuerpo a cuerpo, feroz y encarnizado por la posesión de las armas. Los disparos se escuchan, la gente huye, buscando refugio. Juan recoge la talega del dinero y corre hacia Tawa y Pichqa, que observan de lejos. Ellas saben que en plena ciudad no pueden hacer uso de los Zutanvrios.

Ellos son maleantes, acostumbrados a los tiroteos, pero jamás se enfrentaron con mujeres que eran capaces de golpear como hombres, muy bien entrenadas, con un cuerpo sano y ágil que respondía mejor que el de ellos. Iskay tiene las armas, las tira lejos; uno de ellos saca un puñal y hiere dos veces a Kimsa, que cae al piso sangrando. Se dan cuenta de que tienen que defenderse y terminar pronto; Iskay sacó su Zutanvrio y traspasa al delincuente, que cae a la vereda; rápidamente lo guarda. Se acerca al otro hombre y lo golpea en el cuello, “sueño de ángel”. Los dos delincuentes quedan en el suelo; tienen que salir de ese lugar lo más rápido que sea posible.

Kimsa está herida y requiere de atención; tras un rápido torniquete, apoyada en Huk, comienzan a correr. Lejos

se escucha la sirena de un patrullero; las personas salen de sus casas a mirar, necesitan un lugar discreto para ingresar al mundo subterráneo. Siguen corriendo, tratan de salir hacia la periferia de la ciudad, encuentran una buena ubicación, golpean el suelo; al fondo de la calle, la patrulla se perfila, utilizan sus bocinas para dar el alto, la tierra se abre, los policías disparan, Juan recibe un balazo, cae hacia atrás, todos entran menos él, la tierra se cierra. Los policías rodean a Juan y lo suben al patrullero. Con los grilletes puestos lo llevan al hospital; se niega a recibir atención médica, causando revuelo en el hospital. Le administraron un calmante, obligándolo a aceptar.

COLQUEHUANCA, DELPINO Y PÉREZ



Cap. 18. Dentro del mundo subterráneo se dan cuenta de que faltaba Juan; rápidamente se forma un grupo que sale a rescatarlo. Se encuentran con una gran dificultad: no conocen la ciudad de Puno. Recorren las calles, pero no lo encuentran; regresan a comunicarlo a la comandante, y deciden esperar unas horas. Huaynaputina decide salir a buscarlo, reúne a Killasisa y Ninan; esta vez van preparadas y con ropa de abrigo para no llamar la atención de las personas, bastante dinero para solucionar cualquier problema. Ninan propuso contratar un abogado.

—Es la mejor manera de buscarlo sin tener problemas.

Ellas se miran y asienten. En el hospital, el policía mira a Juan; su olfato le dice que hay algo distinto en este

hombre. Se sienta a esperar que despierte; claro que Juan se hacía el dormido.

Ninan se arriesga a preguntarle a una señora que vendía emoliente por un buen abogado; ella muy amablemente les responde:

—Aquicito nomás, papay, está Delpino, ese es muy bueno. Al hijo de mi comadre lo saco de Yanamayo; casito se lo mandan a Challapalca; el único sí que cobra caro. ¿Ustedes tienen platita?

Se miran los tres, no responden, y sin perder tiempo, se dirigen hacia el lugar que señaló la mujer.

Colquehuanca y Pérez, los dos policías, llegan al hospital después de la delicada operación para extraerle las balas. Ellos esperan que el herido salga de UCI. Se dirigen al médico, piden permiso para hablar con él.

Comienzan a presionarlo: no reciben respuesta; a golpe de vista deducen que el hombre guarda silencio porque hay mucho que proteger, perder, o está amenazado y tiene miedo.

—Compadre, tú sabes que estás cagado hasta las orejas, son dos fríos, no la libras, te vas de frente a Yanamayo. ¿Sabes que esos pájaros que enfriaron eran “asaltabancos”? Sus baterías en cana te estarán esperando. ¡Esas cagadas son unos rechuchas! Habla, nomás, nosotros te ayudamos, ¡antes que el fiscal te refunda!

Juan los mira como si no entendiera; sus pensamientos volaron muy lejos con su familia. Él sabía todos los riesgos a los que se enfrentaría cuando se unió a las guerreras. No podía, y quería traicionarlas. Su fidelidad hacia las Apu Supay estaba antes que todo; si hablaba, era como guiar la mano que las mataría. Pensó en su

hijo y su esposa; les debía la vida y la libertad de su muchacho. En las personas que aún faltaban por liberar. Con lágrimas en los ojos, tomó una decisión: él se inmolaría. Tenía su taleguita de “sueño dulce”. Era hora de usarla. Comenzó a recordar los momentos junto a su familia, y mentalmente empezó a despedirse de ellos, pidiendo perdón por dejarlos solos.

A pesar que los policías lo seguían conminando a decir lo que sabía, él ya no los escuchaba; embebido en sus recuerdos, se quedó dormido.

El abogado Delpino, al verlos entrar a su oficina, alzó una ceja, los miró de arriba abajo, con una mirada que traspasó todos los pensamientos de los guerreros. Aun cuando tenían abrigos cubriendo sus ropas, se percató de que un bulto sobresalía en sus espaldas. Sus zapatos eran tejidos, demasiado ligeros; sus movimientos corporales le decían que estaban a la defensiva, no quisieron sentarse; él también comenzó a sentirse incómodo.

El abogado, hombre bastante experimentado, sabe que cuando hay mucho dinero de por medio las cosas no son claras. Con voz muy suave, tratando la parte psicológica y ganándose la confianza de ellos:

—Buenos días, ¿en qué puedo servirles? Es mejor que me digan la verdad; de lo contrario, no voy a poder ayudarlos. Yo no soy el fiscal ni el juez, y tampoco los voy a juzgar. No estoy en contra de ustedes, estoy para trabajar con ustedes y apoyarlos en todo.

Ninan se adelanta para explicar:

—Mi padre y mis hermanas viajaron hacia aquí, tenían muchas ganas de conocer el lago Titicaca, la isla de Taquile. Salieron del hotel para hacer un poco de turismo y comprar ropa de abrigo. Parece que dos delincuentes

los asaltaron y ellos se defendieron. Hirieron a mi padre, mis hermanas corrieron y no sabemos dónde está él. Yo llegué el día de hoy; estamos muy preocupados.

El brujo Ninan saca de su talega un buen fajo de dólares y algunas piedras preciosas; las pone sobre la mesa.

—Por favor, ¿nos ayuda a encontrarlo?

Ninan era el que hablaba, mientras ellas, un tanto separadas, aparentemente guardaban silencio. Algo no cuadraba bien, por la expresión corporal. Sus ojos, todo en las hermanas, le decían que eran las que mandaban; tenía la sensación de que le saltarían encima, que eran ellas las peligrosas. Desconcertado por los bultos que sobresalían en sus espaldas, se le ocurrió pensar que tal vez eran armas.

Delpino mueve la cabeza para alejar sus pensamientos; le dice a Ninan

—Bien, voy a aceptar el caso. Lo primero que vamos a hacer es buscar a tu padre y ver cuál es el problema. Tus hermanas nos pueden esperar en el hotel, o también pueden hacerlo cerca de aquí; hay una placita; nosotros dos vamos a buscarlo:

Él responde

—No, mis hermanas vienen conmigo, Dr.

Delpino arquea una ceja un poco contrariado, pero aceptó. El grupo sale, toman un taxi, comienza la peregrinación por comisarías, postas de salud y hospitales, hasta que lo hallaron en el hospital “Virgen de la Candelaria”. La enfermera le indica la cama donde se encuentra; lo reconocen y miran en silencio. Los tres analizaron la situación, se separaron en círculo cubrién-

dolo, disimuladamente palparon sus armas. Delpino observa detalles, en los cuales no se fijó antes: los cuerpos un tanto arqueados de las hermanas, denotando entrenamiento militar, las expresiones duras y decididas, “y piensa que ellas no parecen las hijas que lloran a un padre herido y perdido”.

Juan presiente algo, abre lentamente los ojos; apenas las vio. La expresión le cambió radicalmente; estaba sujeto a la cama con grilletes y un guardia civil uniformado, cuidándolo, el cual no los dejó acercarse. Los tres guerreros analizan las vías de escape; el hospital estaba lleno de personas, como para sacarlo a viva fuerza, podrían herir a inocentes. Estaban ante una disyuntiva crucial.

El custodio caminó lentamente hacia Juan; su olfato policiaco lo alertó, su mano se posó significativamente en su arma; se dispone a pedir refuerzos. Delpino se da cuenta de la situación, se asusta, mirando a Ninan con disimulo y un leve movimiento; niega con la cabeza y ellos se detienen. El abogado dio la vuelta; quería dejar el caso, no meterse en problemas, pero la curiosidad lo ganó. Decidió poner paños fríos, se acerca al policía, que estaba en la puerta, se identifica y le pregunta:

—Buenos días, señor, ¿sería tan amable de decirme en qué comisaría está el caso?

—En la dependencia policial de “2 de Abril”, Dr. Están a cargo de Colquehuanca y Pérez.

Delpino no conocía a esos policías; eran nuevos. Le preguntó a Ninan:

—¿Quién de ustedes va a acompañarme?

Se miran entre ellos; Huaynaputina mira a Ninan y le ordena.

—Vas tú, y regresas rápido.

La voz que ordenaba no pasó desapercibida para el abogado.

Delpino tomó notas. Raudamente, se dirigieron a la dependencia policial. Pide hablar con los policías a cargo. Colquehuanca y Pérez coincidentemente se hallaban destacados en Puno. Por las extrañas circunstancias en que sucedió la muerte de los dos delincuentes, estaban a cargo de la investigación. Ellos se paran frente al brujo Ninan y lo observan detenidamente. Cuerpo erguido, mirada directa y decidida, pasos ágiles, rostros inexpresivos; notan que debajo de ropa y zapatos de confección artesanal hay un militar entrenado.

Los dos policías se apartan un poco, y Pérez le susurra al oído: ¿Demonios de las montañas? Comenzaron a dar vueltas en círculos alrededor de Ninan; lo acribillaron con preguntas; él sentía que le desvestían hasta el alma. Delpino interviene, salvándolo del interrogatorio. A estas alturas ya tenía la certeza, de que algo estaba pasando que él no sabía, no pensaba quedarse fuera de todo, olvidándose que era el asesor legal de Ninan.

RESCATE DE JUAN



19cap. Dentro del Kaspacha Uray, las guerreras estaban esperando que el grupo regresara con Juan. impacientes, no esperaron más tiempo, decidieron salir a rescatar a sus hermanas; ya no estaban dispuestas a perder a ninguna más de ellas. Fuertes vientos desacostumbrados empezaron a aullar, sonidos nunca antes escuchados. Illapa, dios del trueno, Nereidas y Sílfides, energía, agua y aire; tres seres elementales se unieron enfurecidos, castigaban la ciudad de Puno. Causando muchos estragos y terror entre las personas, que empezaron a correr buscando un lugar donde guarecerse...

Mig y Huchilla decidieron salir en ayuda de las warmis, eligieron y encabezaron un selecto y poderoso grupo,

especialistas en ataque y manejo de armas blancas. Acordaron que los clanes Huk, Iskay, Kimsa, Tawa y Pichqa se quedarían dentro del mundo subterráneo. Si no regresaban, tomarían el mando y serían las nuevas comandantes de las Apu Supay. Muchos sentimientos, dolor y decisión.

Huaynaputina decidió sacar a Juan a cualquier precio. A la dependencia policial les llegó una alerta del hospital: el comandante les advierte sobre el temporal; ellos asumieron su propio riesgo. El pequeño grupo sale corriendo; la fuerza del viento les impide el paso; ellos se abrazan para evitar ser arrastrados por la fuerza de los elementales; sin darse cuenta, estaban formando un lazo de complicidad muy fuerte. Les fue muy difícil avanzar; subieron a una patrulla y, después de algunos contratiempos, llegaron al hospital.

Mig, Huchilla, África, Zugu y tres guerreras subieron a la superficie; deciden empezar su búsqueda por centros de salud, apuestan por el hospital “Virgen de la Candelaria”. Llegan a las afueras del nosocomio; los Zutanvrios comenzaron a parpadear, llegaron al lugar indicado, se dirigen a la entrada del hospital; en ese momento los policías ven a las guerreras. Colquehuanca le hace un gesto a Ninan; él se queda quieto, tratando de disimular. Las pequeñas lanzas comenzaron a emitir destellos rojos a pesar de la lluvia y el viento; sus figuras eran muy intimidantes. A los policías no les quedó duda alguna; eran las guerreras del mundo andino, las Apu Supay.

Delpino no perdía detalles; se dio cuenta de que los policías sabían algo que él no, se detuvo, giró y los enfrentó:

—Me dicen qué está pasando, o no doy un paso más. Los policías le responden:

—Doc, lo necesitamos, no puede abandonarnos, mi promesa de hombre que después le contamos todo, ¿solo tiene que prometernos que nos creará y guardará silencio?

Delpino sabía lo peligroso que era estar inmiscuido en un delito de ocultamiento; el colegio de abogados podría retirarle su licencia para litigar, su reputación. No contestó, dudaba, no sabía qué decisión tomar.

Ninan se unió a las guerreras. Delpino se dijo a sí mismo: “Todas no pueden ser sus hermanas, están armados, son un grupo guerrillero”. Quiso dar marcha atrás; una voz le dice: “Ya estás dentro, no puedes retroceder”.

La madre naturaleza estaba convirtiendo los vientos en huracán de categoría tres. Un illapa derribó un poste que dejó sin fluido eléctrico a varias zonas de la ciudad. Las luces del hospital se prendían y apagaban; por fin quedó totalmente a oscuras. Los de mantenimiento corren a prender el generador de luz para estos casos. Las maqanakuy entran corriendo; Delpino y los policías las siguen. Al llegar a la sala, Huaynaputina había dejado fuera de combate al policía y buscaba desesperadamente las llaves de los grilletes.

—Tienen que apurarse, tienen poco tiempo, antes que vengan los refuerzos de apoyo.

Las Apu Supay miraron con desconfianza a los policías, indecisas; ellos las vuelven a apremiar, tenían el tiempo en su contra, se arriesgan, pero esta vez sacan los Zutavrios y armamentos camuflados. Delpino se asusta, Pérez saca una llave maestra y liberaron a Juan de las esposas, mira a Delpino y le dice:

—Doc. Ya está dentro, tiene que caminar nomás; en la morgue hay una salida de emergencia.

Llevando casi cargado a Juan, todos se dirigen hacia la salida. Los techos de algunas casas vuelan, pequeños árboles son arrancados. En la comisaría dan la orden de apoyar a los policías; los designados, a disgusto, obedecieron la orden.

Se dieron cuenta que la lluvia redobló su intensidad, tornándose altamente peligrosa. Los policías y Delpino estaban sobrecogidos por lo insólito de los sucesos. Las Apu Supay estaban impasibles, hecho que los asombró. Salen fuera de la morgue; la visibilidad es casi nula; a tientas se dirigen a la ambulancia que estaba sin el chofer. Lejanamente, se escuchan las sirenas de patrulleros mezclados con el temporal; Colquehuanca les dice:

—Suban, que yo conduzco.

Se sienta al volante, encuentra la llave puesta. Ninan y Huaynaputina suben a Juan. Mig, África y Killasisa se sitúan al lado de cada uno de los policías y Delpino; ellos comprenden la callada amenaza; ya no ocultaban sus armas. Conducir sería un gran desafío, dadas las circunstancias climáticas. Avanzan penosamente con la movilidad. En un hecho insólito, fuera de toda capacidad de entendimiento, los policías y el Doc vieron las difusas figuras de tres mujeres; ellas flotaban delante de la ambulancia despejando el camino por donde circulaban.

Colquehuanca frenó violentamente, se frotó los ojos, mirando a Pérez y a Delpino; ellos estaban pálidos. Los tres miran a los demás, que ni se inmutaron; sentían que su imaginación les estaba jugando una mala pasada, que solo ellos veían y callaron. Las sorpresas no terminaron; las elementales, obedeciendo a la madre naturaleza, protegían los caminos. Siguiendo las figuras que los guiaban el camino, avanzaron hasta las afueras de la ciudad. Mig les dice.

—Aquí nos quedamos.

Colquehuanca sugiere:

—Van a tener que golpearlos para despistar las sospechas.

Doc si le preguntan, usted va a decir que se fue del hospital y no nos ha visto para no comprometerlo en nada, y nosotros tampoco lo vimos. Se dirige a Huaynaputina:

—Siempre que podamos, los vamos a ayudar; también lo hicimos cuando ustedes regresaban de la clínica.

Killasisa, Ninan y Juan rápidamente recuerdan la ayuda que recibieron. Delpino saca de su bolsillo el dinero que le dio Ninan y lo devuelve

—Este dinero es de ustedes, yo no me lo gané.

Huaynaputina le responde:

—Hay muchas personas que lo necesitan; hágalo llegar a las manos adecuadas, para que lo distribuyan de forma equitativa, por favor. Delpino comprende un poco más por qué se arriesgaron tanto los policías. La comandante le ordena a Mig.

—Encárgate tú de los golpes, y que parezcan reales.

Los rudos policías ríen incrédulos al mirar a la menuda figura de la oriental. Ella, con una sonrisa enigmática en los labios, se les acercó con asombrosa agilidad y rapidez increíble; les propina una pequeña paliza a los dos policías que se quedaron sorprendidos de su agresividad, velocidad y fuerza. Delpino ríe a carcajadas; Mig lo mira con el puño levantado; él retrocede hasta quedar fuera del alcance de Mig, mueve la cabeza y dice:

—¡Yo no!

Las vieron avanzar entre la lluvia, y escucharon el poderoso aullido del lobo gris. Un fuerte sonido y varias figuras blancas, amorfas, surgen del vientre de la tierra, miran intrigados; eran los cinco pequeños gorilas y Kuychi que burlaron la vigilancia, impacientes por probarse a sí mismos, venían a unirse con las guerreras. Al ver a los hombres, quieren lanzarse sobre ellos. La comandante levanta la mano y dice:

—Son amigos.

Ellos estaban petrificados de terror. La comandante endureció sus facciones y les lanza una mirada escrutadora; parecía que les examinaba hasta los pensamientos y se dirigió a las policías:

—Personas como ustedes dos nos hacen mucha falta; si desean pertenecer a las Apu Supay, ya saben que, con nosotros, se juegan la vida.

Mira a Delpino:

—Eres honesto, prepárate, te acabas de convertir en nuestro letrado. Nos volveremos a ver.

Delpino abre la boca para contestar, pero escucha el aullido del lobo gris, emitido por Huaynaputina. Ante la orden de la comandante, todas las guerreras se lanzan, desapareciendo en la tierra. La comandante pone un puño en el pecho y se da tres golpes; los mira antes de realizar un impresionante salto de espalda, dando vueltas en su caída en el hoyo; la entrada se cierra con un sonido apagado. Ellos empezaron a poner en duda si lo que observaron era realidad.

KUTIRIMPUY Y NUNA



Cap. 20. Un coro de voces y risas se oía llamándola:

—¡Kutirimpuy, Kutirimpuy!

Ella se asoma a la ventana, ve al bullicioso grupo fuera de su casa. Está más linda que nunca; sale corriendo para unirse al grupo de amigas que la estaban esperando, sonrían y se alejan tomadas del brazo bulliciosamente.

Muy alegres se dirigen al parque, encontrándose con otros grupos de amigos. Un gran concierto al aire libre del grupo musical de moda. El lleno era total; bailaron, gritaron, disfrutaron hasta que se cansaron. A corta distancia, tres hombres seguían todos los movimientos del grupo discretamente. Llegó el momento de retirarse; se repartieron en tres grupos, cada uno se fue por su lado. Kutirimpuy y sus amigas. Enrumbaron juntas; vivían muy cerca unas de las otras.

Comenzaron a hacer autostop; una camioneta con dos hombres se les emparejó. Entre risas subieron a la camioneta; les invitaron unas botellas de zumos envasados; ellas los ingirieron sin precaución. Y fue lo último que recordaron.

Cuando despertó, unos grilletes la tenían inmovilizada en la cama. Kutirimpuy, aún mareada, mujer inteligente, supo que algo muy malo iba a pasarle. Forcejea; es imposible soltarse, se llena de espanto, las lágrimas ruedan. Horrorizada, ve pasar a una elegante mujer, ella ignorándola: estaba discutiendo con dos hombres.

—Edu, ella va en la primera presentación; el señor Gordito pagó muy bien.

—Marcia, por el show del niño, pagaron trescientas mil lucas gringas.

—¡Ha! Tienes razón, ¿entonces ella después?

—¡Claro! Fácilmente entre los dos llegamos al medio palo; ella va en la tarde.

Comienza un incesante ir y venir de personas llevando cosas. De lejos se ve que corren unas pesadas cortinas; se percibe que es un escenario bellamente decorado. Un débil sollozo, quedito como con miedo, llama su atención; gira la cabeza buscando la fuente y se percata de que es un pequeño, y le fue imposible contenerse, estallando en gritos. Ordenaron doparla para que no hiciera escándalos; Kutirimpuy se negaba a dormirse. Borrosamente, ve que llevaban en brazos a una pequeña; ¡era una niña negra! Casi perdiendo la conciencia, escuchó sus gritos y las risas que retumbaron en sus oídos.

Unos hombres cargan a Kutirimpuy. Marcia, al verla dopada, ordena que la bañen con agua helada y le in-

yecten estimulantes. Se esmeraron en su arreglo personal; la mujer joven estaba hermosa, drogada, reía sin control. La conducen al anfiteatro; los presentadores anuncian el comienzo del show. Al verla, los asistentes se levantaron de sus asientos y la aplaudieron de pie. Ella vio los instrumentos de tortura y comenzó a reír como loca. Tres hombres ingresan y comienzan los vÍtores y, también, las torturas que destrozaron su cuerpo.

Con una sonrisa retorcida en sus labios, el hombre la empujó con mucha fuerza y los otros rieron estruendosamente. Kutirimpuy comienza a rodar por las empinadas paredes del precipicio, golpeándose entre las piedras, causándose heridas. Sus gritos resuenan y el eco los devolvía multiplicados, y antes de llegar al fondo se hunde en la oscuridad, desmayándose. No supo ni el tiempo, ni las horas que pasaron; muy lejanamente escucha una voz que le dice:

—¡Kutirimpuy, despierta, despierta!

Siente que le acarician el cabello, le limpian el rostro; quería abrir los ojos, estaban muy hinchados. Una hermosa mujer le ofrece su mano:

—Soy Nuna; si no te levantas ahora, tal vez no lo puedas hacer nunca más. El tiempo se nos agota y la vida se nos va.

—Con la visión borrosa, trata de mirar quién le hablaba; extrañada, ve lágrimas que ruedan de sus mejillas.

Kutirimpuy mira sus sangrantes heridas; un pensamiento cruza por su cabeza: «No voy a poder, no voy a poder». Un ahogado sollozo escapa de sus labios por el dolor. Es como si Nuna adivinara lo que ella siente; rompe un pedazo de su ropa, haciéndole torniquetes y vendándola. Kutirimpuy levanta la vista y la empinada

pendiente se le hace imposible de superar. Nuna la ayuda a levantarse casi cargándola; el sufrimiento la doblega hasta casi desmayarse. Nuna la recibe entre sus brazos, y ella siente que la arrastran cuesta arriba.

Las aristas de las piedras desgarraron los dedos de Kutirimpuy; vuelve a gritar de dolor, quiere rendirse. Nuna se detiene, toma aliento y otro trozo de su ropa, venda los pies, manos y rodillas, protegiéndolos; le aprieta su mano diciéndole:

—Yo te sostengo, apóyate en mí y sigue, por favor, no te detengas, saldremos juntas.

Fugazmente, un pensamiento cruza por Kutirimpuy: “¿Quién era ella? No recuerda haberla visto antes. No había tiempo para preguntas, dudas o pensamientos.

Se aferra a la única persona que la ayuda, un hilo de esperanza. Siguieron subiendo, dejando rastros de sangre entre las piedras. Sintió que el tiempo se detenía, una eternidad para ella; las dos llegaron a la cima. Casi perdida, la conciencia sintió cómo Nuna la seguía jalando, hasta ponerla a un lado de la carretera. Se percibía el sonido de los vehículos.

Kutirimpuy, con el dolor golpeando su cerebro, se fijó en Nuna: su piel oscura, rasgos negroides, cabello largo y rizado; se parecía mucho a ella, no tenía heridas. Su imagen comenzó a desvanecerse, transformándose en humo blanquecino, que entraba en su cuerpo, uniéndola a ella con una fuerza asombrosa, formando un único ser.

Kutirimpuy se dio cuenta que siempre estuvo sola, y se hunde en la oscuridad junto a Nuna, que yacía en su interior.

FUEGOS ANDINOS



21cap. El grito de agonía y dolor de Kutirimpuy llegó hasta el mundo subterráneo. La Pachamama la escucha, le ordena a las elementales que la protejan. Las hojitas transmiten velozmente el mensaje a través de las raíces, que están en el subsuelo. Los clanes se preparan para partir en búsqueda y rescate de Kutirimpuy.

Naky emitió varios rugidos; a su llamado acudieron varios gorilas y otros animales. En la cima de una colina se destacaron dos cánidos, de belleza excepcional. Bajaron corriendo la colina; ondulándose con la fuerza del viento, su pelaje parecía flotar.

De la cruce entre los viringos y los perros del mundo subterráneo, nació una nueva raza de perros híbridos de gran tamaño y caminar elegante y gran alzada. A pesar de estar acostumbradas a las rarezas del mundo subterráneo, el silencio fue absoluto; eran los nietos de Pomahuasi.

Eran totalmente lampiños; la piel de sus cuerpos era de un negro intenso, salvo una franja delgada de frondoso y largo pelaje; uno era de color azulino neón y el otro era un rojo ardiente. El cabello nacía en la parte alta de la cabeza y se extendía por el cuello; seguía en la cruz, tronco, grupa y llegaba hasta la punta de la cola. Era tan frondosa y larga que resultaba increíble. Las patas eran tan grandes que parecían garras; la parte interna de sus orejas tenía el mismo color de su pelaje: uno azul y el otro rojo. Lo más notable eran sus ojos, las pupilas grandes y alargadas como las de un felino, uno de un bellissimo azulino y el otro un rojo encendido que parecían despedir fuego. Hacían contacto visual como si quisieran hablar; el viento mecía la larga cabellera, dándoles un aire irreal.

El híbrido azul se levantó, abriéndose camino, pasó entre las guerreras, se detuvo mirando de frente a Kuychi. El híbrido estaba escudriñándola, oliéndola, escogiéndola. La niña estaba inmóvil por el susto. Los gorilitas corrieron, situándose al lado de Kuychi como protegiéndola. El viringo azul, al ver a los gorilas, inclinó la cabeza. El otro viringo rojo, tan majestuoso como el primero, se les unió; era una hermosa hembra. A esta nueva raza híbrida los llamarían “Fuegos Andinos”.

Kutirimpuy, sumida en un letargo por la pérdida de sangre, no se da cuenta de nada. Las plantas tejieron una especie de vaina alrededor de ella, guareciéndola de las inclemencias del tiempo. Algunas estaban pegadas a sus heridas como tapón, evitando el sangrado y calmando el dolor.

Huaynaputina organiza muy rápido el rescate. Naky se une al grupo; ya están preparadas para partir en ayuda de Kutirimpuy. Los viringos de fuego tomaron la delantera; los peques y Kuychi corrieron detrás de los fue-

gos. Este hecho tomó desprevenidas al grupo de guerreras. Que corrieron detrás de los fuegos. La niña no podía mantener el paso de la carrera, quedando atrás; Fuego Azul regresó por ella. Con su ayuda logró mantener el paso.

El grupo Fuego sigue corriendo, dejando atrás a las guerreras; las horas transcurren, hacen un pequeño alto, los pequeños gorilas sacan una taleguita con hojas mágicas. Kuychi pide su cuota; las mastican renovando fuerzas; después reanudan la carrera. Llegaron a un sumidero de aguas apacibles y cristalinas. La superficie alfombrada de flores de vivos colores, los recibe agitando sus pétalos; ellos toman agua, se bañan, un pequeño descanso. Las flores acuáticas del sumidero señalan una de las bifurcaciones del camino. Los fuegos andinos se levantan en dos patas, olfatean, rascan las paredes. La comandante recuerda el magnífico olfato de Pomahuasi. Sus nietos lo tendrían altamente desarrollado.

Huaynaputina abre una salida; se preparan para salir a la superficie. Los primeros en correr fueron los pequeños, como si ellos integraran el grupo de rescate. Naky con un rugido, frena la carrera del grupo Fuego; ellos, obedientes, se alinean detrás de ella. Mig, Ninan, Zugu, África y algunas guerreras van al frente; las francotiradoras armadas con subfusiles de largo alcance, cuerpo a tierra, se abren en abanico. Avanzan rampando casi en paralelo; protegen el avance de las guerreras.

Los peques, portando sus luceros del amanecer, imitando a las francotiradoras, avanzan con el cuerpo a tierra; las maqanakuy sonríen; era su primera vez en la superficie; los ponen al centro para protegerlos.

Las voces de la naturaleza las guían hasta Kutirimpuy. El largo y hermoso cabello afro luce apelmazado, con

barro y sangre seca. Cuando la encuentran, estaba protegida en su capullo de plantas. Llega el grupo de médicas y, después de una rápida revisión, se dan cuenta de la gravedad. Huaynaputina interroga con la mirada, y Ninan mueve la cabeza:

—Está grave, solo un milagro podría salvarla, tenemos que intervenir inmediatamente.

Con mucho cuidado la trasladan al mundo subterráneo. Era necesaria una transfusión de sangre; canalizan venas para estabilizarla, improvisan una camilla. La única forma de llegar pronto a su campamento era volver a entrar en los túneles nuevamente; avanzan corriendo. Las hojitas hicieron muy buen trabajo; eso evitó la muerte de Kutirimpuy. A Mig y Kuychi se les nota afectadas emocionalmente. La comandante las observa en silencio.

Relevándose para no descansar, avanzan velozmente; llegaron a su campamento, los recibe Gine, totalmente integrada. Antes de la operación, las guerreras pusieron las manos en la tierra y pidieron:

—Padre Wiracocha tú la escogiste como tu hija, la has traído hasta aquí, guía las manos de los médicos, ayúdala, no la dejes morir.

Terminada la intervención, Ninan informa:

—Los daños son terribles; para reparar las partes íntimas, tenemos que volver a intervenir, dañaron órganos, la destrozaron por dentro. Querían matarla; solo se detuvieron cuando la dieron por muerta. Con mucho pesar, Huaynaputina inclina la cabeza; solo quedaba esperar.

África observaba a su hermanito integrarse al pequeño grupo de peques; estaba entusiasmado con los fuegos andinos, que se quedaron con ellos. Huaynaputina después de pensarlo mucho, toma una decisión muy importante para las guerreras.

Se reúnen las tres comandantes, lo discutieron mucho, llamaron a reunión, lo consultaron con las jefas de clanes, recibieron el respaldo total. Se lo comunicaron a las guerreras; se dividirían en varios suyus y agruparían los clanes, para cubrir el vasto territorio peruano.

Los silbidos de aprobación no se hicieron esperar. Se acordó una pequeña ceremonia a la Pachamama para pedir protección.

PROYECTO LOS PISHQA SUYUS



22cap. La comandante Huaynaputina hacía ya varios días que estaba madurando algunas ideas; necesitaba la aprobación de las dos comandantes. Confiaba mucho en el criterio de la Comandante Kusiquyllur; siempre fue la más sensata de todas las maqanakuy. Y, Killasisa incondicional, gran soporte emocional, dispuesta a dar la vida en batalla. Reunidas las tres, las dos comandantes la escucharon atentamente; casi de inmediato estuvieron totalmente de acuerdo. Aportaron ideas: dividirían el vasto territorio peruano en cinco suyus, para poder ayudar a más personas. Cada una de las jefas de los clanes sería investida con el grado de Comandante. Ellas estarían a cargo de cada uno de los suyus y sus

batallones. De inmediato lo comunicaron a todos los clanes.

Piden reunirse con Wari el jefe del mundo subterráneo. Después de dos días, el jefe se hace presente, con un séquito de gorilas. Huaynaputina a la cabeza de sus hermanas, hincando las rodillas en el suelo, saluda, mostró su respeto.

El jefe supremo del mundo subterráneo la mira intrigado. Ella comienza a exponer los planes de expansión que tenían. Se reunirían cada trescientas sesenta lunas para rendir cuentas. Wari escuchaba con mucha atención lo que Huaynaputina le estaba explicando. Cuando ella concluyó, él quedó pensativo, dio varias vueltas, levantó la vista al cielo, dejó escapar un gruñido que más parecía una pregunta. El silencio fue total; después de unos minutos, la respuesta llegó. Un hermoso arcoíris ilumina de colores el mundo subterráneo. Wari le tiende la mano para estrecharla y así cerrar el proyecto a la comandante. Ella se sorprendió; era inusual el contacto físico entre los gorilas y las humanas. Fijando la mirada en ella, estrecha su mano; la comandante sintió que le rompieron todos los huesos de los dedos. Wari con un gruñido, asiente. Contaban con el apoyo incondicional del padre Wiracocha y Wari, el jefe del Kaspacha Uray.

Los peques comenzaron a silbar alborotando, llenando de alegría el mundo subterráneo: todas voltearon a verlos asombradas por su capacidad de imitar sonidos. Se dieron cuenta que la nueva generación de gorilas desarrollaba capacidades que sus padres no. Los peques eran más comunicativos y alegres. Ellos solos se agruparon: los gorilas, Kuychi. Kunturi, el hermano de África, que ya había recibido su nombre andino, y otros

niños que rescataron del poblado Pampa Linda, de la institución “Hadas Maravillosas”. Grupo muy fuerte, comienza a nacer el clan: Fuegos Andinos.

Una maqanakuy pide permiso: comunica que Kutirimpuy despertó y deseaba hablar. Huaynaputina envía a Kusiquyllur. Con mucho trabajo, relató su secuestro, todo lo sucedido con ella y el niño, la presencia de más pequeños, la ubicación del lugar. Las guerreras rápidamente se organizan para ir a rescatar a los niños, antes de que los trasladaran de lugar. Se dividirían en dos grupos: Ninan, Mig y Juan, ya repuesto y con una figura atlética, se encargarían de la compra de una casa rodante; se harían pasar por turistas. Con el bus camper llevarían varias guerreras y armamentos.

Tenían a su favor que ellos no sabían que Kutirimpuy sobrevivió. La comandante ordena la partida; toman sus armas y se preparan para partir hacia Arequipa.

Los fuegos andinos, sin consentimiento ni orden alguna, están listos con sus luceros del amanecer. Mig y Huchilla sonríen mirándolos con ternura; recuerdan sus comienzos como guerreros en el mundo subterráneo, cuando no obedecían y siempre se las arreglaban para estar presentes en los combates. Desde luego les prohibieron participar; Mig les guiñó un ojo; para ellos fue como un permiso no hablado.

A último minuto, las comandantes decidieron ir; un grupo de gorilas las apoyó cargando los armamentos pesados. La forma más rápida de llegar son los túneles. Todos listos, emprenden la marcha; Naky es la guía.

La marcha fue agotadora y casi sin descanso, pero las guerreras estaban acostumbradas a la vida dura; estaban forjadas como el acero. Las Kukuyus que vivían en los

caminos secretos jugaban con ellas y les proporcionaban luz. Cuando llegaron, se dirigieron al exclusivo balneario de Arequipa “Las Collas”. Acampan en las afueras, tomando un merecido descanso.

Algunas guerreras nunca conocieron el mar, otras no lo recordaban: correr en la arena, mojarse los pies, escuchar el sonido del mar era un sentimiento muy emocionante que muchas lloraron. Disfrutaron cuatro días como nunca lo habían hecho. De lejos avistaron un grupo de casas modernas y negocios. Era hora de averiguar; aprovecharon las sombras de la noche para acercarse y vigilar. Al norte del balneario, una bellísima casa hacienda de tipo rústico de dos niveles. Con amplios jardines diseñados, piletas de agua, cascadas y lagunas artificiales con peces, un amplio anfiteatro. Lo que sobraba era la elegancia y buen estilo, inclusive de los empleados. El balneario tenía un nombre bastante pomposo, de acuerdo con su nivel: “Hacienda Princess”

Las maqanakuy por experiencia, sabían que este tipo de espectáculos se desarrollaban dentro de un círculo muy cerrado. Ambientes elegantes donde grandes cantidades de dinero cambiaban fácilmente de mano. La exagerada seguridad les hizo pensar que estaban en el sitio correcto. Se terminó el descanso, vigilaron entradas y salidas, contaron el personal de seguridad. Esperarían a que Juan viniera de Arequipa. Como si lo llamaran una moderna y elegante casa rodante, entró al balneario. Ninan, Mig y Juan descenden con ropa de baño.

La comandante, acompañada de un grupo de guerreras, entró a las playas privadas, y sin darse cuenta se vieron rodeadas por un grupo de guardaespaldas. Se enfrentarían con personas entrenadas en tácticas de combate.

Ellas, muy femeninas, coquetean descaradamente con los guardas; estos, acostumbrados a las excentricidades de los extranjeros, no dan mayor importancia al talante, la ropa y el Zutánvrio. Se sientan en una juguería; Huaynaputina señala las frutas y a todo el grupo. Con una gran sonrisa y una guiñada de ojos, le pregunta al camarero:

—¿El mejor hotel que nos ofrezca emociones muy fuertes, tú me entiendes?

—“Hacienda Princess” es lo mejor; le dicen que van de parte de “Matecito”.

El grupo de Juan fue hacia el hotel Hacienda Princess. Se dieron cuenta que llegaron al lugar correcto. Apenas descendieron, observaron todo, se hicieron pasar por deportistas.

En la noche, el grupo va a la discoteca del balneario; el portero les pide sus tickets, Huaynaputina desliza un billete de cien dólares en su mano y le susurra al oído:

—Deseamos emociones fuertes, y nos recomendaron este lugar por lo exótico de su show en vivo. Sabemos que son privados.

—Veré qué puedo hacer por ustedes.

Le respondió el camarero.

En el anfiteatro, una orquesta tocaba un ritmo que estaba en boga; las parejas bailaban. Aparentemente, no observaron nada fuera de lugar. Su olfato les dice que hay algo que no se ve, pero se percibe.

Se les acerca el portero y les dice:

—Las entradas están agotadas; para mañana podría ser. Huaynaputina saca un fajo de dólares y lo pone sobre la mesa, y pregunta:

—¿Es suficiente o falta? Tenemos muchos más de esos.

Ante la duda del hombre, toma otro fajo y se lo entrega; este sonríe y se aleja con el dinero en las manos. En ese momento entra Juan; fingen no conocerse. Killasisa va hacia la barra, se cruzan y le susurra al oído:

—¿Todo listo?

Este asiente levemente y se retira. Vuelve el camarero y les dice:

—Por favor, acompañenme.

Ellas se levantan y van detrás.

BALNEARIO LAS COLLAS



23cap. La orden de la comandante en jefe de las Apu Supay fue atacar, eliminar y correr. Las francotiradoras armadas con lanzamisiles, enterradas entre la arena y las plantas, esperando órdenes. Los clanes con fusiles de largo alcance.

El grupo de la comandante caminó detrás del camarero; las conduce a una casa un tanto alejada. Bajaron hacia un pequeño sótano; en el centro, un escenario; toman asiento; el local estaba abarrotado de clientes. Pasaron una carta de bebidas alcohólicas; ellas pidieron jugos, las miran extrañados, la comandante le desliza un billete al camarero, le guiña un ojo y le dice:

—Trae una botella de lo que tú quieras, por si acaso. El alcohol ya pasó de moda; nosotros tenemos de la buena, te deja más happy que (fenta, Chuchuhuasi o China White). Tenemos lo nuevo, llevamos “Supaypawawa” recién hehecita, te deja locazo. Es para cuando comience la acción.

El hombre les da una mirada cómplice, sonríe y se guarda el billete. Unas lindas chicas traen botellas y vasos; ellas no las toman por precaución. Música estridente llena el ambiente; se ponen a bailar, riendo y gritando. Pasó como media hora; piensan que se equivocaron, estaban a punto de abandonar el lugar. De pronto la música cambia, y un presentador vistiendo un traje brillante, pomposamente, anuncia las bondades del espectáculo. Redoble de tambores, corren las cortinas, un enorme hombretón con taparrabos entra en escena; al verlo, todos los espectadores emiten una exclamación de asombro. Se escuchan los acordes de un piano, con redoble de tambores; cuatro hombres aparecen cargando una tarima bellamente decorada, un adolescente, casi niño, con rasgos muy delicados, cabello largo y una marcada apariencia femenina. Muy sonriente, con la mano en alto, saluda al público enviando besos, como si fuera una pequeña diva. Killasisa intenta levantarse; la comandante la sujeta y le susurra al oído:

—Espera un poco.

Parecían interesadas en el espectáculo, pero se mantenían en alerta total. El adolescente, un tanto confundido, contempló la corpulenta figura del hombre. Armado con una fusta, la blandió delante del público, y la hacía restallar en el aire. Este miró al pequeño, pasándose la lengua por los labios, acarició sus largos cabellos con ademanes por demás obscenos. El adolescente comienza a comprender; sus ojos se agrandaron, se encogió sobre sí mismo, emitiendo un ronco gemido.

Los asistentes, al ver el gesto de espanto en los ojos del adolescente, empezaron a reír y, aullando, arengaron al hombre; él daba vueltas en actitud teatral por el escenario, alardeando. Se arrancó el taparrabos, dejando al descubierto la descomunal hombría. El griterío redobló fuerzas; las paredes del auditorio parecían desplomarse. El pequeño escondió la cara entre las manos; el grito de terror resonó en el auditorio. Eso fue lo último que soportó Huaynaputina. Señala la entrada y a los guardas; su Zutanvrio vibra impaciente, apenas lo toca, vuela girando velozmente en el aire, haciendo una curva, alcanza su objetivo, traspasa al hombre dejándole un forado en el cuello, salpicando de sangre al adolescente que grita de pavor. La pequeña lanza regresa hacia la comandante, que salta tomándola en el aire. Todo fue tan rápido que los asistentes gritan como jaurías en celo, pensando que todo era parte del espectáculo.

El pequeño actor trata de correr. Huaynaputina de un salto lo atrapa, lo toma del pelo y lo arrastra con ella. Lo vio entrar con aires de divo, saludando al público, hasta que se dio cuenta de que era el sacrificio de esa noche. Deduce que este formaba parte de la mafia; él sabía dónde estaban los otros niños.

Killasisa corre hacia la entrada. Lanza el Zutanvrio, que termina con dos guardas. Zugu, la guerrera otomí, saca el pequeño puñal de su cabello y se enfrenta a los otros guardas. Killasisa emite el aullido del lobo gris; era la señal que esperaban. Casi de inmediato suenan varias explosiones, muchas luces se apagan, también las antenas retransmisoras de señal. Los Zutanvrios emiten luz roja parpadeante. Acostumbradas a moverse en la oscuridad, se desplazan ágilmente.

Mig sabe que los segundos cuentan, antes que llegue la policía, o tal vez el ejército. Huchilla se desplazaba con los clanes; atacaban a todos aquellos que tenían un arma

en la mano o corrían. Rodearon el balneario que ya estaba sembrado de explosivos; las francotiradoras no permitirían que nadie escapara; rampando cerraban el círculo. Ellas avanzaban en dúo, casi a ras del suelo, atacaban los pies; otras guerreras saltaban directo al cuello, hundiendo sus dagas curvas, totalmente sincronizadas.

Cuando los clientes del balneario escucharon las explosiones y vieron volar las cabañas con personas dentro, se dieron cuenta de que realmente era un ataque. Un grupo compacto de empresarios trató de huir. La mayoría con grandes capitales, y encadenados a graves trastornos parafílicos.

La Hacienda Princess, famosa entre la élite por sus espectáculos sangrientos y depravados. Los exorbitantes precios les aseguraban que encontrarían todo lo que buscaban, sobre todo, privacidad e impunidad absoluta. Si alguien intentaba vulnerar los secretos del balneario, no dudaban en eliminarlo.

Mig atacaba con mucha ferocidad, armada con dos sables, y el Zutanvrio obedeciendo sus órdenes. Zugu y África, magníficas luchadoras. Las tres se complementaban, no tenían piedad alguna y tampoco querían tenerla. Los disparos se escuchaban por todo el balneario; en ambos bandos se producían bajas. Algunas guerreras caían, se levantaban a pesar de sus heridas y seguían combatiendo; otras no volvían a hacerlo. Ninan y su grupo médico corrían entre las balas atendiéndolas, las que estaban en condiciones de seguir; rápidamente las vendaban e inyectaban para el dolor.

Escondidos entre las piedras y la arena, los peques observaban el desarrollo de la batalla, imitando los movimientos y la ferocidad de las guerreras; lanzaban golpes

al aire, en un combate imaginario. Querían participar, pero no se atrevían.

El grupo Fuego Andino se percató de un hombre que emergió de entre las sombras; se apresuraron a cerrarle el paso; los luceros del amanecer hablaron por ellos. Se acercaron y descubrieron una salida secreta, disimulada entre las rocas. Desde el anfiteatro, había un pequeño túnel de escape. Muchos se empujaban y atropellaban por ganar la salida. Los peques preparados y dispuestos a demostrar que ellos ya eran guerreros. Los golpes de los luceros del amanecer eran manejados con fuerza y destreza; los dejaban fuera de combate. Los fuegos andinos, con los lomos encorvados y los pelos erizados, enseñaban los dientes, gruñéndoles casi en la cara; cuidaban que ninguno escapara.

—¿Dónde están los niños?

Huaynaputina le preguntó al mozalbete; este no responde, se limita a negar con la cabeza. Impaciente, lo toma por la ropa, levantándolo a su altura; lo zarandea violentamente:

—¡Yo sé que tú sabes mucho de todo lo que pasa aquí, pequeña porquería, habla, antes que pierda la paciencia!

Él comienza a sollozar; ella le asesta dos fuertes cachetadas, que le giran la cabeza de lado a lado. La comandante volvió a levantar el puño, y el chico, cubriéndose la cara con las manos, empezó a sollozar. Lo tomó del cabello y lo levantó en el aire; los ojos de Huaynaputina parecían despedir fuego; esto terminó con su fidelidad, señalando un lugar; la comandante lo amenaza:

—Como me mientas, te mato.

Él se negaba a caminar, agarrándose a cualquier cosa para no ser arrastrado; con los ojos llenos de lágrimas, gritaba desesperadamente:

—Me van a matar.

—Lo mismo voy a hacer yo, basurita, si no me llevas al lugar donde tienen a los niños. ¿Me estás escuchando? ¡Estoy cansada de ti!

Huaynaputina harta y sin miramientos, le asesta un puñetazo que lo envía al suelo, lo agarra del largo cabello y lo arrastra causándole raspones y pequeñas heridas. De pronto se detiene, apuntándolo con el Zutanvrio, y le dice al adolescente:

—¿Tú ya viste lo que es capaz de hacer esta belleza, así que camina o le ordeno que te corte los huevos, después de todo solo los tienes de adorno?

El adolescente la condujo; debajo del escenario del anfiteatro, se encontraron con varios pasadizos y llegaron a un recinto que tenía varias celdas. Un hombre atractivo, arma en mano, sacaba de las celdas a varios pequeños para evacuarlos por las puertas de escape. Apenas el adolescente lo vio, se zafó bruscamente de la mano de la comandante y corrió hacia él buscando protección y gritando su nombre:

—¡Llaruk, Llaruk, amor!

El hombre voltea; al ver al adolescente en compañía de la comandante, en su rostro se dibujó una mueca de desprecio, saca su arma y le apunta. Este frena en seco su carrera, con una expresión de asombro e incredulidad. Huaynaputina sonríe; entre delincuentes no existía la fidelidad. Suena el disparo; el adolescente cae con la cara destrozada.

Enseguida giró apuntando su arma hacia la comandante, que se había arrojado al suelo lanzando su Zutavrio, que casi decapitó al delincuente. La comandante corre a las celdas comprobando que hay varios niños; llegan otras guerreras, comienzan a sacarlos y es cuando se dan cuenta que todos pertenecían a la raza negra, con una característica general: todos eran albinos. Las sorpresas no terminaban; en otra celda, todos eran niños con un tipo raro de acondroplasia.

Pasado el instante de sorpresa, lanza el aullido del lobo gris. El eco viajó por la salida secreta del anfiteatro y llegó hasta el grupo Fuego. Ellos sabían que era un llamado de ayuda y sin dudarle un segundo, se adentraron por el túnel. Huaynaputina se dio de bruces con el grupo, se sorprendió, pero no había tiempo que perder. Les ordenó rescatar a todos los niños y llevarlos al mundo subterráneo. Los fuegos andinos no podían ocultar su felicidad; muy coordinados, reunieron a todos los niños y los sacaron. Naky temerosa, armada con su lucero del amanecer, corría buscándolos. Huaynaputina al verla, les señaló en una dirección; los alcanzó, no dijo nada. Los niños se llevaron tremendo susto al ver a Naky; comenzaron a gritar de miedo. No hay tiempo de explicaciones; les ordenaron guardar silencio. Naky sirve de escudo a todo el grupo. Entraron al mundo subterráneo; por fin están todos a salvo.

La comandante, como siempre a la cabeza de sus guerreras, emitió el grito de guerra, que fue replicado por todas las maqanakuy, infundiendo nuevas fuerzas a las combatientes, que avanzaron velozmente. Los Zutavrios volaban buscando los blancos y regresaban por nuevas órdenes. La comandante dio la orden de retirada. Mig dispuso que se disparen los lanzamisiles y granadas incendiarias. Tratando de borrar del mapa todo vestigio de la existencia del balneario.

FUEGOS ANDINOS



24cap. El grupo de peques esperaba muy alineaditos, sin moverse. Purmakana, hijo de Wari y Tanky, muy serio delante del grupo, ya había dado muestras de que algo le molestaba en el pie, pero seguía al frente. Llegó Wari; estaban las cinco hermanas y sus esposos esperando que la comandante se pronunciara. Ella estaba siendo atendida por sus heridas de combate. Los Kataris, Zugu y África no los dejaron solos; en franco apoyo se situaron detrás del grupo, hecho que imitaron varias jefas de clanes. Pronto tenían detrás de ellos a muchas guerreras, y los peques las miraban agradecidos. La comandante miró a cada uno de los padres, a las jefas

de clanes, los fuegos andinos que estaban con la cabeza inclinada en señal de respeto a su Comandante. Ella carraspeó aclarando la voz; dirigiéndose a ellos, comenzó a hablar:

—Sí estoy molesta, claro que lo estoy, de eso no cabe duda, por su desobediencia; se arriesgaron, infringieron las normas y mis órdenes. Si a ustedes les pasara algo, nosotras nunca nos podríamos perdonar. Si desean intervenir, tendrán que esperar a crecer un poco más; son muy niños aún. Tienen que aprender a obedecer, estar mejor entrenados y preparados en técnicas de guerra, defensas y ataques; esa es mi condición para que ustedes puedan llegar a ser guerreros.

—Pero fui gratamente sorprendida por su oportuna intervención, ayudando a rescatar a todos los niños; evitaron que escaparan algunos de esos desgraciados. Me llena de emoción y me siento orgullosa de ver cómo se agruparon y cuidaron entre ustedes.

Los vítores y la alegría no se hicieron esperar; todas empezaron a aplaudir y emitir el grito de guerra. Mig, Huchilla, los peques, todos bailaban de contentos por el elogio.

Purmakana ya no soportó más el dolor, y cayó al suelo. Sus compañeros, entre expresiones de asombro, lo levantaron, y se dieron cuenta de su herida en el pie. Cargándolo, corren al grupo de médicos; fue una bala que no causó daños importantes. Extrajeron la bala, suturaron y aplicaron antibióticos. Las comandantes veían con beneplácito la preocupación entre ellos; se cuidaban, se agrupaban. Como de costumbre, se iniciaron las ceremonias funerarias para honrar a las guerreras caídas en combate. Los peques también estaban presentes, asimilando enseñanzas y costumbres del mundo subterráneo. Todas las maqanakuy se fueron integrando a los entrenamientos; Purmakana lo hizo después de recuperarse.

Las comandantes fueron a ver a los pequeños rescatados; les impresionaron las raras características físicas de los niños. Los albinos, todos de raza negra, eran sumamente hermosos.

Los niños con acondroplasia padecían un tipo raro de enanismo: el tronco, brazos y piernas tenían líneas de formas armoniosas; todos eran bellos, les habría resultado bastante difícil haberlos reunido. Sin duda alguna, estas personas pagaban grandes cantidades de dinero para satisfacer sus exigentes parafilias. Huaynaputina envió por Wari; las decisiones fueron rápidas, debían llevarlos a la comunidad, los Hijos de Dios, y después de recibir atención médica, recuperarse, tratarían de que regresaran a sus hogares. Los albinos casi todos provenían del continente africano, de un pequeño país llamado Sawanda Negran. Una tribu, en la cual se transmitía el ADN de ese gen de generación en generación.

Retomaron la organización de los clanes. Les comunicaron a los batallones que ellas libremente elegirían, al clan y el suyo, a cuál pertenecer. El revuelo fue grande ante las expectativas, risas, gritos y conversaciones...

Huaynaputina se dirigió a los fuegos andinos:

—En vista de que ustedes se comprenden, se agrupan, se cuidan entre sí, estoy pensando en la posibilidad de que tengan su propio clan. Todo depende de ustedes.

Anuncian la visita de Wari, y las tres comandantes se apresuran a recibirlo. El jefe supremo del mundo subterráneo se hace presente con las cinco hermanas, un grupo de gorilas y mujeres. Después de presentar sus respetos, se inicia la conversación. Wari pidió ver a todas las jefas de los clanes; ellas, sin preguntar, obedecieron.

Las siete jefas y las tres comandantes estaban presentes. Los pensamientos de Huaynaputina retrocedieron; una lágrima rodó por su mejilla. Faltaban Chunka, Isqun y Pusaq.

Kusiquyllur y Killasisa al percatarse de su tristeza, apretaron su mano. Al sentir la fuerte presión de sus hermanas, sonríe recordando sus inicios como grupo guerrero. Una warmi les comunica que, antes de partir, irían al santuario de Wiracocha. Wari se paseaba observando a las guerreras y las

jefas de clanes. Esta vez se incluyó a Ninan, Zugu, África y otras más.

También les recordó que tenían tres clanes sin jefas; era algo que dejaron pasar por nostalgia. Los fuegos andinos se agruparon, situándose al lado de las maqanakuy; se tomaron de las manos. Entendieron que la invitación también era para ellos; la risa fue general.

Wari los miró con el ceño fruncido, dio varias vueltas analizándolos y, después de mucho pensarlo, dio su aprobación. Todas se quedaron asombradas. Para ellos fue una fiesta, a la cual se les unió el hermano de África. Ella trató de negarse, pero la determinación del niño la desarmó: terminó por aceptarlo.

El jefe supremo del Kaspacha Uray abre dos túneles con el varayoc; con un ademán señaló una de las entradas a las maqanakuy. Ellas se miran; sin suministros de agua, semillas o frutas, no estaban preparadas. Huaynaputina retiene el aire y da el primer paso. Sus guerreras la siguieron; apenas ingresaron, la entrada se cerró detrás de ellas, quedando en tinieblas. Wari se acercó a los fuegos, los observó largamente; ellos estaban nerviosos; aun así, no se movieron. El jefe supremo, señalando el otro túnel, hizo un ademán. Los fuegos juntos, sin soltarse de las manos, ingresaron al túnel subterráneo, que también se cerró detrás de ellos.

VIAJE FANTÁSTICO



25cap. La comandante sabía que sus guerreras la seguirían al fin del mundo sin cuestionarla, si ella se lo pidiera. Tenía que demostrar fortaleza y decisión, por ellas. La oscuridad era total; siente aire muy frío y, orientándose con el tacto de sus pies, descubre que hay algún tipo de pozo o hundimiento.

Da la voz de alerta a sus guerreras; ordenó pegarse a los muros del túnel. Cogidas de las manos, se adhieren a las paredes; formaron una larga fila. Huaynaputina decide arriesgarse y descender para tener una idea de las profundidades;

se inclina y comienza a palpar con las manos; no fue suficiente, pide que la sostengan de los brazos; bajo uno de sus pies, no tocó fondo. Con enorme osadía les pide que la sostengan de los pies; Mig pide permiso para acompañarla, ya que ella es bastante ágil, pequeña y delgada. El corazón de Huchilla da un vuelco doloroso. La comandante aceptó; las sostienen de los pies, se deslizan cabeza abajo, avanzaban muy despacio. Las paredes de los túneles tenían aristas muy filosas; pronto sus cuerpos y manos se llenaron de pequeñas heridas; sin quejarse, en silencio siguieron.

Escuchan música; un concierto de zampoñas y queñas, que parecían salir de todas partes y rebotaban en las paredes multiplicando el sonido; sentían las vibraciones en sus cuerpos, manos y pies; comenzaron a producirles una especie de somnolencia. La comandante siente el peligro, levanta la voz sobre todo el ruido:

—Guerreras, resistan, recuerden lo exigente de los entrenamientos; estamos preparadas para luchar; de lo contrario, podemos caer al precipicio. Mi vida y la de Mig están en sus manos; dependemos de sus fuerzas.

Las guerreras lucharon con desesperación contra el sopor que embotaba sus sentidos; siguen avanzando lentamente a tientas. Huaynaputina comienza a llamar a cada una por nombre y ellas contestaban. Lejanamente sienten los aleteos y chillidos de aves; los sonidos se incrementan rápidamente, es una parvada. Empiezan a comprender que el abismo es insondable, tiene varias entradas, salidas, y es guarida de aves y animales nocturnos, capaces de volar y cazar en la oscuridad, guiados por ultrasonido. Deciden abandonar la búsqueda y suben. El temor a ser atacadas por las aves, al haber invadido su espacio, atemoriza a Huaynaputina. A pesar de sus miedos, sigue dando órdenes; tenían que mantenerse lúcidas; si daban un traspiés, perderían el equilibrio y caerían desde muy alto.

La comandante seguía llamándolas y ellas contestando para mantenerlas despiertas. Llegaron a un recodo con varias bifurcaciones. La decisión es rápida: no separarse, juntas en todo y para todo. Por la brisa eligieron una bifurcación; tal vez las llevaría hacia alguna salida.

Los Zutanvrios empezaron a parpadear; les dio un poco de claridad; tratan de no hacer ruido. La comandante ordena seguir el sonido de las aves; las conducirían hacia alguna de las salidas. De pronto ya no hay más música, ni sonidos de aves, tampoco brisas, pero tienen que seguir avanzando, no pueden retroceder; son horas, días, semanas o meses, el tiempo se les perdió. Caminaron sin descanso en la oscuridad, sin agua ni comida, sin rendirse. Los pies de algunas guerreras sangraban; ellas estaban preparadas para soportar condiciones terribles, tenían que demostrarlo.

Llegaron al fondo de la cueva; tendrían que dar la vuelta y regresar por donde vinieron; la comandante tiene una corazonada, decidió descender:

—Vamos a saltar, todas juntas, pase lo que pase, no se suelten, tendremos la misma suerte; si tenemos que morir, que sea juntas.

Cuentan hasta tres y se tiraron, rodaron cuesta abajo fuertemente entrelazadas; era una vertiente inclinada. El tiempo se ralentizó; les pareció que flotaban en el aire; la caída fue interminable. Por fin llegaron al final; las heridas sufridas no fueron pocas. No muy lejos se veía una salida. La comandante magullada tomó la iniciativa, caminó hacia allá, se enfrentó a un vasto territorio lleno de un raro tipo de cactus de dieciséis puntas con caprichosas formas en espiral. Estaban en el pico más alto; tendrían que seguir cuesta abajo. Huaynaputina se dio cuenta de que estaban descendiendo a un mundo desconocido en lo más profundo del mundo subterráneo, tal vez el centro de la Tierra; no dijo nada.

Mig y Huchilla proponen ir primeros, para marcar el camino; ella era buena escaladora. Todas aceptaron, usando el Zutanvrio como pica, dejándolo marcado para que las otras warmis lo usaran como asidero; dependían de la habilidad y la fuerza de sus manos y pies. Comienzan el descenso.

Las paredes rocosas parecían cortadas en vertical; la comandante desciende detrás de Mig. La angustia le oprime el corazón por el peligroso precipicio; en silencio llama a Wira-cocha, implorando por sus guerreras. Todas siguen sus pasos; Mig ve una especie de flores minúsculas que, increíblemente, crecían en las salientes de las rocas; usa ese pequeño espacio como asidero. Las manos que ya estaban con lesiones vuelven a sangrar; apretando los dientes, sin exhalar un solo quejido, siguen bajando. Huaynaputina comienza a cantar, las comandantes se dan cuenta de su estrategia y elevan sus voces al viento, y poco a poco se unen todas formando un coro.

No somos una, somos miles, somos hijas, somos guerreras

Le dio las gracias por haberla elegido para comandar su ejército de mujeres guerreras. Las Apus Supay, hijas del corazón de los Andes.

Se alejaron los temores dando paso a la mujer que comandaba ejércitos de guerreras; con mucha precaución avanzan Huaynaputina y sus guerreras, siguen elevando sus voces al viento, canto que sale de la profundidad del alma serrana. Las manos van dejando rastros de sangre; casi a punto de llegar, Killasisa pierde el equilibrio, Ninan la sostiene con una mano y con la otra se agarra a las salientes. Killasisa sabe que no podrá aguantar mucho tiempo el peso de los dos. Miró profundamente a Ninan; en ellos le transmite sus sentimientos, con una súplica en sus ojos, le pide:

—Suéltame, no vale la pena, vamos a caer los dos.

Él niega con la cabeza. Es el momento en que los sentimientos salen a flote; él prefiere caer con ella al abismo. Ninan está al borde de sus fuerzas; ella lo nota, son segundos. Con un esfuerzo supremo se balancea ligeramente; con la otra mano logra alcanzar la de Ninan, tratando de soltarse; no tenía caso que los dos cayeran. Mig arriesgándolo todo, con increíble agilidad, regresa, se sitúa debajo de Killasisa; sus hombros le sirven de soporte. Llegó Huaynaputina, y entre los tres ayudan a sostenerla; Killasisa logra agarrarse de una de las salientes. Nadie dijo nada; el silencio era total. Continuaron el descenso; faltaba tan poco para llegar. Las manos y brazos de Ninan temblaban por el esfuerzo y las heridas. Killasisa se da cuenta de que estaba a punto de perder el equilibrio, miró la distancia; no era mucha, se acerca a Ninan y le señala hacia abajo, lo abraza; él, sorprendido, corresponde. Killasisa toma impulso y juntos saltan al vacío. Los ven rodar velozmente cuesta abajo; todas gritan, de angustia. Huchilla y Mig llegan primero. Comprueban que están golpeados, heridos e inconscientes, pero vivos.

La comandante ordena buscar agua; van en varias direcciones. Fue Kusiquyllur la que encontró vegetación entre las rocas; unas pequeñas y tímidas florecitas asomaban a la superficie. Pensó que de algún lado ellas tomaban agua; buscaron las raíces; estas eran bastante largas, parecían enredaderas, se enroscaban entre las piedras, salían y volvían a desaparecer entre ellas. Necesitaba ayuda; lanzó el aullido del lobo gris. Las warmis respondieron.

ESPÍRITU DE LA GUERRA



26cap. Las maqanakuy comienzan a seguir las gruesas raíces; movieron piedras, las rodeaban, parecían no tener un final. Las siguieron rastreando; encuentran una mata enmarañada de raíces; parecían infinitas.

Con pedazos de sus ropas, envuelven las manos adoloridas, comienzan a cortarlas, sacan pedazos de raíces, hasta que quedó a la vista una pequeña entrada entre las piedras. Lejanamente, vislumbran luces tenues verde-azuladas. La comandante mira a Zugu, África y las jefas de los clanes, y se dirige a Kusiquyllur:

—Si no vuelvo, te quedas al mando y siguen. No se detengan por mí, ni me esperen.

En el último momento escucha la voz de Mig:

—Nosotros vamos contigo, madre.

Arriesgándolo todo, los tres se arrastraron entre las raíces; las siguen; de pronto encuentran unas escalinatas; la comandante comienza a bajar. Muy lejos, al final de las gradas, ven una laguna iluminada; de su lecho salían las hermosas luces. Huaynaputina recordó la laguna del mundo subterráneo; se quedó pensando. “¿Y si traen a Killasisa y Ninan?”. La laguna parecía tener vida propia; las aguas se agitaron, levantándose, comenzaron a formar hermosas figuras; parecía que las conocían y las esperaban. Inmediatamente, le ordenó a Mig que vinieran todas; ella siguió bajando. Las aguas formaron una figura de contornos casi humanos, reverenció a la comandante; bajo la cabeza le tendió sus manos; Huaynaputina las tomó; apenas las tocó, comenzó a llenarse de una dulce paz; no existía dolor ni angustia. Dejó de sentir el suelo bajo sus pies; las aguas la elevaron en el aire, la depositaron en la cabeza del riachuelo sumergiéndola en las aguas.

Mig y Huchilla llegaron cargando a los heridos, entran a las cuevas; Kusiquyllur con el rostro impenetrable va delante de todas. Las raíces cobran vida; estas se levantan enroscándose entre los cuerpos, los llevan hacia la

laguna, sumergiéndolos, sin que ellas puedan impedirlo. Todas se ponen en posición de ataque; algunas se asustan ante lo desconocido. Mig quiere adelantarse; Kusiquyllur dudó por un segundo, recordó la laguna de la ciudad dorada; se lo impide, con un movimiento les indica que se ubicaran detrás de ella.

Mig la mira intrigada; siguen caminando. Llegan a las escalinatas; con mucha precaución comienzan a bajar. Las aguas se agitan; observan que Ninan y Killasisa están sumergidos. Mig trata de correr para sacarlos; de nuevo la comandante se lo impide.

En el otro extremo de la laguna había una especie de proscenio elevado; en el centro, un túnel. Este se ilumina, del cual salen dos gorilas, que se ubican a los lados de la entrada. La impresionante figura de Cura Ocllo en el centro; una exclamación salió de todas las maqanakuy, se hizo un silencio sepulcral, la sacerdotisa abrió los brazos, las aguas se replegaron. Del fondo de la laguna, fuerzas desconocidas elevan lentamente en el aire a Huaynaputina; ella, con los ojos cerrados, parecía estar en trance. Su cuerpo brilla con una luz intensa, se convierte en una flama azul, que poco a poco se hace más grande hasta parecer una gran hoguera. La voz de la sacerdotisa se eleva entre todas:

—Fuiste la primera y la más grande warmi curaca en comandar batallones, en el vasto imperio incaico, en suelo peruano. Estás investida de honor y gloria, entre las guerreras de tu tiempo. Serás una de las más grandes sacerdotisas del mundo andino. Existirás eternamente, sin tiempo, sin final. Serás la llama que nunca se apagará, guardarás el espíritu de la guerra dentro de ti. Iluminarás por siempre el camino de tus guerreras; desde hoy eres la madre de todas. Tu morada será el centro de

la tierra; cada vez que te necesiten, podrán venir a verte. Solo llegarán a ti los espíritus de corazones limpios y puros, que no tengan ambiciones personales, las que humildemente dan su vida a cambio de los que sufren.

Killasisa y Kusiquyllur, comiencen a organizar todo; desde hoy ustedes serán las que guíen a las guerreras hasta que llegue el tiempo de ustedes. Ya es hora de que Huaynaputina ocupe su lugar dentro del templo; llegaron al lugar de su morada final. A todas ustedes se les concedió el privilegio de acompañar al espíritu vivo de la guerra. No pierdan su camino, permanezcan limpias y con la pureza de su corazón; les llegará su tiempo.

Al escuchar a Cura Ocllo, una gama de sentimientos agita el corazón de todas, que amenazaban con saltar de sus pechos de la emoción. Cura Ocllo alza la voz para saludarlas. Todas alzaron la voz para corear el saludo repetido tres veces a todo lo que daban sus voces. Muchas lágrimas de alegría.

—¡Napaykamuyky, curaca Huaynaputina! ¡Tupanan-chiskama!

Todas repiten al unísono:

—¡Te saludamos, Comandante Huaynaputina, hasta que nos volvamos a encontrar!

Killasisa y Ninan salen del agua, vieron a Huaynaputina convertida en una hoguera azul, y gritan asustados. Las guerreras le explican que es su tiempo y que su cuerpo transmutó; en un espíritu andino, vivirá por siempre, convertida en espíritu protector. Siempre que la necesiten, podrán visitarla, y a ellas también les llegará su momento.

Ninan piensa que tal vez les quede poco tiempo, toma la mano de Killasisa, se arrodilla, voltea hacia el espíritu de la guerra:

—Comandante, por mucho tiempo esperé este momento. ¿Me das tu permiso para casarme con Killasisa?

La comandante Killasisa se queda pensando, mira a Ninan y le pregunta a Huaynaputina:

—Hermana, ¿me das tu permiso?

Acto que Huchilla rápidamente imitó; se arrodilla pidiéndole permiso para unirse con Mig.

En el semblante de la mamay maqanakuy, se dibuja una amplia sonrisa. Los cuatro arrodillados piden su bendición; la mamay toma las manos y las une; el fuego que emana de su cuerpo y del que está rodeada no les quema:

—Que encuentren la fuerza y paz en el corazón de sus compañeros. Esta será una unión inquebrantable, que ni la propia Wañuy los podrá separar.

La voz de Huaynaputina había cambiado, era como trueno; parecía que las paredes hablaran por ella, el sonido salía de todas partes. Los cuatro agradecen.

—Gracias, hermana, vivirás por siempre dentro de mi corazón. Tupananchiskama.

—Te amamos, madre, gracias por haberte conocido, orgullosa de ser tu hija.

La mamay abre los brazos y los extiende; las une en un solo abrazo, sienten cómo la mamay las rodea; el calor que se desprende de ella las reconforta, ya no lloran, saben que transmutó en un espíritu andino y vivirá por

toda la eternidad, que cuidaría sus pasos en cada batalla, en cada peligro que las aceche.

Pero las sorpresas aún no terminaban; tres figuras difusas comienzan a formarse, debajo del gran espíritu de la guerra. Las reconocen: son Chunka, Pusaq e Isqun; arriba de ellas se formó un hermoso arco iris, que irradiaba luz propia. Era Wiracocha el padre de todos los dioses y espíritus andinos. Los gritos de alegría retumbaron en la bóveda; era una fiesta. El espíritu les señala la laguna, invitándolas a bañarse en las aguas sagradas; todas se sumergen. El baño es milagroso, sanador de heridas y almas.

De las paredes rocosas se desprenden los gorilas. La comandante Kusiquyllur sacude la cabeza de lado a lado; el asombro en su expresión se reflejó en todas las guerreras. Ellos eran seres vivos; ¿cómo pudieron estar tan mimetizados entre las rocas que no los notaron? Los gorilas hacen una reverencia a la mamay maqanakuy, señalan el camino; ellas, antes de seguirlos, se despiden de la madre, gritando a todo pulmón. Todas repiten al unísono:

—¡Yupaychay, Napaykamuyky Huaynaputina!

—¡Honor y saludos a ti, Huaynaputina!

—¡Kawsayta hamuy rikurisun, Curaca Huaynaputina!

—¡Nos veremos en la próxima vida, Comandante Huaynaputina!

La caminata fue muy corta; todo fue subir verticalmente. Salieron a la superficie; las maqanakuy las recibieron con mucha alegría. Kusiquyllur pregunta por el

grupo Fuego Andino. Le responden que aún no regresaron. Las dos comandantes se miran; Killasisa propone:

—Vamos a buscarlos, ellos son como nuestros hijos, no podemos perderlos, nos necesitan.

Se reúne un pequeño grupo para salir a buscarlos. Huchilla y Ninan se unen; no sabían por dónde empezar a buscarlos, deciden separarse en varias direcciones. Las horas pasan y no los encuentran; Killasisa comienza a llorar llamándolos a gritos. Se arma un gran revuelo; Mig cae de rodillas, pone sus manos en la tierra y a gritos pide.

—Madre, maqanakuy espíritu guerrero, te necesitamos. Nuestros hermanitos no regresaron; cuídalos, no permitas que nada les pase, tráelos de vuelta sin un solo rasguño; los amamos mucho, no queremos perderlos.

De pronto escuchan el poderoso llamado del lobo gris, que retumba entre los apus; se quedan paralizadas. Se abre un túnel del cual salen varios gorilas; detrás de ellos, todo el grupo fuego, corren y los abrazan, les dan las gracias. Ellos, muy orgullosos, muestran que obtuvieron los Zutanvrios; estos cuelgan en sus espaldas. Ellos ya tenían fajín para sostenerlos; los pequeños fuegos andinos estaban más hermosos que antes.

WASIS



27cap. Kusiquyllur ordena la tarea de construir las dos wasis; todas ayudan. Estaban viviendo una época de fiesta y alegría; el amor se sentía en todas partes.

Ninan no podía creerlo, reía de todo, sentía que caminaba sobre nubes; sería el esposo de la valiente comandante Killasisa. Un hermoso sueño que acarició por mucho tiempo. Kusiquyllur surge detrás de Huchilla, interrumpe sus pensamientos. Les advierte a los dos no acercarse a las novias hasta después del matrimonio. Ellos con mucho respeto juran honrar las leyes. Claro que esto no pasó desapercibido para las demás guerreras, y comienzan a bromear e imitan la parada de descanso militar:

—Nosotras nos encargamos de cuidarlos, mi Comandante, ¡ya escucharon, cuidadito, he! ¡Huyuyuy, jajaja-jaja!

Todas ríen a carcajadas que resonaban por todo el campamento. Lllaman a reunión urgente, todas se reúnen, Kusiquyllur toma la palabra:

—Nos vamos a dividir en suyus, abarcando más territorios peruanos; de esa manera, cuando nos necesiten, podremos ayudar a muchas personas. Cada uno de estos suyus tendrá su comandante a cargo y sus jefas de clanes. Todas las jefas de clanes actuales serán investidas como comandantes. Así mismo se elegirán las nuevas jefas de clanes: los clanes de Chunka, Isqun y Pusaq elegirán a su nueva jefa. El grupo Fuego se convertirá en un clan, elegirán a su jefe; también se les asignará una zona. Nos reuniremos para dar cuenta de nuestras actividades. Cada trescientos sesenta lunas y soles.

«También se van a celebrar dos bodas, las comandantes; Killasisa y Ninan, Mig y Huchilla, se unirán en matrimonio. Nuestra primera comandante, Huaynaputina trascendió a otro plano de su existencia, en cuerpo y alma; ahora es nuestro espíritu protector, es nuestra

Mama maqanakuy. Ella se unió al mundo de los espíritus andinos; siempre estará con nosotros, nos cuidará y protegerá en nuestras batallas. Tenemos mucho por qué celebrar.

Las risas resonaban por todo el campamento. Se respiraba paz y tranquilidad. Los fuegos andinos seguidos se reunían haciendo su elección, pero lo mantenían muy calladito. Todos los miraban con ternura, comprensión y sonreían. Invitaron a Wari; él no podía faltar a los hechos importantes.

Pasaron treinta días y sus noches; estaban dando los últimos arreglos a las lindas wasis. Los preparativos avanzaban cuidando todos los detalles para las ceremonias, hasta que llegó el tan esperado día. Las novias no podían estar más nerviosas. Muy temprano se presentó Wari acompañado de Tanky; ellas antes vieron gorilas, pero la gran cantidad que lo acompañaba era realmente impresionante. Hasta las comandantes se sintieron un tanto intimidadas.

Respuestas de las sorpresas inician las ceremonias. Preparan el pago a la Pachamama; es la ceremonia ancestral de respeto a la madre tierra, a todo lo que ella nos provee. El hombre del mundo andino temporalmente realizaba ofrendas basadas en la reciprocidad: la tierra les brindaba alimento, protección y el hombre le ofrecía lo mejor de sus bienes. Rendían culto a la Pachamama también conocida como diosa de la fertilidad. Las maqanakuy comienzan a cavar la tierra con sus propias manos, se turnan y comienzan a cantar ese dolor andino, viejo, ancestral de la tierra, que llora a sus hijos.

Tierra Madre, fuiste elegida, eres bendita, nos alimentas y cuidas. Eres agua que llora, fluyes libremente.

Eres aire limpio, apacible y sosegado. También eres tormenta furiosa. Pachamama eres fuego que enciende; das luz, calientas y quemas. Iluminas las noches de estrellas. Los mares de peces. Madre Tierra, eres la abundancia de tus hijos: enséñanos a amarnos como hermanos de un solo padre y madre, a cuidarte con amor. Hemos venido hacia ti para agradecerte todas las riquezas que nacen y viven de ti.

A la guerrera negra se le llenaron los ojos de lágrimas, escuchando los cánticos, recordando costumbres ancestrales de su país. Al verla, los peques apretaron fuertemente la mano de Kunturi, para que no se sintiera solo.

La infinita variedad de plantas que adornaban el Kas-pacha Uray. Ellas nunca las vieron danzar de tal manera, maravilloso espectáculo, cada una con su propia luz, obtenida de diversas fuentes: Fluorescentes, autoluminiscentes y bioluminiscentes, llenó el ambiente de luz y alegría. Aportaban un halo especial y misterioso a la ceremonia. Toda la naturaleza cantaba su alegría, en un concierto digno de dioses. Un rocío tenue, tibio y perfumado las bañó. La madre tierra demostraba su beneplácito.

Llenaron el hoyo de frutos, semillas y miel. Todas las guerreras, incluyendo a los viringos, ofrendaron una gota de sangre, hicieron el juramento de proteger el mundo andino, combatir la maldad humana, la vida y muerte, fidelidad y hermandad. Enterraron los frutos; un gran abrazo grupal los selló como hijos de un mismo padre y puso fin a la ceremonia del pago.

Al día siguiente, desde temprano todos los clanes estaban agrupados. Se dio inicio a los nombramientos; Kusiquyllur elevó la voz, habló mirando a los peques:

—Ustedes, pequeños, acérquense. Desde el día de hoy se les declara el “Clan Fuegos Andinos”. Ustedes mismos podrán elegir al jefe de su clan y a su comandante.

Los gritos retumbaron en la tierra. Kusiquyllur pide que las jefas de los siete clanes den un paso adelante. Cuando llamaron a Mig, ella se desconcertó, voltea a mirar a Huchilla sin entender bien; todo el cuerpo le temblaba, estaba a punto de desmayarse de la emoción. Kusiquyllur levanta la voz:

—Todas ustedes desde el día de hoy tienen el grado de comandantes. Se les bautizará con nuevos nombres andinos. Y cada clan elegirá a su nueva jefa. Ellas estarán a cargo de los batallones, en cada uno de los suyos a los que deseen pertenecer.

Las calladitas, con actitud ceremoniosa, traen una bandeja con varios quipus. Cedieron el honor de entregar los quipus a los gorilas. Fueron llamando una por una. Ellas recibieron su investidura. Este consistía en un quipu tejido de plantas, con tres nudos en el centro, que cruzaba su pecho, simbolizando su grado. Cuando le tocó a Mig no pudo contener sus lágrimas. Gritos y aplausos llenaron el ambiente.

Killasisa levanta su voz para pedirles a los diez clanes sus nuevas jefas, incluyendo a Chunka, Pusaq e Isqun. Los gritos retumbaron en la tierra. Los tres clanes estaban acéfalos desde la muerte de sus jefas; se adelantaron llevando de la mano a las elegidas. Los peques presentaron a Purmakana como su jefe de clan. Tanky ahogó un grito de alegría, Wari le apretó la mano y ella recuperó la compostura; sus ojos se le llenaron de lágrimas, miró con orgullo a su hijo. Purmakana con su pecho muy erguido, va delante del clan Fuegos Andinos

Una a una fue recibiendo sus investiduras. Esta vez Wari es el invitado a poner los quipus, con dos nudos en el centro. Era un día de grandes emociones y muchos sentimientos.

La tierra empezó a vibrar bajo sus pies; parecía un temblor. Un rumor lejano empezó a escucharse, que después identificaron como pasos que se acercaban. En lo alto comenzó a formarse un gran arco iris; diversas imágenes tomaban forma, la figura del padre Wiracocha comenzó a hacerse visible. Detrás de él, varios batallones de guerreros marchaban. A los pies del padre, la impactante imagen de Huaynaputina, rodeada de su halo brillante, que parecía arder.

La luz que se desprendía de su cuerpo iluminaba a las tres guerreras que se materializaron debajo de ella. Diversas exclamaciones de asombro y alegría llenaron el ambiente. Las dos Comandantes en jefe guardan compostura, pero el corazón les latía a mil por hora; ellas solo habían perdido su cuerpo material para vivir dentro del mundo místico de los espíritus. Las guerreras no pudieron evitar las lágrimas; ellas serían sus espíritus protectores en sus batallas, su gran familia espiritual del mundo subterráneo.

Todos los gorilas se llevaron el puño al pecho, se inclinaron y rugieron al unísono; ¡ellas se asombraron! Estaban saludando al dios padre. Aún les faltaba tanto por conocer del mundo andino, las maravillosas y misteriosas fuerzas no develadas del imperio incaico, a cualquier ojo humano, y que tal vez ellas mismas nunca terminarían por conocer. Las comandantes imitaron el saludo, el rugido de los gorilas; los batallones también lo hicieron. Fueron escogidas y traídas desde lugares muy lejanos para cumplir un propósito. Su vida dentro del

mundo místico cobraba sentido; todas suspiraron, con el pecho henchido.

Kusiquyllur anuncia:

—Ahora tendremos dos ceremonias de matrimonio; se casarán dos de nuestras queridas hermanas. Killasisa y Mig.

Naga se adelantó, le pide permiso a Wari, se lo concede, toma la mano de Huchilla y la une a la de Mig. Él, por primera vez, tomó sus manos; eran fuertes, callosas, curtidas, con montones de pequeñas cicatrices, manos de guerrera. Las acarició y apretó, infundiéndoles todo su amor. También unió las manos de Ninan y Killasisa. Para él, ella era su todo; él temblaba de pies a cabeza, la mira arrobado, los ojos se le humedecen.

Tanky se abre paso y alcanza un cuenco a cada pareja, con una bebida que ellos reciben. Kusiquyllur toma sus manos y las une con quipus con dificultad, por la emoción; les dice:

—Tengo el gran honor de representar a todas las Apu Supay del mundo andino. Para unir sus vidas en matrimonio, unidos en la vida y en la muerte, triunfos y fracasos, grandes compañeros en la guerra. Con la bendición y aceptación del mundo subterráneo, los seres místicos, los espíritus que lo habitan. La aceptación del padre Wiracocha; quedarán unidos por siempre.

Uniando sus manos, ponen unos granos de maíz. Los aplausos fueron abrumadores. Ninan mira directamente a los ojos de Killasisa, se arrodilla frente a ella y le hace una petición:

—Si te llega el momento de ocupar tu lugar, junto a la gran madre de la guerra, no me dejes solo, llévame contigo, no podría vivir sin ti, prefiero morir.

Levanta la vista al firmamento y grita:

—¡Padre Wiracocha, madre maqanakuy, escúchenme!
¡No me vayan a dejar solo, se lo suplico! ¡Deseo vivir a su lado, por toda la eternidad!

Los ojos de Killasisa se llenan de lágrimas. Jamás recibió afecto de ningún hombre; se sentía como una niña, su rostro se tiñe de rubor; por primera vez saboreaba las mieles del amor, hermoso sentimiento vedado para todos los hombres y mujeres esclavizados desde niños.

Claro, Huchilla no se quedó atrás; emulando la actitud de Ninan se arrodilló y elevó su voz:

—Todas ustedes son el mundo que yo conozco, son mis madres y padres, mi única familia; yo no sabría vivir solo. Yo iré contigo hasta el fin del mundo, si tú vas. Mil veces muerto, que sin ti.

Las guerreras, al escuchar tales declaraciones, se abrazan alegres por sus hermanas; la ovación es ensordecedora.

LOS FUEGOS ELIGEN COMANDANTE



28cap. Los fuegos andinos piden permiso, se acercan a Mig, se arrodillan; todas miran intrigadas. Los fuegos le piden que sea su comandante. Ella ahoga un grito de alegría, quiere permanecer impávida, pero el corazón de Mig le dice otras cosas; tiene algo atorado en la garganta, carraspea, mira al cielo, no puede más. Los sollozos estremecen su cuerpo. Huchilla se acerca, la abraza con fuerza; por primera vez en su vida, siente el calor del cuerpo de la mujer que ya es su esposa; una sensación dulce, desconocida para él, recorrió su cuerpo.

Todas las guerreras emocionadas contemplaban la escena. Los fuegos andinos permanecían arrodillados; Mig mira a Killasisa y Kusikuyllur con las lágrimas corriendo por su rostro, pidiendo consentimiento; ellas sonríen adivinando el motivo y, con una inclinación, le dan su aprobación. Mig seguía conservando su niña interior; la había guardado en el fondo de su corazón y seguía siendo emocional; corriendo con los brazos abiertos y gritando a todo pulmón, les responde:

—¡Sí, síí, síííííí quiero! ¡Sí deseo ser su comandante, los amooo muchooo, son mis hijos y lo serán por siempre!

La africana y la otomí piden permiso a las comandantes para unirse al clan Fuego; les dan su anuencia, ellas también corren, gritan detrás de Mig, se unieron en un abrazo muy apretado. Es un día de mucha felicidad para el mundo subterráneo, el Kaspacha Uray, el mundo escondido, que muchos piensan que no existe, que solo es uno de los muchos cuentos de viejos, una leyenda. El cielo se tiñe de rojo naranja, llenándose de nubes grises en un juego insólito de colores; en la lejanía se escu-

chan Illas e Illapas. El padre Wiracocha y todos los batallones que lo acompañaron comenzaron a difuminarse. Los gorilas se golpearon el pecho, con fuertes rugidos. Las guerreras, imitándolos, también rugieron, hicieron una reverencia al padre del incanato. La madre de la guerra, con su halo de luz azul y los tres espíritus de las guerreras, les sonrío y se hunden en la tierra; todas aplauden. Kusiquyllur les comunica:

—Las comandantes Killasisa y Mig tomarán unos días de descanso, tienen quince lunas y soles. Para el resto de ustedes, los entrenamientos se reanudarán en tres días y sus noches. En quince soles se hará una ceremonia; todas tienen libertad para escoger su clan y el suyo al cual desean pertenecer.

Wari se adelanta y señala a los gorilas que ya se habían dividido en diez grupos; le dice que cada grupo se unirá a un clan. Todas las Comandantes se golpean el pecho y con una inclinación dan las gracias al jefe del Kaspacha Uray. Wari en un hecho sin precedentes, esboza una sonrisa. Las warmis ya estaban acostumbradas a los hechos raros; contentas, aplauden y, tratando de imitar el rugido de los gorilas, elevan sus gritos al cielo. La sonrisa de Wari se hace más amplia. Era el momento de comer, bailar, cantar, tocar música, reír, pasear; se dio comienzo a la gran fiesta del mundo subterráneo. La diversión duró tres días con sus noches, fortificando los lazos de amistad y amor entre ellas y los gorilas. Ellos, que siempre se mantuvieron un tanto alejados, sin interactuar con las maqanakuy; ahora trataban de comunicarse y, por si fuera poco, intentaron bailar.

Al cuarto día, muy temprano, Kusiquyllur ya los esperaba. Todas las guerreras se integraron a los entrenamientos; se dividen las especialidades; los fuegos también se sumaron a los entrenamientos. Los días pasan

muy rápido, y los dos matrimonios se integran a los entrenamientos. A las dos comandantes se las ve radiantes de felicidad. Ninan y Gine reanudaron con mayor ahínco las clases de medicina; pronto tendrían que dividirse, la inminente necesidad de que estén mejor preparadas ante cualquier eventualidad.

Wari visitaba muy seguido a Kusiquyllur, coordinando la asignación de los suyus. Pronto llegó el momento de separarse; Wari se une a la ceremonia; los clanes estaban divididos en diez batallones, las jefas al frente de sus clanes.

Las diez comandantes se reúnen y deciden que lo mejor es llevar a los niños rescatados, del balneario Las Collas a la comunidad religiosa Los Hijos de Dios. Mig levanta la mano pidiendo que su clan tenga su primera misión; todas aceptan. La comandante Mig decide poner a prueba a los pequeños y que solos realicen esta misión; ellos la miran asombrados y muy agradecidos. Se les entregó una talega con oro y piedras preciosas. África y Zugu quedaron desilusionadas, pero respetaron su decisión. Dos gorilas los acompañarían, todo listo; antes de iniciar la marcha, Mig les advierte:

—No me defrauden, confío en ustedes.

Todos los fuegos muy serios responden con una inclinación y un gruñido, se internan en la oscuridad de los túneles. Fuego Rojo y Azul emiten un fuerte silbido que se escucha en la distancia. Las pillpintu, que vivían en los túneles, sobrevolaban iluminando el camino; ellos alegres porque iluminaban la marcha. Los niños rescatados comenzaron a llorar asustados; los fuegos los abrazaron calmándolos; poco a poco lo hicieron y después comenzaron a interactuar con las pillpintu. La caminata solo fue reír y jugar, como los niños que eran. En una bifurcación encuentran un hermoso cenote de

aguas tibias, el cual tenía un respiradero que bañaba de luz las aguas. Se tomaron un descanso para bañarse, comer y conversar. Vuelven a escuchar los silbidos; esta vez son más intensos. Ante su asombro, los fuegos azul y rojo contestan. Purmakana también contesta. En el borde del respiradero se perfilan las figuras de tres pequeños fuegos: lila, negro y amarillo.

De pronto las tres wawas se lanzan desde lo alto, las aguas se agitan para recibirlos, se hunden en el cenote, temiendo lo peor; todos los pequeños gritaron tapándose los ojos, para no ver.

Kuychi muy despacio se destapa un ojo, los ve emergiendo de las aguas, nadando hacia la orilla. Un suspiro de alivio se escucha. Los pequeñines salen, son tan bellos y tiernos; los tres se inclinan ante Purmakana; los dos gorilas adultos guardan distancia, miraban sin intervenir.

El jefe del clan Fuego se acerca y pone su mano en la cabeza de cada uno, aceptándolos en su clan. El pelaje de los fuegos de pronto se eriza, iluminándose como si ardieran; una exclamación de asombro salió de todas las gargantas. En la orilla del respiradero aparecen las figuras de Sayani, Kusi y Antay, ¡los padres de los viringos híbridos! Purmakana se une a la celebración: silbidos, risas y rugidos.

Un sonido sordo se escucha; la tierra se abre. El padre y los integrantes de la comunidad de los Hijos de Dios corren asustados para ver qué pasó. Se quedaron pasmados al ver salir a los pequeños gorilas armados con sus luceros del amanecer y los zutanvrios. Los de la comunidad ya conocían sus armas; los híbridos son un espectáculo, arrancaron expresiones de asombro. Ellos, al sentirse intimidados, encendieron sus pelajes, enseñaron los dientes; Purmakana se interpone y los calma. El

padre de la comunidad exclama levantando sus brazos al cielo asombrado; pronto se dan cuenta de que casi todos son niños. Purmakana, muy serio, se adelanta y trata de comunicarse con ellos; Kuychi toma la palabra y les traduce:

—Buenos días, padre, nuestra comandante nos envía, deseamos que usted nos informe sobre los niños que dejamos anteriormente en esta comunidad. Él es Purmakana, es el jefe del “Clan Fuegos Andinos”.

La pequeña otomí señaló a Purmakana. El jerarca reaccionó y, pidiendo disculpas, ordena que preparen mesas para agasajar a sus visitantes; mira a los gorilas adultos que guardan distancia, quiere preguntar, pero se detiene. Se inicia el recorrido por las instalaciones, construcciones modernas de varios pisos, escuelas y profesores, un policlínico muy bien equipado con médicos y enfermeras. Parques con juegos, cancha de fútbol, básquet y otras disciplinas deportivas. Los niños de la comunidad en silencio van detrás, mirándolos con mucha curiosidad. Los más valientes se atreven a tocar tímidamente a los viringos, y escondían rápidamente la mano.

Cada uno de los niños, en algunos casos dos niños, tenía una familia de acogida: padres, hermanos y una hermosa casita. Kunturi se da cuenta de la presencia de hombres armados, se lo comunican al jefe del clan y todos se alertan.

Después del recorrido, el jerarca los invita a una mesa provista de apetitosas frutas y agua de coco. Les hace hincapié en que son frutos que se siembran en la comunidad, cultivados sin pesticidas sintéticos ni fertilizantes químicos. Purmakana dudó, se dan cuenta de su desconfianza y ellos los toman primero; poco después todo el clan saborea las frutas del Hanan pacha. La pregunta de Kunturi fue directa:

—Padre, ¿por qué hay tantos hombres armados?

Se queda petrificado al ver la agudeza de los pequeños; pensativo, los observa, guarda silencio; no son bebés, son reales

guerreros. La capacidad de percepción de sus sentidos, especialmente de la vista y el oído. El patriarca está nervioso, sabe que no puede mentirles; ellos esperaban una explicación. El patriarca levantó el rostro; ve las caras serias de los pequeños gorilas. Purmakana enfatizó:

—Padre, ustedes saben que nuestros hermanitos, toda la comunidad están bajo nuestra protección, no tienen qué preocuparse. Nos encontramos aquí porque deseamos dejarles a otros niños. Esta talega es enviada por nuestras comandantes, para los niños y la comunidad.

Kunturi se acerca al jefe del clan y pide hablar. Todos los fuegos se reúnen, rápidamente exponen sus dudas. El jefe del clan endurece su expresión, mira al patriarca; este los miró incómodo, apenado, regresan a la mesa. Purmakana emitió un gruñido un tanto incómodo; Kuychi se apresura a traducir:

—Padre, ¿por qué no informé que tenían graves problemas? Por favor, nunca más se queden callados; es su obligación comunicarnos cualquier amenaza; de lo contrario, no podremos protegerlos. Ustedes no están entrenados para enfrentarse a esas personas. Son muy peligrosas.

Al hombre le cambiaron los colores del rostro, tartamudeó, temeroso, dudando, se aclaró la garganta y contestó:

—Muchas gracias por la confianza depositada en nosotros. Pensaba solucionarlo, no quería molestarlos; ustedes hicieron mucho por nosotros. Pero nos están amenazando por nuestro evidente progreso; parece que atrajo la atención de personas indeseadas. Nos pidieron trabajo, pero por la seguridad de los niños no permitimos extraños en la comunidad, que no pertenezcan a nuestra religión. Esas personas nos están exigiendo dinero, a cambio de no hacernos daño y dejarnos vivir en paz.

EXTORSIÓN



Cap,29 Purmakana percibió que algo sucedía, se levanta y va detrás. El patriarca se detiene y les pide que lo esperen; el jefe del clan, con un gruñido, lo deja callado y siguen corriendo. Todo el clan se pone en alerta

palpando sus armas. Escuchan disparos; los fuegos sacan sus armas y se parapetan.

Es un grupo de hombres que quieren entrar a la fuerza; el clan se da cuenta de que, a pesar de las armas, los guardas de la comunidad no son rivales para los sujetos. Calculan la distancia, le ordenan a uno de los gorilas abrir una entrada, el clan entra a los túneles, los fuegos corren, abren otra salida bajo los pies de los delincuentes. La tierra se abre tragándose a la movilidad, que se hunde llevándose tres personas a bordo. Los hombres se asustan; aprovechando la confusión, Purmakana lanza su Zutanvrio, que traspasa a uno de ellos.

Ya no parecen pequeños, ni tan tiernos; con la furia reflejada en sus rostros se enfrentan a los malvados. Los zutanvrios de Puriq, Parya y Taki surcaron los aires. Los hombres reaccionan; Kuychi con su lucero ataca, los fuegos prenden su pelaje volando en el aire, apoyando los ataques de los fuegos. Kunturi pegado a Pikichaki, se cuidan las espaldas, son veloces en sus ataques; los dos grandes gorilas no intervienen, pero atentos a cualquier contingencia. Los hombres ven a sus compañeros heridos, aterrorizados pronto se dan cuenta de que no es un amago de defensa, es un ataque real; comienzan a defenderse; solo quedan tres de ellos en pie. Quieren huir, los fuegos les cortan la retirada y los amarran a un árbol. Purmakana envía a uno de los gorilas a pedir ayuda a las comandantes; enseguida todos ponen las manos sobre las plantas, enviando un mensaje, pidiendo apoyo; temen que vengan más personas. Todo este despliegue es observado por la comunidad; el patriarca se da cuenta que ellos son guerreros entrenados, con apariencia de niños, dispuestos a eliminar

cualquier amenaza, protegiendo a sus hermanitos y a las personas que lo necesitan, sin dudarle un segundo.

Después de caer el sol, entre las sombras de la noche, un gran batallón de guerreras emerge de la tierra; los fuegos informan sobre lo sucedido. Mig mira al patriarca, frunce el entrecejo y le reclamó el hecho de guardar silencio y no pedir ayuda. El patriarca pide disculpas, mira a los peques y les dice que está muy orgullosa de cómo manejaron todo.

Los peques señalan a los tres hombres; Mig sonrío de una forma que a ellos les da miedo y ordena llevarlos a los túneles.

—Padre, tienen una gran labor con los niños; los hemos traído aquí para que ustedes les den una nueva vida llena de respeto, tengan oportunidades con vista al futuro, una formación en familia, respeto, honestos, humildes, amorosos; deseamos verlos a todos profesionales. Esa es la labor de ustedes. Nosotros hemos depositado nuestra confianza en ustedes; pero no voy a volver a perdonar que no comunicaran que tenían problemas, porque esto que está sucediendo es muy grave.

—Muy humildemente pido disculpas por no comunicarles los problemas que nos agobiaban; pensábamos que nosotros podríamos solucionarlos. Les prometo que nunca más volverá a pasar. Desde hoy en adelante, por minúsculo que sea el problema, serán las primeras en saberlo.

«Por favor, pueden ver las instalaciones; cada uno tiene a su familia sustituta y son criados como un hijo más, formados en el respeto y temor a Dios...

Mig levanta la mano, corta toda explicación:

—No es necesario, padre, ya el clan Fuegos Andinos nos informó, estamos satisfechas con el trato que reciben los niños.

Mig sonríe, se despiden, volverán pronto. Los niños rescatados se dieron cuenta que los van a dejar y todos se abrazan asustados y llorando a la comandante. El gran problema fue el idioma; Kunturi y África también pertenecían al continente africano. Con mucha dificultad, por las muchas lenguas nativas de cada país, tratan de comunicarse con ellos; les hacen entender que después podrán volver a sus hogares en sus países. Solo algunos se quedaron en la comunidad; el resto querían ser guerreros del clan fuego. Purmakana los recibe contento; Ninan sonríe, pronto van a necesitar más profesores en el mundo subterráneo.

Entran al Kaspacha Uray cerrando todas las entradas; ella sabe que tienen poco tiempo antes de que vengan a buscarlos. Mig miró a los hombres y les dice:

—De ustedes depende cómo quieren que los traten: “a las buenas o a las malas”. Nos dicen quién es el cabecilla o el patrón; no voy a aceptar un “no sé”. Si no hablan, de aquí no van a salir nunca, ¿entendieron bien? Ya vieron lo que pueden hacer los pequeños; imagínense un poquito lo que podrían hacer ellos.

Lo dice señalando a los grandes gorilas; el miedo se refleja en sus ojos, la comandante ríe a carcajadas. Los hombres siguen guardando silencio, arremeten contra ellas, llamándolas:

—¡¡¡Abusivas de mierdas, rechuchas de su madre, ¿crees que somos tu boleto de lotería? ¿Se creen machas? Mi boss va a enviar gente a buscarnos; te vas a caer de culo, las van a enfriar, van a dejar como coladera y después las quemarán, todas se van a ir, con San Pedro. ¡¡¡Suéltame para que veas cómo te sacó la mierda y te enseño a ser jerma!!! ¡¡¡Marimacho de porquería!!!

La Comandante Mig, cansada de escucharlos, ordena que suelten a uno de ellos y lo reta; las guerreras dudan, pero la expresión de la comandante no deja dudas. Los hombres no conocían de qué son capaces las Apu Supay.

—Yo pensaba que los mojonos del desagüe no hablaban. Te voy a agradecer que no vuelvas a abrir la boca; todo lo ensucias con los excrementos que salen de ti. Te voy a enseñar cómo pelean las Apu Supay. Que nadie se meta; si él gana, lo dejan ir, solo a él.

El sujeto, al escuchar los insultos de Mig palidece de rabia. Huchilla adivina lo que va a hacer, tiene miedo, quiere intervenir, pero ella extiende el brazo y le recuerda que, a pesar de ser su esposo, ella es su comandante. Él calla, sin intervenir; se sitúa al lado, para protegerla.

Sueltan al hombre; este se coloca con los puños en alto, dando pequeños saltos; todo le parece un chiste y ríe sonoramente. Mig con los dientes y los puños muy apretados, mirando fijamente al hombre, le dice con voz ronca:

—Vamos a ver, pequeño mojó, me cansé de escucharlos gritar y, por lo que veo, no piensas hablar. Pero lo vas a hacer; de mi cuenta corre que cantes, como un ruiseñor, jajajajajaja...

Mig sorprendentemente salta sobre Huchilla, que le da impulso y cae sobre el hombre pateándole la cabeza y la espalda. Este se tambalea, pierde el equilibrio y cae sobre las paredes del túnel, causándose heridas; escupe sangre, queda asombrado. No podía creer lo pequeña, ágil y agresiva que era la oriental. El hombre gira rápidamente; de un puñete le rompe la boca a Mig, que, por el impacto, vuela por los aires y se estrella en las paredes del túnel. Ella inmediatamente se levantó, vuelve a saltar; Huchilla pone las manos para que las use como trampolín, fue un gran impulso, cae golpeándole el pecho al hombre, con todo su peso. Mig no lo deja reponerse; con el Zutanvrios clava su mano a la roca. Una andanada de golpes en el estómago lo dejó botando sangre de la boca. El hombre da gritos de dolor, y la comandante volvió a preguntar:

—¿Te decidiste a cantar como pajarito, o sigo con la otra mano?

Otro de los hombres, asustado, le grita:

—¡Yo, yo te digo todo si me dejan ir, prometo no decir nada de ustedes, me voy lejos!

Kusiquyllur le envía un beso volado, y dijo con una sonrisa en los labios.

—Nosotras nos encargaremos de que no digas nada. Empieza y que no se te olvide nada, porque lo pagarías muy caro. Si nos mientes, regresamos y te cortamos la lengua, o si prefieren, serían una buena cena para ellos; están de hambre, y los gorilas gruñen cerca del hombre.

Las guerreras escucharon atentamente y se llevaron una cruel sorpresa. Los cabecillas eran los alcaldes de Caballo Pinto y Q'orianka; sus regidores y varios policías integraban la banda de extorsionadores. El hombre está pálido: Mig sin compasión, saca violentamente el Zutanvrios de la roca; el hombre grita de dolor, desmayándose; le ponen un torniquete en la muñeca. Los confinaron en un lado del mundo subterráneo, del que jamás podrían salir.

Regresaron a la comunidad. Preguntaron dónde quedaban los poblados y solicitaron un guía. El grupo Fuego le pide a la comandante Mig participar; ella lo duda un poco, pensó en la reacción de ellos protegiendo a la comunidad y acepta. Les pone condiciones: los niños que no tienen entrenamientos no participan y ustedes van a estar de apoyo cuidándonos las espaldas; los gritos de alegría se elevan al viento. El tiempo es vital; si los hombres no regresaban pronto, los buscarían. Ninan propone:

—A este tipo de personas les gusta el dinero, la adulación. ¿Y si nos presentamos como dirigentes de una comunidad indígena? Preguntamos por el alcalde y los regidores, con el pretexto de solicitar protección, y les llevamos regalos.

La idea tiene aceptación; rápidamente preparan todo.

LOS ALCALDES



Cap, 30. En silencio la tierra se abre en varias zonas del poblado; con mucho cuidado, tratando de no hacer ruido, los batallones emergen, rampando, ocultándose entre las sombras y el monte.

Las francotiradoras, con mucho sigilo, van rodeando el poblado; buscan un buen lugar. Se dan con la sorpresa de encontrar una fiesta patronal en Caballo Pinto; es un gran problema, personas inocentes pueden verse afectadas. Pensaron en abortar el plan, pero lo pensaron mejor.

Se reúnen, intercambian ideas, hacen pequeños cambios en los planes. Una pequeña comisión pediría hablar con el alcalde. Huchilla se haría pasar como el hijo del curaca de la tribu Kukamiria, pidiendo protección. Ocultarían las armas pesadas de guerra, usarían los zutanvrios, arcos y flechas, puñales pequeños y minipistolas. Ninan, Kuychi, Zugu y cuatro comandantes paseaban aparentando alegría. Las comandantes Pukiu y Llasha también daban vueltas mezclándose entre el gentío. Observaron muchos chalecos de seguridad armados. Kusiquyllur ordena formar grupos de dos o tres, y que se sitúen cerca de cada uno de ellos.

Ninan conocedor de la codicia por las mujeres y el dinero, sugiere, señalando, un comercio de licores:

—Compren whisky, el más caro que encuentren, y que lo envuelvan para regalo; será un buen pretexto para pedir entrevistarnos con el alcalde.

Pukiu sugiere traer unas cuantas piedras preciosas como regalo. De inmediato enviaron al grupo fuego; kuychi y fuego rojo corren como el viento; en una talega los traen. Con los dos whiskys envueltos para regalo y las piedras, se encaminan hacia la alcaldía. De una rápida mirada se dan cuenta de varios hombres armados que rodean la casa municipal.

Huchilla muy solemne, va delante del grupo; caminaban muy despacio. En un proscenio, un conjunto musical tocaba una alegre melodía; lo rodean, llegaron a las puertas de la alcaldía. Mig ya hablaba correctamente el quechua y el español; tratando de ganar tiempo, ceremoniosa, pregunta por el alcalde con un quechua muy mal hablado. Una mujer uniformada y mal encarada, palpa sus armas; amenazante, los miró con duda. Se apresuraron a explicar que llevaban un presente de la tribu Kukamiria. Un hombre se adelanta, frunce el ceño, los mira de arriba abajo, observando sus ropajes. La comandante Chaska, con actitud humilde, inclinando la cabeza, saca una pequeña piedra semipreciosa de una talega y la enseña:

—Somos una comitiva de la comunidad nativa Kukamiria, nuestro curaca nos envía, y traemos presentes para el jefe de este poblado, también para todos ustedes.

Los ojos se abren como platos y brillan de codicia al ver la piedra preciosa. La noticia de los regalos corre como pólvora. Los regidores se movilizan con una impresionante rapidez; los pasan a una oficina. El olor a licor era penetrante. Dos hombres, sonrientes, con sendos vasos de licor en las manos y notoriamente bebidos, los reciben muy amablemente. Uno de ellos se adelantó, les tiende la mano y les dice:

—Mucho gusto en recibirlos, soy el alcalde de Caballo Pinto; el señor aquí presente es mi homólogo, el alcalde del distrito de Q'orianka que está de visita.

Descaradamente, todos los regidores, lejos de retirarse, se apretujan entre ellos a ver qué les toca. Para las

guerreras no pasan desapercibidas las armas; el enfrentamiento será terrible.

kuychi al ver que ingresaron a la municipalidad, con un poderoso silbido, dio la voz de alerta.

Los fuegos camuflados entre las plantas respondieron, replicando los silbidos para alertar a todas las guerreras; solo esperaban órdenes para intervenir. La Comandante Yanawayta ordena eliminar a todos los guaruras. Las guerreras ya tenían localizados a todos los hombres del alcalde.

Como siempre, el clan fuego no se quedó tranquilo; los peques en silencio se acercan a un chaleco. Fuego rojo enciende su pelaje; moviéndola a voluntad, salta y fustiga con las llamas las piernas del hombre; dejándole quemaduras, este cae al suelo, fuego azul salta y le muerde el cuello, hasta que pierde la conciencia; no tuvo tiempo de gritar.

Enseguida se dirigieron hacia otros chalecos; los atacaron con sus luceros del amanecer.

Zugu y África coquetean con los hombres; ellos, muy emocionados, corresponden y pronto hacen parejas. África, conversando, se aleja con uno de los guaruras, buscando un lugar un poco solitario, desplegando sensualidad; como que tropezó y cae al suelo; él, muy amable, se inclina sobre ella. África, con un movimiento rápido, golpea el cuello del hombre, lo abraza y se echan entre la hierba. Al ver que no la miraban, lo arrastró y lo escondió entre el monte. Zugu sonrío a su acompañante y comenta:

—Qué rápido es tu amigo, no pierde tiempo, ¿no te parece?

Este le contesta sin darse cuenta de nada:

—Si quieres, nosotros también podemos ir a conversar detrás del árbol que está allí.

Y lo señaló; ella sonríe y camina junto al hombre, se sientan a las faldas de un grupo de arbustos. Él, encandilado, ni cuenta se dio, hasta que sintió el golpe en el cuello. África, que los había seguido, sale de su escondite, le guiña un ojo a Zugu, le sonríe enseñándole sus dos dedos y le comenta:

—El sueño del ángel es rápido, silencioso y efectivo.

Lo esconden entre la maleza y avanzan juntas hacia otro objetivo. Las guerreras uno a uno fueron eliminando a los otros chalecos sin aspavientos, en silencio. Y la fiesta seguía con desbordante alegría.

Mig de nuevo, con su quechua mal hablado y una angelical sonrisa que derritió al alcalde, simulaba tener problemas, tratando de explicar el motivo de su visita.

Sacan los whiskys, y el alcalde sonríe con agrado, mirando de forma lasciva a la pequeña oriental. La Comandante Chaska se adelanta, de su talega saca una hermosa piedra y les dice:

—Los Shaguas, una comunidad nativa, se quieren apropiar de nuestros ríos y recursos. Ellos son muy agresivos; necesitamos personas que nos protejan. El curaca de nuestro pueblo envía esta piedrita para el jefe, el tayta de este pueblo.

Depositán sobre la mesa los licores y una piedra, esta emitiendo fluorescencia azulada; era tan hermosa que

los dejó boquiabiertos. Perdido todo recato y vergüenza, el alcalde se abalanzó sobre la piedra como temiendo que se la quiten. El alcalde de Q'orianka le lanzó una mirada de envidia. La comandante Chaska vuelve a sacar varias pequeñas pepitas de oro, las pone sobre la mesa y les dice, señalando a los regidores: —Y esto es para ustedes. Traemos presentes de buena fe y amistad.

El alcalde mira todo con codicia, y los regidores sin vergüenza alguna se atropellan entre ellos para agarrar la piedra más grande. El alcalde de Q'orianka se moría de envidia, se vuelve hacia su amigo en franco enfrentamiento y lo conmina a compartir:

—Ya, pe, compadre, aquí somos dos, y mi gente también va a querer su parte.

Mig, con una seña, ordena que los golpes fueran directos al cuello. El zutanvrio parpadea, ella da un salto y la lanza surca los aires, se hunde en la garganta del alcalde; este cae sin emitir un quejido. El zutanvrio regresa y en segundos lo vuelve a lanzar hacia el otro alcalde; el hombre, queda estacado en la pared. Mig salta y le tapa la boca al hombre ahogando su nascente grito. Este logra sacar su arma: un disparo; el balazo le rozó el estómago a la comandante.

Huchilla hace el intento de retirarse llevándose a Mig; ella voltea se niega, y, soltándose, sigue combatiendo; en batalla, Mig es su comandante. Se sitúa detrás de ella, dándole soporte, cuidándole la espalda y combatiendo a la misma vez. Todos atacan al mismo tiempo.

El más alto de los regidores fue el primero en recobrar se y contraatacar. Los otros, sin soltar las

piedras, tratan de sacar sus armas de fuego; las guerreras tratan de evitarlo, se lanzan al combate cuerpo a cuerpo. Otro balazo traspasa a Mig; esta se tambalea, Huchilla la sostiene con un brazo y con el otro, sigue combatiendo. Otro disparo derriba a la comandante Chaska, y ella desde el suelo sigue atacando. El enfrentamiento termina con dos comandantes heridas. Ven un pasillo con ventanas hacia la calle; salen por allí, evitando la puerta principal, para no ser descubiertas por los pobladores.

Huchilla con los ojos llenos de lágrimas, cargaba a Mig; él sentía que perdía a su esposa. Ninan muy compungido, le pone vendajes; Chaska también es atendida. El poderoso silbido del grupo Fuego se escuchó; Zugu y África contestan con el aullido del lobo gris. En silencio se retiran, para reunirse en las afueras del poblado. Purmakana emite un rugido, la tierra se abre y todos regresan al Kaspacha Uray.

Mig no perdió el conocimiento; con serenidad y fortaleza asombrosa calmaba a Huchilla que estaba a punto del colapso nervioso. Ninan dispone rápidamente al grupo de médicas, y se disponen a operar a las comandantes. Le suministraron un poderoso mate de hierbas a Huchilla que lo puso a dormir. Killasisa y Kusiquyllur estaban muy preocupadas por las comandantes; el grupo Fuego no se apartaba, esperando resultados. Terminada la operación, Ninan sale y comunica:

—No se preocupen, todo salió bien; su Comandante tiene muchas vidas, y aún le quedan varias.

Todos ríen de la broma; el clan Fuego armó un gran alboroto de alegría por su comandante.

CREACIÓN CLAN CHASQUIS



cap,31 Las dos comandantes se recuperan rápidamente, y están tomándose un descanso; el más feliz es Huchilla.

Mig envió al grupo Fuego a la comunidad religiosa Los Hijos de Dios para ver cómo estaban; ellos parten veloces. Cuando llegan, los reciben muy alegres y agradecidos, comparten frutas frescas y semillas secas y agua de coco. Purmacana, muy serio en su papel de jefe del clan fuego, se reúne con el padre de la comunidad y trata de comunicarse. La nueva generación de gorilas, por su cercanía con las humanas, con algunos problemas, ya articulaban algunas palabras. Kuychi entra a traducir; le recomiendan comprar más tierras, construir pircas altas y seguras en todo el perímetro, asegurando la privacidad, construir un helipuerto para una pequeña avioneta o helicóptero.

Formalizarse como microempresa minera, para que no tengan problemas cuando ellos les traigan piedras preciosas y oro; y las autoridades piensen que son mineros ilegales. Acto seguido, ponen sobre la mesa varias piedras preciosas. Purmakana estira la mano emulando el saludo de los humanos; el padre de la comunidad abre los ojos como platos y todo el grupo ríe a carcajadas. Se despiden levantando la mano; el patriarca sigue lelo.

Killasisa y Kusiquyllur se reúnen, discuten la necesidad de crear un clan de mensajeras, que llevaran y también traerían información entre los suyus. Mandan una invitación a Wari. Al tercer día, muy temprano se reúnen las comandantes. El jefe del Kaspacha Uray llega acompañado de Tanky y varios gorilas. Las guerreras les presentan sus respetos y los invitan a sentarse. Comienzan a explicar la necesidad de crear un grupo de mensajeras; necesitarían cruzar información, mantener la relación y la unión que siempre existió entre ellas.

Wari totalmente de acuerdo, designo un gorila a cada grupo del clan. Killasisa llama a reunión a las jefas de

los diez clanes, les comunica las decisiones tomadas; ellas lo comunicaron a los batallones solicitando aspirantes. Este hecho causó revuelo por la novedad; voluntarios y voluntarias se alinearon. De esta forma nace el último clan: Chunka Hukniyuq Chasquis. Comienzan las selecciones de las corredoras; tenían que elegir a las más veloces, fieles y que hablaran quechua y español. Las mujeres mensajeras serían las que llevaran cartas y noticias comprometidas, ser muy leales y comprometidas con los ideales. Juan tendría un rol fundamental; se encargaría de la movilidad en algunos tramos que lo necesitaran. Conformados los cinco grupos, hicieron una pequeña ceremonia para formalizar el clan de las Chasquis.

Se inician los preparativos para marchar hacia los suyus, el conteo de armas y pertrechos de guerra. Los fuegos, muy nerviosos, esperan que los llamen; esto no pasa desapercibido para las comandantes que los miran y sonríen. Kusiquyllur comandante en jefe de todas las Apu Supay, comienza las designaciones:

—Las comandantes: Kusiquyllur, Killasisa y Mig; los clanes Fuego Andino, Isqun y Chunka en la capital y sierra central.

Los peques gritan celebrando su territorio. Nacieron los Pishqasuyus. Kusiquyllur se dirige a las otras comandantes y les propone

—Quedan cuatro suyus. ¿Ustedes prefieren escoger o un sorteo?

Todas gritan:

¡Sííííí, sorteo, sorteo!

Se escogen piedritas, se escribe en ellas costa norte, costa sur y los otros suyus. Las meten en una talega. Les vendan los ojos a las jefas de clanes y llaman a un niño albino para que les acerque la talega.

La primera piedra fue para las Comandantes: Chaska, Achanqara y los clanes Huk, Iskay, las costas norteñas.

La segunda piedra fue para las Comandantes: Llasha, Nrayaq los clanes Kimsa y Tawa a las costas del sur.

La tercera piedra es para las Comandantes: Pukiu, Wakchilla y los clanes Pichqa y Suqta. Ellas protegerían la zona, sierra y selva norte.

La cuarta y última piedra fue para las Comandante: Yanawayta y Runa: y los clanes Qanchis, Pusaq, viajan a la sierra y selva del sur del país.

Killasisa se dirige a Juan:

—Estamos muy agradecidas por tu apoyo incondicional; puedes reunirte con tu familia si deseas hacerlo. Pero antes tenemos que pedirte un último favor: nos enseñarás a manejar vehículos.

Juan alzó los brazos de alegría; nunca imaginó tal desprendimiento de parte de las guerreras; de pronto se le borra la sonrisa de los labios, mira a las comandantes:

—Les agradezco mucho la facilidad, pero siento que ustedes aún me necesitan, tengo que ayudarlas un poco más; cuando yo esté cansado y desee volver con mi familia, yo mismo se los voy a comunicar. Me voy con las del norte, así podré visitarlos y decirles que estoy bien, y que me esperen. Antes les voy a enseñar a manejar, como me lo pidieron. Las comandantes sonrían agradecidas y le dan un apretón de manos.

Llegan grandes grupos de gorilas asignados por Wari para unirse a los batallones. Los abrazos y las lágrimas no se hicieron esperar. Kusiquyllur levanta la voz y les dice:

—No lloren, que me parten el corazón de pena; no es un adiós definitivo, cuando quieran temporalmente, podrán cambiar de suyo.

¡Yapamanta Rikunakusun! ¡Es solo un, nos volveremos a encontrar!

Kutin tuparisun: Nuevamente nos encontraremos.

Los gritos de algarabía se escuchan en todo el Kaspacha Uray; Wari lanza un rugido que estremeció la tierra. Conformados los cinco suyus, celebran, los apus ríen, el agua canta, los cielos se abren, los vientos rugen, los cielos se tiñen de colores. Todos se suman; es una gran fiesta. De pronto, vientos huracanados parecen silbar; la figura de Huaynaputina se dibuja en el firmamento; debajo, Isqun, Pusaq y Chunka les sonrían, todas gritan:

¡Es la mamay maqanakuy! Todas reverencian a las tres guerreras. Killasisa grita:

—Madre, gracias por venir a vernos; yo sabía que estaban con nosotras, por siempre vivirán en nuestros corazones.

Las guerreras inician la marcha cantando. Mig decide hacer una visita a la comunidad religiosa Los fuegos andinos. Le piden por favor, que deseaban ir; ella acepta, se encaminan. La tierra se abre y salen los fuegos; todos en la comunidad se apresuraron a recibirlos. Observa que estaban rodeando las tierras con una muralla muy alta y gruesa. Mig se dirige al patriarca:

De hoy en adelante, no permitan desconocidos, solo personas de su entera confianza; seguiremos velando por ustedes, volveremos, padre. Le encargamos formar otro campamento religioso para otros niños en la zona costa; confiamos en su criterio para escoger el personal adecuado. Nosotras nos encargamos de la parte económica, no se preocupen, nada les faltará.

Solo pedimos que los niños, hombres y mujeres tengan las oportunidades que a nosotras se nos negó. No queremos esclavitud en nuestro querido país. Gente muy mala nos buscan; por el bien de ustedes, guarden silencio con respecto a nosotras. Si se enteran de nuestra cercanía, les podrían hacer mucho daño, inclusive matarlos, y eso sería como si nos quitaran la vida a nosotras.

Sin poder contenerse, los ojos del patriarca se llenaron de lágrimas. Cayó de rodillas, extiende los brazos al cielo y grita:

—¡¡¡Gracias, dios mío, por concederme la dicha de conocer personas como ellas!!! Para algunos son malas, asesinas; para mí son ángeles que tú mandaste. ¡¡¡Cuidalas mucho, señor, no permitas que les hagan daño!!!

COSTA NORTE



Cap.32 Las comandantes Chaska y Achanqara marchaban con los clanes Huk e Iskay hacia la costa norte. El batallón de gorilas cargaba las pesadas armas. El viaje con ellas fue tranquilo, lleno de juegos y aventuras muy divertidas. Como siempre que ellas viajaban, las pillpintu las acompañaban, agregando luz y colorido al camino de las viajeras. Llegan a tierras ardientes; una impresionante y hermosa cascada las recibe. La altura era considerable; caía con una fuerza brutal, creando cierto

tipo de voces que cantaban en un susurro. Flautas, zampoñas y quenas que lloran sus penas al viento; era el aullar de la madre naturaleza, el llanto andino:

¡Ya llegaron, ya están aquí, cuídense los malos, que las hijas de Wiracocha ya vinieron a combatir!

Ellas se sintieron halagadas, bendecidas por ser elegidas, de ver hechos y manifestaciones místicas, que el padre supremo solo concedía a sus hijas. Vedado para cualesquiera otros ojos humanos. Las voces de la cascada seguían repitiendo la misma canción. La pesada cortina de agua se abre, como obedeciendo una orden; al fondo se vislumbran túneles bifurcados, escaleras casi verticales construidas en piedra viva. A lo largo de ellas hay varias entradas a los túneles. Los gorilas señalan la entrada, y ellas ingresan; llenas de curiosidad observan las escaleras.

Por los musgos y la humedad, las piedras se tornaban resbaladizas. Chaska, Achanqara, Huk e Iskay se miran, una amplia sonrisa se dibuja en sus rostros, lo tomaron como un reto. Las guerreras comienzan a escalar; los peligros y dificultades surgieron casi de inmediato, pero ellas estaban acostumbradas a la vida dura; los dedos se aferran a las rocas como tenazas, se forman cuatro bandos, cada uno arenga a su favorita, la competencia toma notas de honor y orgullo.

Las pillpintu uniéndose a la competencia, arquean y prenden sus colitas, y se posaron en los hombros de cada una de las guerreras, iluminando sus caminos. Los aplausos estallan. Las piedras resbalan por el musgo, laceran las manos; la comandante Chaska da un traspiés, queda colgada. Huk se acerca, toma su mano y la ayuda a sostenerse en un escalón y le dice:

—Mi Comandante, somos hermanas, somos Apu Supay.

La comandante la mira; no son guerreras compitiendo entre sí, están unidas por un solo padre. Suspirando hondamente, sonriendo, asiente y siguieron escalando.

Al final de las escaleras, un ancho túnel; hasta ellas les llega la brisa marina. Las recibe una explosión de colores que desafiaba la imaginación. Las algas marinas de color fucsia rojizo, adheridas a las paredes rocosas de color plomo oscuro, una combinación increíble.

Recorren rápidamente el camino y salen a una isla rocosa, con grandes piedras, pobladas de comunidades de fitoplancton marino, verde claro, muy brillante, que se mecían por el vaivén del mar. Increíblemente, tiene vegetación. Las olas estallan furiosamente contra las piedras y se retiran dejando una estela de espuma blanca. Pequeños remolinos circundan la “Isla Maldita” en la playa Las Mujercitas, Piura, Perú. De olas tan peligrosas y traicioneras, que ni las lanchas o pescadores, se acercaban a ella. Todo aquel que alguna vez se atrevió a hacerlo, encontró un horrible final.

Las guerreras siguen a los gorilas que señalan el camino hacia la superficie, por los túneles. Al salir al Hanan Pacha, la pequeña isla tiene un aire misterioso, peligroso y salvajemente hermoso. Los clanes ríen alborozadas, como niñas; los gorilas rugen, y la Mamay-qucha baña sus pies con su sabor salado, y sus olas ponen la música de fondo.

¡Ya llegaron, ya están aquí, cuídense que las hijas de Wiracocha ya vinieron a combatir!

Las Apus Supay se miran y gritan, lanzando los zutanvrios que emiten luces parpadeantes, y las pillintu sobrevuelan arriba de sus cabezas; ellas dejan salir sus sentimientos al aire. Los pescadores artesanales miran intrigados las luces en la solitaria isla, les da miedo y se persignan.

SIERRA Y SELVA NORTE DEL PERÚ



Cap. 33. Las comandantes Pukiu y Wakchilla, los clanes Pishqa y Suqta, el grupo de gorilas. Se dirigen hacia la parte de la sierra y selva norte del Perú. Tierras calientes del Amazonas. Ellas cantaban alegremente; los gorilas trataban de imitarlas, lo que causaba las carca-

jadas, estrechando los lazos afectivos y de amistad. Proponen el bautizo, con nombres andinos para los gorilas; para ellas significaba nuevos resurgimientos. Las guerreras notan que hay varias gorilas hembras; en los batallones, al interactuar con ellas, se estaban humanizando, mostrando sentimientos tales como alegría, amor, pena, dolor, admiración, lealtad, imitándolas en muchas actitudes.

También se dieron cuenta de que estaban exentas de las bajezas humanas, como la envidia, ambición, rencor, odio y tantos otros sentimientos que arrastramos como seres humanos. Desde sus nacimientos estaban destinados a ser guerreros, fieros centinelas guardando los misterios y la magia del mundo subterráneo, y todos sus secretos. Ellos siempre obedientes, respetando las jerarquías. Las maqanakuy notaron que las hojitas las estaban siguiendo; una sensación de paz y seguridad las invadió las hermosas pillpintu, llenando de luz los caminos de las guerreras.

Vislumbran unos grandes andenes, dedicados a la agricultura, llenos de verdor lujuriente; desafiantes se alzaban la quinua, la papa y el maíz. Escaleras de piedras, pircadas en los lados, unían las plataformas; estas se elevaban hacia la superficie.

La humedad y constantes lluvias poco a poco habían convertido en páramo toda la zona de Warmi Hatun Sinchi. Los residentes emigraron al poblado vecino de Kumya. Ubicados en la provincia de Kullu, una de las más grandes, de las siete provincias que conforman el departamento del Amazonas en el nororiente del Perú. Ceja de sierra, sierra y selva. Importante centro comercial de la zona.

Las maqanakuy decidieron explorar la zona. Se dividieron en pequeños grupos, cada uno acompañado de los gorilas; suben las escaleras y llegan a la superficie; el ocaso se acercaba y la densa neblina no les dejaba apreciar los parajes en su real dimensión. La zona estaba desierta, solo ruinas de lo que un día fue un asentamiento humano, sin vida silvestre o humana a la vista. El silencio era total; avanzaban a tientas reconociendo con las manos el lugar. Un laberinto intrincado de piedras volcánicas un tanto porosas, de formas redondeadas y alargadas, huecas por dentro y estrechándose hacia arriba, como estiletes clavados en la tierra. Elevándose muchos metros sobre la tierra, sumamente delgadas, retando a las phuyus, contaban con tres divisiones, terrazas como ventanales.

Una rara especie de felinos nocturnos percibió la presencia de las guerreras; silenciosos, las espiaban, ocultándose entre las rocas huecas y las densas neblinas. Sus ojos eran de un dorado intenso, fosforescentes con motitas blancas, que parecían tener luz propia; sus cuerpos les permitían absorber y almacenar la energía de la luz. Y en la oscuridad les permitía ver. Las maqanakuy sin intuir el peligro, examinaban atentamente el hermoso y enigmático laberinto pétreo; sería un excelente hogar para ellas.

De pronto las guerreras se encuentran cara a cara con los felinos, quedaron quietas, ellos también, examinándose con la mirada. Las almohadillas de las patas de los gorilas no permitieron que los felinos los escucharan, pero su fino olfato sí los percibió. Era un poco tarde para los habitantes del páramo; los gorilas se lanzaron

y los dominaron. Los gorilas se golpean el pecho rugiendo su triunfo; los felinos, reconociendo su derrota, se retiraron a un sector de los páramos.

COSTA SUR DEL PERÚ



cap.34 Las comandantes Llasha y Nayaraq marchaban con los clanes Kimsa y Tawa y su batallón de gorilas. Caminan disfrutando de todo lo que ven, compartiendo con animales, plantas y las hojitas que nunca las dejaban de seguir, igual que las pillpintu. Hermosos cenotes a lo largo de su camino, paz, armonía y mucho disfrute.

Probaron una especie de tunas subterráneas, fruto muy jugoso y dulce, también las tiernas mazorcas de choclo, de sabor dulzón, y papas nativas de cáscara negra y comida blanca; los gorilas les enseñaron asarlas; eran un manjar de los dioses. No pasó desapercibido el hecho de que los gorilas desarrollaran estas capacidades o tal vez ellas no conocían todo el potencial que ellos guardaban, y eran más inteligentes de lo que pensaban.

Llegaron a la provincia de Takiy, en Arequipa. En las profundidades del volcán Chírimpuy. Enormes salones subterráneos, los restos de una pequeña ciudadela las recibieron; del suelo se elevaban formaciones rocosas; parecían guerreros andinos fantasmales, petrificados con el paso del tiempo, cuidando sus tesoros. Arequipa está a más de dos mil trescientos metros de altura, de clima lluvioso y frío, con vientos helados, pero el vientre del volcán Chírimpuy guardaba sorpresas para ellas.

Una impresionante cascada que venía desde la superficie y caía sobre un cenote subterráneo de aguas termales. Cuevas subterráneas adornadas por estalagmitas y estalactitas de un rojo intenso, con hermosas enredaderas que parecían descolgarse desde lo más alto. Paisajes tan impresionantes por sus formas y rarezas, que parecían pinturas al óleo de vivos colores. Un denso y lujurioso bosque las recibe, bellezas y rarezas del mundo subterráneo. Solo las guerreras, hijas de Wiracocha, tenían el privilegio de vivir en el mundo espiritual. Se bañaron, comieron y descansaron.

Después de unos días, decidieron quedarse en ese lugar tan lindo, relajante, y comenzaron a recolectar materiales naturales para construir sus chozas. Primero fue como un tenue rumor; al paso de las horas se convirtió en una especie de murmullos, que parecían llantos; se alertaron. Esperaron; las voces eran más audibles, las

maqanakuy posan sus manos en las hojitas de las enredaderas, y ellas les contaron el dolor de varias personas cautivas. La comandante Llasha, mirando a Nayaraq, le dice:

—Hermana, tú te quedas aquí, con el resto de los batallones; si no regreso, te quedas a cargo de todo.

Nayaraq sabe que tal vez no vuelva a ver a su hermana; en un apretado abrazo entre las dos comandantes se transmiten sus sentimientos. La comandante Llasha respira hondo, siente toda la responsabilidad que estaba bajo sus hombros. Los clanes preparan armas; diez gorilas van con los batallones de guerreras. Comienzan a correr, entre los laberintos de túneles, caminos secretos andinos; las hojitas sirven de guías y les transmiten todos los llantos y pesares.

El Rinconcito Dorado, también llamado Qori Inti, es una ciudad minera aurífera del departamento de Puno, rico en metales y tierras raras. Lo dominaban varios grupos de mineros ilegales, que transportaban los minerales en secreto para evitar la intervención y control del gobierno, organizaciones muy bien conformadas. Conocido por la explotación laboral y sexual, reduciéndolos a la esclavitud, soportando climas extremos. La ciudad de El Rinconcito Dorado se encuentra a 5100 metros sobre el nivel del mar: fríos extremos, bajo cero en algunas ocasiones, mucho más, constantes lluvias en tardes y noches, rodeado de neblina y eterna humedad.

No contaban con autoridades honestas, ni nadie que defendiera a sus pobladores, un pueblo sin ley. Recóndito lugar donde morían los sueños, también la vida de muchos ilusos que llegaban llenos de sueños.

Suben a la superficie; las hojitas aceleradamente mueren por el frío extremo y los químicos en el subsuelo. Abren una entrada; los pobladores, entre tantos ruidos

de explosiones, no se dieron cuenta; ellas saben que llamarán la atención de las personas. Las guerreras se esconden entre las piedras y observan. La realidad es pavorosa. Camiones llenos de personas eran transportados a punta de metralleta; el dolor y sufrimiento estaban reflejados en sus rostros, sumamente cansados y delgados.

Compitiendo con las aves carroñeras, hombres, mujeres y niños hurgaban con las manos desnudas entre los residuos minerales y humanos, que corrían juntos libremente entre las calles, que carecían de desagüe a la vista; los desechos se mezclaban entre sí. Llasha no pudo contener un lamento que destrozó su corazón; el contraste entre los Taytas de la minería y la población esclavizada era doloroso. La comandante no soporta, desenvaina su Zutanvrio, lo pone en su pecho, delicadamente lo acaricia, transmitiéndole sus órdenes; la piedra comenzó a vibrar, la comandante cierra los ojos y en silencio le pide regresar a ella. Lo lanza con todas sus fuerzas.

El Zutanvrio sale disparado a tal velocidad que va dejando una pequeña estela rojiza en su trayectoria. Cinco hombres que estaban en la tolva del volquete se derrumban sin un solo grito. El chofer nota que algo cae, ralentiza la marcha; miró por el espejo retrovisor. Lluqui, el jefe de los gorilas, y otro gorila se paran delante de la movilidad, golpean el capó, lo hunden. Los dos gorilas dejan escapar un rugido; con fuerza sobrehumana, levantan la parte delantera de la movilidad y la sueltan. El chofer se dio un gran susto al ver a los gorilas; levanta los brazos cubriéndose el rostro. La comandante Llasha, agazapada entre las rocas, da un salto y cae al lado del chofer, le apunta en la cabeza y le dice:

—¡Baja, entrega tus armas y abre las puertas, carajo!
¡Si tan solo respiras, te vuelo la cabeza!

El hombre intimidado obedece, mirando con miedo a los gorilas; las guerreras salen de entre las piedras y liberan a todos los esclavos. También las personas que estaban hurgando entre la basura les hacen señas de seguir las; ellos se encogen de miedo. No pueden esperar a convencerlos; los apuntan y, conminándolos, los obligan a entrar, junto con ellas, al mundo subterráneo. Los gritos asustados de los pobladores, que las vieron, en el Hanan pacha no se hicieron esperar:

—¡¡¡Qota Anchacho, es el Qota Anchacho!!!

La noticia corre más rápido que la pólvora; todos dicen que es el Qota Anchacho y sus huestes. Temido, devorador y destructor de todo lo que se interpone en su camino. El legendario demonio del lago Titicaca, Puno, Perú. Decían que los espíritus han venido a castigarlos por su ambición. En cuestión de minutos, hombres poderosamente armados se paseaban controlando a todo el poblado. Por primera vez los Taytas, siempre rivales, se agruparon dejando sus rencillas atrás, para protegerse entre ellos.

Las guerreras se preparan para el combate; no tenían que dejarles tiempo para pensar o tal vez agruparse; confiaban en que carecían de estrategias bélicas, y eso sería un punto a su favor. Las circunstancias apremiaban. Lluqui, el comandante de los gorilas, se adelantó, corriendo; las guerreras van detrás, posando sus manos en las paredes de las cavernas subterráneas, para sentir la vibración de las máquinas excavadoras en la tierra. En una bifurcación, los zutanvrios comienzan a vibrar; las conducen hacia un salón de piedras negras. La oscuridad era total; iluminado por los reflejos de las pequeñas lanzas, del techo abovedado de la caverna se desprendían trozos de piedras negras; al caer y chocar entre ellas, se producían tormentas de energía eléctrica.

Mineral sumamente raro y el más caro en el mundo entero, por el cual muchos se matarían.

Lluqui levanta la mano; se orientó por la vibración de la tierra al recibir los golpes de las herramientas, apunta su varayoc. La poderosa descarga abre un boquete en el techo de la bóveda; esta sale hacia un pasillo, unas escaleras de piedra las conducen hacia los túneles en los cuales encuentran varias personas; prácticamente extraen los minerales con las manos desnudas, sin protección alguna. Para los cautivos el susto fue enorme al ver a las guerreras y los gorilas; algunos se desmayaban. Les explican que vinieron a rescatarlos; se escucharon exclamaciones de alegría. Rápidamente los reúnen y emprenden la marcha. Llasha desenvaina el Zutanvrio, en posición de ataque, y Lluqui apunta el varayoc, varios potentes disparos que se sintieron en la superficie; cientos de rocas sellan el túnel, corren para alcanzar el grupo. Los rescatados indican otros socavones; se movilizan rescatando a todos y conduciéndolos a un espacio seguro. Cargan sus armas y se dirigen hacia el barrio de los Taytas. Salen a la superficie las elementales; agua y aire se revolvían furiosas, formaban un remolino que rugía causando miedo. Hombres curtidos, acostumbrados a los peligros, gritan:

—¿Qué carajos está pasando? Todo esto es raro y no quiero creer en cojudeces de diablos o brujos.

En el horizonte se comienza a vislumbrar la figura de la madre de la guerra, acompañada de sus tres guerreras. El espíritu señala enérgicamente los túneles; ellas entienden las órdenes, internarse en el mundo subterráneo. Las elementales que las protegían se difuminan, la mamay maqanakuy y sus guerreras se hunden lentamente en la tierra. Antes de entrar, Llasha posa sus manos en la tierra, se encomienda a los espíritus:

—Padre Wiracocha, Pacha Mama, mamay maqanakuy, seres elementales, fuego, aire y tierra. ¡Ayúdenme a desaparecer todo lo malo que exista en este lugar! ¡No dejes que vuelvan a esclavizar a tus hijos, ofendiendo la vida humana!

En un último afán de limpiar todo, la madre naturaleza responde: se escucha como si la tierra arrastrara piedras pesadas; parecía un terremoto de grandes magnitudes, la tierra se abre gritando su dolor. De su interior surge un volcán, arrojando una densa fumarola. En cuestión de minutos, hace erupción, arrojando violentamente lava hirviente y piedras. Se dirige rápidamente hacia el distrito de los taytas, quemándolo todo a su paso.

Los socavones se hunden, tragándose minas, casas y personas. De aquel maldito lugar, que tantas lágrimas y dolor causó, solo quedó un páramo desierto, sin signos de vida; ni las aves carroñeras se atrevían a volar. Emprenden el regreso; el interior del volcán Chírimpuy, en Arequipa, sería su hogar; de allí partirían por toda la costa sur del país, hasta la frontera con Chile.

SIERRA Y SELVA SUR DEL PERÚ



Cap.35. Yanawayta y Yawar, y los clanes de Qanchis, Pusaq, junto al batallón de gorilas, se dirigen hacia la sierra y selva sur del Perú. La vasta red intrincada de caminos y túneles bifurcados, construidos por grandes

ingenieros del imperio incaico, habla de lo avanzadas que eran las civilizaciones andinas. Utilizados por grandes gobernantes andinos, que escribieron sus nombres con triunfos, sangre y honor. Las Apus Supay a veces no entendían cómo los gorilas se ubicaban para no perderse; contaban con un gran sentido de orientación. Tal vez desde su nacimiento ya les enseñaban el mapeo y ubicación de la red de caminos subterráneos.

Llegan a la hermosa ciudad de Huancavelica, zona muy rica en vestigios de civilizaciones antiguas que vivieron en los túneles, y ahora ellas tenían el honor de caminar los pasos andados por grandes guerreros ancestrales. Después de descansar, se dirigen a la ciudad del Cusco. Es de noche cuando llegan al valle sagrado de los incas; la grandiosidad y belleza las dejó mudas; se vuelven a sumergir dentro de las chinkanas. Deciden construir sus cabañas, ya que sería su lugar de residencia, pero los gorilas les tenían una agradable sorpresa: las llevaron a una ciudadela de piedra. Maravilladas por la hermosura, alegremente distribuyeron las viviendas y las ocuparon.

Descansaron unos días; recorren pasadizos secretos; estos los conducen al Cuzco. Fue entonces que un grupo de hojitas las aborda advirtiéndoles del peligro; con las armas percutadas, el dedo en el gatillo, alertas, siguen el camino que las hojitas señalaron. Fue grande la sorpresa; era la catedral de la Virgen de la Asunción. Una puerta secreta en el altar salía hacia el púlpito; ellas estaban asombradas y se preguntaban cuál era la conexión. La comandante Yanawayta cerró la pequeña puerta y regresaron; las dudas las acompañaban, dejaron a dos guerreras y un gorila para vigilar. Las horas pasan, el tedio les produce somnolencia y dormitan.

Después de un día, escuchan voces; alertas se camuflaron entre las piedras. Un grupo muy grande de personas pasó al lado de ellas. Sin percatarse de su presencia. Los siguen; estos se reúnen con varios hombres armados. En el suelo hay personas atadas; entre ellos se encuentra el sacerdote de la iglesia, empleados administrativos y de mantenimiento. Pero ellas vieron a un sacerdote officiar misa, o era un impostor.

Buscaban el famoso tesoro escondido por los españoles, en las catacumbas de la iglesia de la Sagrada Familia, ubicado en la plaza de Armas del Cuzco. Hacía muchos años que se contaba que el sacerdote tenía escondido una gran cantidad de oro. Existían varios rumores: que se encontró varios fardos funerarios llenos de oro, que Atahualpa mandó esconder su tesoro, y muchos otros cuentos más. Mediante torturas pretendían obtener información del mapeo de los túneles donde se hallaba escondido el tesoro.

Una piedra suelta rueda; los delincuentes se dan cuenta y con sumo cuidado alumbran buscando la causa del sonido. La diferencia es abismal; los secuestradores son como veinte y fuertemente armados. Las dos maqanakuy y el gorila se miran; conteniendo la respiración, se quedan quietas, tratando de no ser descubiertas. Saben que si las encuentran no saldrán vivas; están en total desventaja.

De pronto, un haz de luz da de lleno en los rostros de las guerreras; un delincuente sorprendido grita:

—¡¡¡Carajo, disparen, fuego, fuego!!!

De ambos lados se escuchan las detonaciones; varios delincuentes caen. Los disparos alcanzan al gorila; en

su caída cuesta abajo arrastra a las guerreras, quedando mal heridas.

Anqasmayu cae pesadamente, quedando semiinconsciente. Los hombres, con precaución, se acercan a ver al gorila, se dan cuenta de la rareza de su especie, gritan de contentos; rápidamente lo sedaron para poder encerrarlo. Mirando a las guerreras, uno de ellos ríe frotándose las manos y comenta:

—¡Tan buenazas manos, nos vamos a agasajar muy bien, jajaja!

La Comandante Yanawayta ordena el relevo del grupo que se quedó vigilando. La Comandante Yawar tiene un presentimiento, y decide unirse, y ordena cargar armas. El pequeño grupo parte. Después de larga caminata y descansos, suben unas gradas de piedras, que parten en varios sentidos; al azar eligen uno, salen a un salón y se dan de bruces con el gorila encadenado. Se le estrujó el corazón a la comandante; más allá, otras personas están maniatadas. Una andanada de disparos las recibe; las guerreras están siendo diezmadas, varias caen sin poder levantarse.

De las paredes comienza una filtración de agua; era una matriz que recibió un balazo, y en cuestión de segundos se convierte en presión alta. De pronto, el aullido del lobo gris se escucha; Yanawayta con varias guerreras las siguieron, los gritos de guerra llenaron el ambiente y contraatacan con ráfagas de metralletas. El Zutanvrio, en su vuelo de muerte, hace un círculo en el combate. Otro grupo corrió hacia la jaula; Anqasmayu estaba inconsciente y, si el nivel de agua subía, se podía ahogar sin despertar. Unos cuantos disparos rompen los candados; con mucha dificultad, la sacan de la jaula, liberan

a los rehenes, el agua sube rápidamente. Comienzan a llorar de impotencia; el gorila pesa mucho. Las comandantes Yanawayta y Yawar levantaron la voz recordándoles:

—Clanes Qanchis y Pusaq, recuerden que estamos con ustedes, somos las Apu Supay, y para nosotras no hay imposibles.

Sus palabras fueron casi mágicas; secan sus lágrimas, deciden cargarla entre cinco maqanakuy. El agua sigue subiendo y las piedras se tornan resbaladizas. Liberados los pocos rehenes que están con vida; ayudan a cargar a las maqanakuy heridas y fallecidas.

Con muchos esfuerzos salen de la pequeña bóveda, apuntan con el varayoc y disparan, producen un derrumbe que termina por sepultarlos: sellando la bóveda, con los delincuentes dentro. Antes de llegar a la pequeña ciudadela, la comandante les pregunta a las personas liberadas:

—¿Van a contarnos qué sucede? No omitan nada, ¿entendieron? Si nos mienten, tendrán consecuencias.

El padre se adelanta y les comienza a relatar.

—Si les miento, no, me lo perdonaría nunca. Desde siglos atrás, existe la leyenda de un tesoro escondido; muchos lo buscaron. Los delincuentes querían lo mismo; otros decían que era el tesoro que mandó esconder Atahualpa, para protegerlo de la ambición de los invasores, antes de ser apresado. Se decía que seguía guardado debajo del Templo del Triunfo y de la Sagrada Familia. Aquí en el Cuzco, o en alguna parte de la Cordillera de los Andes. Al enterarse de las catacumbas y subterráneos debajo de la iglesia, pensaron que se

encontraba escondido aquí. Por esa razón nos secuestraron, pero nosotros no tenemos conocimiento acerca de tal tesoro.

—¿Desean quedarse con nosotras y ser parte de nuestra lucha, o desean volver? Pase lo que pase, todo lo que vieron y lo que sucedido quedará en secreto. Nuestra existencia también, entendieron. ¿Todos ustedes saben a qué me refiero?

Al verlas armadas, comprenden que no juegan. Asustados, agradecieron y contestaron que deseaban volver a la superficie. Todos juraron no revelar el secreto, los guían de regreso al Hanan Pacha y se despiden. Llegan a la ciudadela y comprueban la gravedad de Anqasmayu y las dos guerreras. Las médicas hacen todo lo posible por salvarles la vida, pero no soportaron, expiraron. El dolor es profundo; preparan una pira funeraria, como las guerreras que fueron en vida; no quieren dejar vestigios de su existencia.

LIMA, EL ACHACHI Y LAS LUNARES



Cap.36. Los clanes de Isqun, Chunka y el clan fuego se quedaron con la comandante Mig. Con muchos niños jugando y gritando, el trayecto fue de lo más entretenido; los paisajes parecían sacados de un hermoso cuento de hadas. Hasta los clanes se contagiaron y jugaron como niñas; entre los peques y las warmis reinaba la camaradería. Chuwi, el comandante de los gorilas, hace una señal de parar; todos, riendo, detienen

la marcha. Apunta con el varayoc y dispara; un pequeño derrumbe deja a la vista un complejo arqueológico, de grandes dimensiones.

El estado de conservación era increíble; parecían haber estado aguardándolas. Para abrirse a ellas, grandes e imponentes monolitos de piedras cuidaban la ciudad. Entre el follaje, se elevaban una especie de escalones aéreos, grandes losas de piedras planas. En el centro de cada loza cortada, un material dorado brillaba, una fusión imposible, solo lograda por la magia de los maestros constructores y artesanos andinos; estas marcaban el sendero del camino hasta la ciudad. El sol, cuando estaba en el cenit, arrancaba luces multicolores.

De los pies de cada monolito, silenciosamente surgen muchos *Atuk*, hasta formar una gran población; los rodean, los huelen, se ubican estratégicamente para atacar. Estos eran muy pequeños, parecían wawas; los colores de su pelaje eran hermosos, que van desde el rojo al anaranjado, azul y negro brillante, sus ojos de un dorado intenso. Lentamente caminan hacia los gorilas blancos y las guerreras; ellos están inmóviles. Los husmearon, los reconocieron; en una formación cerrada se inclinaron ante ellos, mostrando sujeción y obediencia absoluta. Las maqanakuy se llevaron una agradable sorpresa al darse cuenta de que no eran wawas, eran un tipo de raza, de la manada Puños.

Amaru Inca Yupanqui, ubicado en alturas de Lima, es uno de los más grandes distritos de la capital limeña, Perú. Zona arqueológica, que guardaba vestigios de civilizaciones pasadas. Siempre se decía que antiguamente vivían muchos duendes y eso era porque había tesoros escondidos. Muy desolado, los residentes evitaban la zona; muy pocas personas se aventuraban a vivir

o sembrar, y los pocos que se atrevieron lo abandonaron hacía mucho tiempo atrás. Con absoluta privacidad, Purmakana y su clan salieron a reconocer el terreno; los fuegos prendieron sus colas, y un espectáculo multicolor nunca antes visto contribuyó a crear más misterio y miedo.

Un serrano muy viejo, al ver las luces, comprendió que se trataba de los enviados por Wiracocha. Existía una vieja leyenda andina, perdida, casi extinta entre los serranos viejos que aún creían en las leyendas. Estas contaban que vendrían las hijas de Wiracocha, las escogidas por los dioses que limpiarían la tierra.

En un costal escogió lo mejor que encontró en su chacra, tomó una pala, alcohol, coca, carbón y enrumbó hacia las pampas de Tamyasisa. Valientemente se atrevió a enfrentarse a lo desconocido, lleno de emoción, y las lágrimas corrieron por su rostro. Paso a paso, subió los apus cargando sus bultos en la espalda. Cuando llegó a la cima, descansó un rato; sin él saberlo, varios ojos lo miraban. El anciano comenzó a cavar; con mucho cuidado fue presentando sus hojitas de coca y ofrendas, pidiéndole a Wiracocha, la Pachamama, Mamakilla, todos los espíritus ancestrales y todas las fuerzas de la naturaleza que lo ayuden. Doloroso cántico serrano, salido del alma:

—*¡¡¡Madre de la naturaleza y de todo lo que tiene vida, seres elementales que manejan el viento, aire, fuego y la tierra, guerreros ancestrales, ustedes que lucharon contra la injusticia, que defendieron nuestros pueblos, les pido por la libertad de mis hijas que fueron esclavizadas por malas personas!!! ¡¡¡Espíritus andinos, hablen con el padre Wiracocha, rescátenlas;*

se las ofrezco como sacerdotisas eternas del mundo subterráneo!!!

Los gritos del anciano fueron escuchados por todas las guerreras. Con pasos inseguros, con la voz rota por la emoción, rociaba la tierra con coca y alcohol; cae de rodillas sobre las filosas piedras, que las hieren. Todos escuchan sus lamentos. Viento y aire se hicieron presentes envolviendo al anciano; los fuegos prenden sus colas, las guerreras salen a la superficie. Al verlas, el anciano esconde la cara entre sus manos gritando:

—No soy digno de mirarlas, solo pido por mis hijas y mis nietas, ellas son wawitas. Esos hombres malos se las llevaron. Los llaman “Los Malditos”. Mig se adelanta y le dice:

—Levántate, buen hombre, no merecemos que te arrodeles ante nosotras; será un honor servirte, tu llanto fue escuchado por el padre. ¿Sabes quién o dónde las tienen?

El anciano asiente. Mig le tiende la mano y lo invita a seguirlas. Incrédulo, no se mueve de su lugar; las maqanakuy lo toman suavemente del brazo, y lo conducen. La sorpresa fue mayor al ver la majestuosa ciudad, oculta de cualquier ojo humano, y los batallones de guerreras fuertemente armadas. Los gorilas, los fuegos, los albinos. Los niños con acondroplasia con una belleza sin igual. Frotándose los ojos, duda de lo que está viendo, quiere preguntar, tiene miedo y no se atreve; se hunden entre las ruinas que vieron un pasado glorioso. Baja sus ojos, cae de rodillas y llorando les dice a las guerreras:

—Mamay, yo no merezco tal privilegio, salven a mis hijas y a las wawitas. Les ofrezco mi vida a cambio de ellas. La policía no las encuentra. Killasisa se pone un puño en el pecho, y con una reverencia le responde:

—Las buscaremos y, si están vivas, te prometo que las traeremos de vuelta.

Enseguida se dedican a planificar, dibujan mapas para ubicarse, como meterse dentro de la organización. No tienen chofer, ya que Juan se fue con las del norte. Necesitaban personas con conocimiento de la capital para desplazarse. Mig y Killasisa caminan en círculos; el viejo pide perdón para hablar:

—Madrecitas, yo fui chofer por muchos años, y las puedo llevar, nadie conoce las calles de Lima y sus vericuetos mejor que yo. Ellas lo miran y Mig le dice:

—¿Tú sabes lo peligroso que es? Puedes perder la vida; esa gente no tiene compasión de nadie.

—Mi vida no importa, yo ya estoy achachi, quiero verlas libres, así sea lo último que pueda hacer en esta vida por mis hijas. Permítanme ayudarlas, por favor. Mig le da, la bienvenida al noble achachi.

La capital era muy grande, los distritos innumerables; con algunas dificultades y la ayuda del achachi se elaboró el mapa. Fue ardua la tarea de orientarse y conocer, basándose en la infinita red de túneles, pasadizos, salones y bifurcaciones bajo el suelo limeño. Los Atuq fueron de gran ayuda; hacían sus madrigueras muy profundas, en el subsuelo. Los malditos vivían en el distrito de “Los Gringos”; ahora solo quedaba conocer la ubicación exacta, como calles y lugares en los cuales se

movía la banda. Temerariamente tendrían que infiltrarse dentro de la agrupación. Mig voltea hacia el achachi, le participa los planes y la parte de su intervención:

—Noble achachi, vas a tener que correr la voz, que somos “italianas”, que pertenecemos a la firma “Mariposas Azules” y queremos comprar mujeres y otros negocios. Toma este dinero, gástalo; eso los atrae como moscas. Ellos solos vendrán a buscarte; es la única manera de poder acercarnos. Es peligroso; te cuidas y nos mantienes informadas.

Enviaron un par de guerreros, con mucho dinero acompañando al Achachi; le encargaron la adquisición de una movilidad. El achachi dijo antes de partir:

—Conozco a unos facinerosos que andan por ahí, puedo hablar con ellos. Fácilmente vas a reconocer a mis hijas; todas tienen lunares en el cuello, y así les puse sus nombres: Un Lunar, Dos Lunares y Tres lunares, que son las dos wawas, gemelitas.

Lo demás fue relativamente fácil; la repentina riqueza del achachi, la noticia que trabajaba para una firma internacional, los atrajo como moscas a la miel, a muchos maleantes. La noticia se esparció en el bajo mundo, hasta llegar a los grandes grupos. Se creó muchas expectativas. Se acercaron muchos: primero un pájaro frutero, de poca monta; después un asaltante; por último, recibieron una invitación de una facción de explotadores sexuales. A los cuales sí aceptaron la entrevista. Ya que venían a comprar, y ellos pagaban muy bien.

Las maqanakuy se presentan al encuentro en una poderosa cuatro por cuatro. Es un restaurante; por precaución, esperan afuera, hasta que tres hombres se acercan. Después de las primeras palabras, rápidamente se dan cuenta de que no es el jefe. Mig levanta la voz:

—Nos vamos, no hemos venido para hablar con los empleados. Los negocios son directos.

Los hombres se preguntaron cómo se dieron cuenta. De lejos un grupo de hombres las observaba. La enigmática belleza de Mig dejó embobado al Pelocho: los ojos rasgados, la delicada piel. El Pelocho pierde toda precaución, y les hace señas de que él sería quien hablaría con ellas. Da unos pasos adelantándose; la burda figura del hombre se perfila al fondo. La miraba descaradamente, sin respeto alguno. Killasisa y Kusiquyllur se dan cuenta del interés del cabecilla. La mujer que venía con él, captó la actitud, se puso celosa enfrentándose a la oriental; la comandante Mig la ignoró, la mujer no se quedó conforme y, sin poderse reprimir, adoptó una actitud belicosa. Mig ofensivamente le da la espalda ignorándola, mirando fijamente al Pelocho, y le dice:

—Yo vengo a negociar con el dueño del circo, no con los animales.

Esas palabras fueron un golpe muy bajo para la mujer, que se sintió humillada. El Pelocho, complacido, sintiéndose muy hombre, esboza una sonrisa de oreja a oreja y se adelanta hasta estar muy cerca de ellas. La comandante Killasisa le dice:

—Te traemos presentes de buena voluntad, y esperamos te decidas a vendernos buena mercancía; en otros

países pagan mejor por ellas que aquí, y te va a convenir. Si todo va bien, tal vez asociarnos en un solo grupo; necesitamos compradores y personas que nos abran el mercado, para traer piedras preciosas y semipreciosas. Tenemos varios animales raros; cuestan muchísimo dinero. El capo de todos los capos está en Italia, se llama Wari; dentro de la familia, puedes escalar posiciones, de ti depende. Te moverás en otro círculo, entrarás a las grandes ligas sin necesidad de arriesgarte tanto.

Enseguida abrió una pequeña talega, y la comandante sacó dos pequeñas piedras; los ojos le brillaron de codicia al hombre, las extiende y le dice:

—Esto es para ti, para que veas que no mentimos. Sabemos que eres *facho*, te gusta mucho las piedras, te mandas hacer un par de “blin, blin”, poquita cosa para verte fachero. Podemos traer muchos de esos.

Ávido, lleno de ambición y codicia, observa las piedras, se las guarda. La mujer del Pelochó, al ver que la ignoraban y presintiendo que su posición se tambaleaba, trata de halar el cabello de Mig. La comandante Killasisa da un salto increíble, queda sentada sobre los hombros de ella, golpeándola repetidamente en la cabeza, otro salto y cae de pie; con rapidez saca un puñal y lo hunde dos veces, una en el brazo y otra en la pierna. La toma del cabello y le murmura al oído:

—Lárgate de aquí, y no regreses; si te vuelvo a ver, te despellejo viva.

Mirando al Pelochó, le guiña un ojo. Este ignoró a su mujer. Quedó impresionado ante el alarde que hizo Killasisa; ella era una excepcional luchadora. Este hinchó el pecho, sintiéndose el dueño del mundo. Huchilla y

Ninan por primera vez sienten celos, pero se contienen; son sus comandantes y tienen que callar, inclinan la cabeza para evitar que vean sus gestos de rabia. Mig y Killasisa se miran y sonríen. Las comandantes le extienden la mano al jefe de la organización; despidiéndose, comienzan a retirarse. Al Pelocho ya no le importa su mujer, y se apresura a decirles:

—¿Pero por qué se quitan así, tan veloz? Tan invitadas a quedarse a *bitutear*; tenemos un *cuqui* de putamadre, que es *mostro* pal *combo*, terminarán chupándose los dedos. Pueden quedarse a *jatear* aquí, con tu gente.

Ellas sonríen y contestaron:

—No te preocupes, estamos alojadas en el “Atahualpa Imperial”. No faltaremos a la cena.

Antes de salir, Mig le dice:

Anda preparando un grupo de mercancía, que estén bien presentables; incluyes algunas wawitas, queremos escoger, y de preferencia las queremos de la zona de Amaru Inca Yupanqui. Nos dicen que allí son de raza andina pura; eso les gusta mucho a los gringos. Cuando salieron, el Pelocho estalló eufórico, empezó a saltar gritando:

—¡¡¡Putá mare, putá mare, las hembras tan recontra buenazas y con hartó billuyo!!! Ta que se me presentó la virgencita baterías, se me presentó la virgencita, ¡¡¡ya la hice!!! Eso sí es negociar como los grandes; nos vamos a podrir en cash pe manos. Todos pa arriba, *batos*, no pararemos hasta llegar al cielo.

Pasada la euforia, ordena que las sigan; un grupo sale corriendo, pero no las alcanzan. Perdió minutos en su estallido de alegría; pareció que el grupo se esfumó el aire.

RESCATE

cap.37 Ellas trajeron muchos frutos secos a la cena y dos botellas de vino. El Pelocho, muy perfumado, ansioso, buscó con la mirada a la comandante Mig; al no verla, descaradamente pregunta por ella. El interés del Pelocho por ella era muy evidente; por estrategia no asistió. Kusiquyllur le pregunta:

—¿Cuántos días necesitas para traernos lo que buscamos comprar? Tenemos clientes que buscan chicas y wawas con lunares en el cuello o la cara; si tienen tres mejor, sí, es más, tenemos tiempo de extirparlos quirúrgicamente antes de presentarlas.

» Si no tienen tetas o nalgas, se las ponemos, que no tengan la piel maltratada ni cicatrices. Lozanas y frescas, ellos pagan bien y hay que darles lo mejor. Vendrá la especialista a elegir, y un médico a evaluar la salud de ellas; ni modo que las llevemos con enfermedades.

Kusiquyllur le guiña un ojo. El Pelocho hace una mueca de asombro; él jamás se molestaría en invertir en esas operaciones. Ante la noticia que Mig vendría a la próxima reunión, pide tres días; hecho el trato y pactado el precio, la cena transcurrió sin inconvenientes.

Las Apu Supay preparan toda la logística para el combate; saben que sería con armas de última generación. En el subsuelo del edificio en el que vivían el Pelocho y su facción, los guerreros camuflaron armamentos pesados; atacarían desde abajo. El grupo de explosivos instaló cuidadosamente dinamita para volar el edificio. En la esquina, una señora vendiendo hamburguesas, su carrito lleno de metralletas y subfusiles. Dos panaderos gritando: “¡Señora, pan, pan, para el desayuno, cachitos de manteca, calientitos!” empujarían un carrito con armamentos camuflados.

Un carro de basura malogrado, cinco mecánicos que intentaban arreglarlo, con sus conos de peligro, el interior lleno de guerreras, camuflado en la cabina un lanzamisiles, solo como respaldo; no pensaban usarlo por el hacinamiento de la población. Los zutanvrios colocados como adornos. Los pequeños puñales escondidos en el

cabello. Dos, 4 x 4 desconectables, de última generación con lunas polarizadas, todo listo. El Achachi, muy activo y con la fe y la fuerza que da la esperanza, acompañado de dos guerreros, se encargó de las compras.

El Pelochó puso varios vigías, dos cuadradas antes de llegar a la casa. Se esmeró en su arreglo personal; daba vueltas como león enjaulado nervioso y supervisaba a las mujeres.

La mayoría de ellas estaban cabizbajas, con tristeza en los ojos, eso sí, bien arregladas. Las dos elegantes y poderosas 4x4 avanzaban lentamente; se fijan en que todos están en su lugar; las lunas polarizadas guardan los secretos.

Llegan al frontis de la casa; la primera que baja es Mig, con terno y lentes oscuros, muy elegante, con un maletín bastante abultado; tres guardaespaldas la custodian. Los guardas de Kusiquyllur y Killasisa son mujeres; ellos se asombran. Cada una tiene un *atuk* sobre sus hombros; son tan hermosos que atraen las miradas. El Pelochó sale de su asombro y las invita a pasar; trata de colocarse al lado de Mig; ella altiva lo ignora. En la sala abre el maletín; estaba lleno de euros, dólares y oro; ella sabía que esto lo impresionaría, gira en redondo y lo enfrenta, urgiéndolo:

—Necesitamos ver la mercancía, los negocios primero; esperemos que hayas recordado nuestro pedido y presentes algo que realmente valga la pena. Por favor, empieza de una vez.

Él Pelochó, tratando de ser amable, ordena traer licor. Ellas lo rechazan con una sonrisa y sacan una botella

bellamente decorada, que lo impresiona, que luce espectacular. Él Pelocho arquea una ceja, en una silenciosa pregunta; Killasisa le dice.

—Tienes que acostumbrarte, este trago es sui géneris.

Un tanto impresionado, y también desilusionado, ordena que traigan a las chicas. Las maqanakuy esperan que entre las que traigan se encuentren las hijas del achachi. Las mujeres reflejan sufrimiento en sus semblantes; saben que las están vendiendo. Mig ordena que se suban el cabello. Killasisa casi salta de alegría; una serrana muy guapa tiene los tres lunares en el cuello. Las comandantes hacen como si la examinaran; la separan del grupo. La mujer, sollozando, se arroja a los pies de Mig y le pide:

—¡No me lleves a mí solita, mamita linda, mi hermana y mis dos hijitas están aquí, no me separes de ellas, yo haré todo lo que ustedes ordenen, sin hacer problemas!

A las comandantes se les rompe el corazón; solo las detiene el temor que las otras Lunares no se encuentren con el Pelocho, que tal vez las hayan vendido a otras facciones. Mirando a la mujer que sigue arrodillada a los pies de Mig, le pregunta:

—¿Tus hijas y hermana tienen lunares como tú? ¿Son bonitas, tienen rasgos andinos?

La mujer asiente con la cabeza. Las guerreras siguen escogiendo mujeres. Mig lo piensa bien, y esboza una sonrisa entre coqueta e impaciente; le pregunta:

—¿Dónde las tienes, están aquí o en otro lugar? ¿Se van a demorar? Si no tienes inconvenientes, podemos

ir para allá. Queremos terminar el negocio, y para celebrar, ahora invitamos nosotras. Vamos al “Terra Nova”; y tú sabes que es exclusivo; ya reservamos mesa; si deseas, puedes llevar a toda tu gente, o a quien tú quieras.

Al hombre se le ilumina el rostro; jamás entró a un lugar tan exclusivo. Rápidamente hace una llamada; cuando termina, le contesta a Mig:

—No te preocupes, mamita, están en Lima, ya las traen.

—Tenemos que revisarlas, este lote va para Italia y hay que enviar lo mejor; por tu bien espero no tengan enfermedades. Con nosotros juegas limpio; hay mucho dinero de por medio.

La sonrisa de Mig se hace más enigmática e insinuante. Él, Pelochó, ansioso y nervioso, señala una mesa; se sientan; el hombre recobra confianza y las esperanzas. Acostumbradas a los ataques rápidos, las guerreras disimulan su nerviosismo; en cualquier momento las cosas se pueden complicar. Kusiquyllur abrió su maletín, el cual estaba sujeto a su mano por una cadena; con movimientos estudiados, muy lentamente pone sobre la mesa oro, piedras preciosas y dinero en efectivo. A Pelochó los ojos se le dilatan; nunca vio tal cantidad de riqueza junta, despertando en el hombre una ambición desmedida. Killasisa se dirige a Ninan:

—Doctor, las revisa, por favor.

Ninan y dos médicas revisan a las mujeres; aparentemente les toman pruebas. Llega una camioneta, entran a la cochera, bajan varias mujeres. Un Lunar reconoce a Dos Lunares; se abrazan llorando. Entra un pequeño

grupo de niñas; las hermanas, al reconocer a las gemelas, se abalanzan sobre las niñas. Las lunares adultas alzan la vista, implorándole a Mig:

—Ellas son mi hermana y mis dos hijitas. ¡Por piedad, señora, no les haga daño!

Ninan se acerca a Mig y le extiende un papel. Ella lo lee, inmediatamente le cambia la expresión del rostro, endurece la mirada y le dice al hombre:

—Todo lo que está en la mesa no es nada, en comparación de lo que podrías ganar con nosotros; se te advirtió que jugaras limpio. ¿Sabes que tres de ellas tienen sida? Es escandaloso el número de mujeres con sífilis; son diez. ¿De dónde las tres, o las fuiste a escoger de los basureros? ¿Las niñas también trabajan? Hay varias con ETS. Me imagino que voy a encontrar hasta VPH.

El Pelocho palidece, le expresión del rostro le cambia. Una mirada entre las dos comandantes bastó para comprenderse. Mig con impresionante velocidad, cae al suelo y corta los tendones del Pelocho. Killasisa de un salto le clava el pequeño puñal en la nuca; con un movimiento grotesco cae temblando al piso. Killasisa grita:

—¡¡¡No lo toquen, lo necesitamos vivo!!!

Los hombres no lo vieron venir, se quedaron atónitos, segundos aprovechados por las guerreras; las metralletas aparecen en sus manos como por arte de magia, los cuerpos se estremecen por los impactos, los zutanvrios surcan el aire, llevando su mensaje de muerte. Los *Atuk* parecieron cobrar vida; los tres con una fuerza descomunal emitieron aullidos. Las ondas sonoras viajaron

rápidamente por el subsuelo, llegaron hasta donde aguardaban los gorilas, con el varayoc y lanzamisiles.

El piso de la sala de la casa se abre con un sonido sordo, las guerreras emergen velozmente como hormigas del forado, disparando, pero los chalecos del Pelochó reaccionan y también disparan; la distancia era tan corta que el infierno estalla. Muchas se sacrifican; se lanzan hacia los hombres, abrazándolos y arrastrándolos con ellas hacia el fondo del mundo subterráneo.

Killasisa y Mig espalda con espalda, luchaban y se protegían. Los balazos traspasan los dos cuerpos; las dos sangran, pero están de pie. Kusiquyllur, Zugu y África corren a protegerlas con sus cuerpos. Kusiquyllur cae por dos balazos; Zugu da un giro y le clava su puñal en el pecho, al lugarteniente del Pelochó, da un salto sin soltar el puñal y con el peso de Zugu: este se desliza hasta el vientre. África llorando, disparaba; la atmósfera es densa, llena de humo y olor a sangre.

Ninan gritó como un loco, al ver la masacre quiere quedarse, pero al escuchar el grito de Killasisa ordenándole, sale disparado llevándose a las esclavas. Ellas, sin comprender, lloraban suplicando clemencia.

Ninan llega corriendo con las rescatadas. El corazón del Achachi da un vuelco, reconoce a sus hijas y las wawas, pero no tiene tiempo de abrazarlas. Huchilla ve el rostro angustiado de Ninan; ellos cruzan miradas, se comprenden; son dos hombres enamorados, desesperados, suben las esclavas al camión de la basura; este estaba parado estratégicamente en una tapa de red troncal de agua, que ya tenía un forado para escapar. El Achachi les dice:

—Romparamos un tubo de agua para despistar y evitar que nos sigan.

Rompen un tubo de agua y, sin darse cuenta, también el de aguas residuales; entre tanto ruido, la tierra se abre y salen los gorilas llevándose con ellos a las rescatadas. Aguas limpias y pestilentes inundan la calle, llenándola de ruidos. Ninan y Huchilla corren de regreso hacia la casa; el Achachi también lo hace detrás de ellos; parece haber recobrado los bríos de su juventud. Los tres entran a la casa. Las tres comandantes sangran por heridas abiertas. Huchilla da un grito aterrador; los tres, como fieras, se unen a la lucha. El achachi recibió dos disparos, pero parece no sentirlos. Ninan lanza un rugido, llamando a los gorilas; ellos surgen de la tierra. Kusi-quyllur señalando al Pelocho, ordena:

—Cuídenlos, los necesitamos vivos.

Los dos hombres que quedaban con vida, al ver que ellas los multiplicaban en cantidad, deciden rendirse. Los gorilas cargan a las guerreras heridas y muertas; los disparos a corta distancia fueron fatales. Entran al Kas-pacha Uray, disparan con el varayoc a los cimientos de la casa, derrumbándola y sellando la entrada.

BRUJO NINAN Y KILLASISA



Cap.38 La doctora Gine y todo el cuerpo de médicas de la clínica se movilizan atendiendo a las guerreras heridas. Ella se divide entre todas, dando órdenes y explicaciones.

Ninan estaba fuera de sí; no le permitieron acercarse a Killasisa. El semblante de Gine cambia al revisarla; él se da cuenta, un grito desgarrador lo sacude, entra en una crisis nerviosa. Lo sostienen entre cuatro guerreros; su fuerza es descomunal, y nadie pudo impedirle acercarse a la comandante. Gine ordena que le apliquen un calmante.

Inmediatamente tratan de contener la hemorragia; la prepararon para una intervención de emergencia, había perdido una cantidad considerable de líquido hemático; en esas circunstancias sería imposible una intervención quirúrgica, pero van por un milagro. Ella recobraba el conocimiento y lo volvía a perder a cada momento, comienza a presentar dificultad para respirar, su frecuencia cardiaca es lenta. El brujo, a pesar del calmante, no pierde la conciencia; ya no soporta, sale afuera y comienza a gritar:

—Padre Wiracocha si me diste la dicha de conocerla, no me la quites ahora; si te la llevas, yo también quiero irme con ella. ¡¡¡No sabría vivir solo, ella es todo lo que tengo!!!

¡¡¡Huaynaputina, tú que eres la madre de todas las guerreras, escucha mis súplicas, no me dejes solo, llévame a mí también!!!

La gravedad de Mig destrozaba por dentro a Huchilla; a pesar de su dolor, se acerca a Ninan; hermanados, se abrazan llorando. El estruendoso sonido de un illapa ensordece a todos; los pasos de muchos guerreros se escuchan, acercándose; la figura de Wiracocha se vislum-

bra en el horizonte, Huaynaputina comienza a materializarse, camina delante de: Chunka, Isqun y Pusaq; detrás de ellas, legiones de espíritus guerreros. La madre de todas las guerreras, le sonrió a Ninan, le extendió las manos y señaló hacia lo profundo del Kaspacha Uray. Él comprende que llegó el tiempo de Killasisa y el suyo. Gine, en un gesto de lealtad, se planta delante de Ninan y, con voz ronca, rota por la emoción, le hace un juramento:

—Ve en paz, Ninan, tu lugar está al lado de ella. Yo nunca las dejaré solas; aprendí a amarlas, abrazar su causa como mía. Es mi promesa, estaré acompañándolas hasta el final de mis días, junto a las Apu Supay; confía en mí, hermano.

Ninan se lo agradece, sellando con un abrazo su promesa. Enseguida vendan a Killasisa, preparándola para su viaje. Mig y Kusiquyllur quieren acompañarlo, pero el estado de las comandantes es de cuidado; Huchilla lo acompañaría.

Él Achachi en su gravedad gritaba:

—¡¡¡Tres, Dos, Un Lunar, ¡¡¡hijaaas!!! ¡¡¡Dónde están mis hijas!!!

Gine les dice a las guerreras:

—Búsqenlas y que vengan; no hay nada que se pueda hacer por él, no le queda mucho tiempo, que se despidan.

Las hijas del Achachi están confundidas; el miedo a que las separen era muy grande; se aprietan entre ellas, las conducen ante el padre. El asombro es muy grande cuando lo reconocen; sollozando y gritando, se abalanzan sobre el achachi. Hasta el corazón más fuerte se conmovió. Una tierna sonrisa se dibujó en el rostro del

Achachi. Con mucha dificultad, en su último hálito de vida, pronuncia unas palabras antes de expirar:

—Gracias, padre Wiracocha, por devolverme a mis hijas, libres de esos desgraciados. No lloren, mis wawas, desde hoy comienza una nueva vida para ustedes; me voy feliz. Tienen mucho que hacer para agradecer por su libertad. Se unirán a las Apu Supay para guiarlas por las calles de Lima. Un lunar, tú y tus hermanas, se quedarán para siempre en el mundo místico de los espíritus andinos. Serán guerreras en el Kaspacha Uray.

Con el rostro sereno y una expresión de paz, los ojos del achachi se fueron apagando; su corazón se fue tranquilo. Los gritos desesperados de las lunares, se escucharon rompiendo el silencio:

—¡¡¡Tayta, taytaaaaa... Taytito lindo, no nos dejes, taytaaaaaaaa!!!

Los gritos despiertan a Kusiquyllur; no puede contener sus emociones y, con un hilo de voz, les pide a dos guerreras que la sostengan para subir a un promontorio. Gine retrocede angustiada, le advierte que sus heridas eran de gravedad y podría ser su final. Vuelve a repetir la orden; la voz de la comandante no dejó lugar a dudas. Las guerreras con sumo cuidado la acomodan en una camilla; ella mira al cielo, sus lágrimas corren libremente, uniéndose a la Pachamama. Con sumo cuidado la transportaron; pide la dejen sola en lo alto de un apu; ellas se quedaron a una prudente distancia. Vieron como de las entrañas de la tierra surgieron plantas; estas se enroscan en su cuerpo, la envuelven, cuidándola; una cálida voz la consuela, cae en un sueño profundo, donde ve a sus hermanas correr por verdes praderas.

Una a una las guerreras se agrupan en las faldas del promontorio; temen perder a Kusiquyllur. Ella es la última de la primera generación de comandantes, de las Apu

Supay. Pasan las horas y Kusiquyllur no da señales de vida. Las piras funerarias están listas, también la comitiva que llevará a Killasisa a su refugio final. Muy débil e inconsciente, pero milagrosamente sigue viva. Todas las guerreras se reúnen y discuten subir a la cima para ver qué pasó con la comandante; se abrazan llorando, deciden que esperarán hasta las primeras horas del día siguiente.

Aún no despuntaba el día. Las poderosas plantas elevan a la comandante Kusiquyllur, la depositan suavemente de pie, se repliegan, liberando su cuerpo. Su rostro refleja mucha paz; un halo muy radiante la rodea. Pregunta por Mig, le señalan una cabaña, se dirige hacia allá; cuando la ve, posa su mano en la frente y le dice:

—Aún no es tu momento, valerosa Comandante, levántate, hay mucho por hacer, nuestras hermanas nos esperan.

Gine y las médicas la miraron asombradas; horas sin dormir, creyeron que se trataba de una alucinación colectiva. Ella extiende las manos; la fuerza de la naturaleza recorre los cuerpos, el milagro de la vida se produce.

Las guerreras que montaron guardia a los pies de los apus despiertan y deciden ir a la cima de la colina; su sorpresa fue mayor: la Comandante no estaba. Corren asustadas, y casi se dan de bruces con Kusiquyllur. Ella daba órdenes. Prepararon las piras funerarias, pero en el último momento deciden unir los cuerpos a la Pachamama.

Inician las ceremonias fúnebres, preparan el viaje de Killasisa. A cada minuto la vida escapaba de su cuerpo. Kusiquyllur se acerca, posa las manos en el pecho de

Killasisa; el dolor desgarró su corazón, contiene las lágrimas, levanta la voz:

—Ya no sufras, ve en paz, hermana mía, viviste como guerrera, y te fuiste como tal, caíste en batalla, como querías, con honor y gloria. Le dices a Huaynaputina que me espere; yo iré después.

Zugu, África y el clan Fuego los acompañarán. Ninan mira al cielo, posa sus manos sobre la tierra y pide con mucho fervor:

—¡¡¡Padre, muéstranos el camino más corto, para que tu hija pueda llegar con vida; no permitas que su espíritu escape antes de llegar a su morada final!!!

Se escuchan sonidos como de piedras, chocando violentamente entre ellas; la tierra se abre, una potente luz azul sale iluminándolo todo. Desde el fondo de la tierra emerge una piedra; una pequeña plataforma fue elevándose lentamente, flota en el centro de la abertura, llega hasta los pies de Ninan que sostiene entre sus brazos el cuerpo de su esposa. Kusiquyllur llama con las manos a las guerreras; todas corren, se arremolinan, formando un círculo, se abrazan.

Kusiquyllur miró fijamente a Ninan y le dice con los ojos velados por las emociones:

—El padre Wiracocha te escuchó, el honor es para los dos. ¡Ve, hermano, gracias por dejar tus enseñanzas, no esperes, nosotras iremos después!

Ninan levanta suavemente a Killasisa, muy despacio sube a la piedra, mira detenidamente a todas despidiéndose. La piedra gira lentamente, elevándose sobre sus

cabezas, se coloca en el centro de la abertura y comienza el descenso. Los dos Zutanvrios en sus espaldas se despiden de las guerreras, emitiendo una potente luz roja, imitando el palpitar de sus corazones. Ninan esboza una última sonrisa. Las dos figuras se hunden en el seno de la Pachamama y desaparecen de la vista. La abertura en la tierra comienza a cerrarse. Las Apu Supay gritan:

¡¡¡APU SUPAY, APU SUPAY, APU SUPAY!!!

¡¡¡Tupananchiskama Curaca Killasisa!!!

¡¡¡Hasta que la vida nos vuelva a encontrar, Comandante Killasisa!!!

GORILAS PUÑOS



Cap. 39. El Pelocho y dos de cómplices estaban confinados en una sección del mundo subterráneo. La comandante Kusiquyllur entra con un látigo en la mano; los tres la miraron con extrañeza, ya que no tenían contacto con las guerreras; los alimentaban, en silencio. La comandante apoyó la espalda entre las piedras, comenzó a mirarlos uno por uno; el silencio fue muy incómodo y pesado. Ellos comenzaron a ponerse nerviosos, discuten entre ellos echándose la culpa, unos a otros; al ver que la comandante no les respondía, se callaron.

Después de una eternidad de tiempo, la comandante llama a Mig y le da una orden que los hombres no entendieron. Ella sale y regresa con un grupo de Puños, raza de gorilas enanos, muy belicosos. Estos, al entrar, husmean el aire, hacen contacto visual con los hombres, comienzan a gruñir, enseñando los agudos colmillos, que parecían estiletes, los palpan, se pasan la lengua por los labios. Ellos se asustan tanto que comienzan a suplicar llenos de miedo. Kusiquyllur se despega de la pared y, con una sonrisa en los labios, pregunta:

—¿Me van a decir los nombres de todos los jefes, contactos y los lugares donde explotan a las mujeres? Aaah me olvidaba, ¿de las wawas también? Ustedes eligen, ¿que prefieren?

Kusiquyllur comenzó a contar en quechua, daba pasitos cortitos y de vez en cuando daba saltitos. ¡Parecía como una especie de juego! Cuando llega a Pishqa Pachak se detiene.

—Yo me cansé de ser amable y esperar que ustedes hablen. Les preparé algo muy especial, digno de ustedes.

Les cuento un secreto: ellos son carnívoros; “los alimentamos con carne humana”. Lo malo es que no son carroñeros; les gusta la carne fresca, los van a mantener vivos para comérselos por pedazos, ah, y están con hambre.

Presos del terror, claro que hablaron. Kusiquyllur envió chasquis a los cuatro suyus; las órdenes eran que les enviaran refuerzos. Ambiciosamente, pensaban atacar varios búnkers de pederastas a la misma vez. No querían que ellos sospecharan; corrían el riesgo de que se ocultaran o desaparecieran a las víctimas, para borrar huellas. Sería mejor que pensarán que el ataque al Pe-locho fue un ajuste de cuentas y no un rescate. Otro grupo partió a Puno a pedir apoyo a Delpino, Colquehuanca y Pérez; tal vez los necesitarían.

Las lunares mayores se unieron a los entrenamientos; ellas traían consigo el arte andino ancestral del chukinqa, casi desaparecido, que consistía en el lanzamiento con arco de tres flechas a la vez. Fueron de mucha ayuda, por su conocimiento de las calles, acostumbradas a moverse en la selva de cemento que era la capital del Perú. No quedaba tiempo para descansar. Las pequeñas Un Lunares se unen al clan de los fuegos andinos; ellos las recibieron felices, muy interesados en el arte del Chukinqa. Inmediatamente elaboran arcos y flechas para practicar.

EL MUNDO SUBTERRÁNEO



Cap.40 Con ayuda de las Lunares, comienzan a elaborar un mapa de la capital, Lima. Planean liberar a los niños mendigos. Purmakana pide permiso para hablar con Mig; deseaba participar con su clan en el próximo rescate de los niños de la calle. Mig se queda pensando; los niños con acondroplasia, por ser pequeños, pasarían desapercibidos. Los gorilas y los fuegos andinos atraerían enormemente la atención; si los veían, se armaría un escándalo, dada la rareza de las razas; intentarían cazarlos, por codicia, pensando en el dinero que podrían recibir por venderlos; la ciencia intentaría estudiarlos. Y sin contar con el miedo a lo desconocido, ya que los pensaban animales salvajes. Todo actuaría en contra de ellos.

Su intervención tendría que ser muy limitada; Mig promete pensarlo. Comenzaron los reparativos: coordinación, logística en general, los ataques sincronizados a varios búnkeres, el mismo día. Las Lunares encargadas de las ubicaciones y guías.

Pasan cuatro lunas, llegaron: Delpino, Colquehuanca y Pérez, ellos aún no salían de su asombro; ni en su más afiebrada imaginación concibieron un mundo subterráneo, vivían en una sociedad desarrollada, modernizada y adelantada. Casi se desmayan cuando conocieron a los gorilas. Su inteligencia los dejó sin palabras: los fuegos, seres increíbles, una mixtura increíble de razas híbridas, todo les tembló de miedo. Cuestionaron todo lo que sabían del mundo andino, lo que les enseñaron en las escuelas, y no se parecía en nada. El modelo del sistema alimentario sostenible. Las comidas fueron lo más desastroso para ellos, acostumbrados a los productos cárnicos. El primer sentimiento de ellos fue salir corriendo; Kusiquyllur se ríe mirando su desconcierto, se

planta delante de los tres, ríe y movió la cabeza. Con intensa mirada, que traspasó sus mismas almas, y voz calma les advierte:

—Muy tarde para ustedes, ya no pueden retroceder, han tenido el privilegio de conocer el Kaspacha Uray, el sagrado mundo subterráneo. Este es el lugar donde mora nuestro padre Wiracocha y los espíritus protectores que nos guían y cuidan. También tienen que saber que, de por vida, están ligados a nosotras.

» Lo más importante, no perdonamos las traiciones. Demás está decirles que, si cometen alguna infidencia con respecto a nosotras, sería su final. Jamás podrán hablar de nuestro mundo andino y todo lo que vive dentro de él. Desde el día de hoy tendrán que proteger con su propia vida nuestro secreto. Ustedes serán nuestra conexión, ojos y oídos con el mundo exterior, en el Hanan Pacha.

Ellos se recomponen e integraron a los entrenamientos, pero, de los tres, Delpino fue el que más sufrió. Los dos policías aportaron técnicas de ataque, estrategia, organización, seguimiento para descubrir debilidades, sabotear sus fortalezas, defensa, camuflaje. Ataque de flancos en movimiento, atacar y dividir. Logística: Mapas, ubicaciones y otros.

Se discutió mucho sobre si utilizar o no a los niños con albinismo o acondroplasia; eran tan bellos que, si los capturaban, no dudarían en esclavizarlos. Muchos de ellos no eran tan niños. Purmacana reunió a su clan, les advirtió del peligro y los dejó decidir por ellos mismos. Sesenta lunas de arduo entrenamiento y preparación dieron resultados.

Kusiquyllur envía un mensajero; desea hablar con el jefe supremo del mundo subterráneo. En tres días, Wari se presenta muy temprano con Naky Naga, Tanky, Sukay y Temi. Después de reír, bailar, tocar música y compartir el almuerzo, las comandantes se reúnen con Wari, le exponen su plan; Wari muy tranquilo las escuchó. A pesar de tener conocimiento, agradece el respeto de las guerreras al consultarlo. El jefe del Kaspacha Uray la mira directamente a los ojos, no habla, él da unas vueltas, vuelve a mirarla fijamente y da su consentimiento.

La comandante ordena empezar la ceremonia del pago a la Pachamama. Se preparan las ofrendas; despuntaba el alba. Wari presidió; las sagradas ceremonias dieron comienzo con los juramentos de sangre; todas las guerreras y guerreros del mundo subterráneo ofrendaron una gota de sangre, ratificaron los juramentos de fidelidad, son profundamente espirituales. Al juramento se unieron los policías y Delpino. Wari con un porte marcial, observaba todo. Tanky y sus hermanas se aproximan, portando escapularios de *sueño dulce*. Todas las guerreras que no lo portaban se acercaron a recibirlos. Ellas sabían que muchas no regresarían.

Pérez y Delpino vacilan; Colquehuanca les dice:

—No hay que hacernos los cojudos, nosotros estamos viejos, nadie nos trajo a la fuerza, no podemos echarnos para atrás, sabíamos de los riesgos que corríamos; además, ya estamos dentro del baile.

Colquehuanca dio los primeros pasos, y lo siguieron Pérez y Delpino. En los Andes peruanos las ceremonias son mucho más que rituales, son espirituales, espacios de conexión con la Madre Tierra y los Espíritus de las

Montañas, son portales hacia la expansión de la consciencia y el encuentro con nuestra verdadera raíz. Nos permiten ser agradecidos, crear una conexión desde lo más profundo de nuestro ser con las fuerzas de la naturaleza.

Terminada la ceremonia, se escuchan los rugidos de los gorilas celebrando; estos son replicados por todas las guerreras. Los apus tiemblan, remeciendo la tierra; en el horizonte, se dibuja el gran arco iris. Antesala de la presencia del padre Wiracocha. Se escuchan los pasos de batallones; Huaynaputina, Killasisa y sus guerreras convertidas en espíritus vienen delante de todos los batallones. Todas hincaron una rodilla al suelo, en señal de respeto; los tres se quedan congelados, sin saber qué hacer. Colquehuanca le da un codazo a Pérez; este a su vez, a Delpino; los tres reaccionaron y se arrodillaron.

BAMBOO Y HAKU



cap.41 Tres niñas entre ocho y diez años, de aspecto familiar y harapientas, corrían entre los carros, vendiendo caramelos; mendigaban largas horas en las calles. A unos metros de ellas, un hombre con rostro cadavérico, con un bebé en los brazos, las esperaba. Tenía un cartel, entre las piernas, que decía estar muy enfermo, padecer cáncer de páncreas, ser viudo. No podía trabajar por su enfermedad y las niñas eran sus hijas. Un cuadro muy doloroso; la ayuda les llegaba a raudales.

Esta era una escena que se repetía, de una u otra forma, a lo largo de la avenida “Bamboo”; esta era de doble vía, muy comercial y transitada. Lo cierto era que pertenecían a una red de esclavitud, que se dedicaban a la mendicidad; los niños eran producto de secuestros o malos padres que explotaban a sus hijos, alquilándolos por horas. Los bebés costaban más, muchos de ellos con daños neurológicos por las drogas que les suministraban para mantenerlos dormidos casi todo el día, y severos daños por desnutrición. Otro grupo de niños se acercaba a los vehículos, fingían vender caramelos, pero en realidad lo que vendían eran drogas de todo tipo, hasta las más peligrosas llamadas “Cocodrilo, fentanilo”. Los más hermosos eran explotados sexualmente.

Los policías y Delpino están a cargo de la comunicación, proveídos de poderosos radios y celulares de largo alcance. Coordinaban información. Se aceptó la participación limitada del clan Fuegos Andinos. Un grupo de obreros vestidos con uniformes de mantenimiento, cargando sus herramientas, se desplazaba a lo largo de la avenida Bamboo; simulaban cavar la tierra y cortar la hierba del jardín. Algunos carritos de hamburguesas, otros de perros calientes y uno de patitas de pollo a la parrilla.

Todos con armamentos camuflados. África con dos niños con acondroplasia de la mano, y sendas mochilas en la espalda, piden limosna. Zugu con algunos de los niños con al-

binismo, que intentan vender chicles y caramelos con taleguitas cruzadas en el pecho. Varios hombres las observan. Uno de ellos se le acerca a Zugu, observando las raras características de los niños. Estos se asustaron y se agarran de su faldón. El hombre la tomó violentamente del cabello, zarrandeándola. Le apunta en la cabeza con una semiautomática; golpeándose el pecho, le grita en la cara:

—Oee, choncha de tu madre, yo soy el “Ojón”, taita de la avenida Bamboo; aquí nadie vende “merca” sin mi permiso. ¿Me entendiste? ¿Te quieres morir, puta de mierda? Todos tienen que colaborar, son ciento cincuenta soles diarios, ¿capisci? ¿O quieres clientes? Yo te pongo clientes pá ti y también pá ellos; claro que los “ñá ñá” van a ganar más billuyo que tú, “son tiernitos”, jajajajajaja...

Ella baja la cabeza con sumisión, aparentemente intimidada; el hombre le daba pequeños golpes a la cabeza, con los nudillos de los dedos. Los niños se escondieron detrás de ella, asustados y llorando. La guerrera con movimientos casi imposibles de ver le asesta el mortal y silencioso golpe “Sueño de Ángel” en el cuello; con los dedos índice, medio y el dedo gordo, golpea y retuerce la yugular. El hombre se queda quieto, y se va derrumbando lentamente. Sin emitir un solo quejido, Zugu lo sostiene y lo sienta en el piso. Sin saberlo, había eliminado al brazo derecho de la banda “Los Bamboo”. El celular del hombre timbra; nadie responde. Tres hombres se dirigen hacia donde él estaba. Zugu pone cara de inocente y les dice:

—El señor se desmayó.

África levanta las manos; era la señal para atacar. Las guerreras buscan ubicación, pero hay muchos peatones y vendedores; saben que, si usan armas de fuego, pueden herir a inocentes. Los Zutanvrios surcan los aires a tal velocidad que los hombres no se dan cuenta que están muertos; los ce-

rebros aún les transmitían órdenes a sus pies; ellos aún intentaban caminar. Suenan disparos, la gente grita, todas se tiran al suelo, rampando.

Delpino y los dos policías se encargaron del alquiler de un local, en el distrito de Haku. Al lado de un elegante estudio de fotografía, que contrataba modelos, con altos salarios, para publicidad y modelar en el extranjero. Esta empresa no era más que una fachada; se dedicaban a traficar personas; la condición era que fueran jóvenes y hermosas; enviaban adultos y niños al extranjero.

Mig y Kusiquyllur daban vueltas en el lugar, sin lograr prender el equipo de sonido. Un Lunar se acerca y les dice con mucho respeto a las comandantes:

—Permiso, mi Comandante, yo puedo enseñarle a prenderlo. Mig asiente; la música invade toda la casa, simulan estar probando los equipos para una discoteca. Unas cuantas guerreras bailan y hacen bulla. Los sonidos solo eran para amortiguar el ruido que harían los gorilas para abrir un forado. El piso cede. Las guerreras emergen, cargando armamentos, todos preparados. En silencio se desplazan y se comunican con lenguaje de señas; Kusiquyllur con un gesto da la orden. Apuntan el varayoc y disparan, abren un forado en la pared. Las guerreras, saben de la ferocidad de los delincuentes y que cuentan con armamentos modernos, aprovechan la sorpresa, arremeten con todo; las armas parecen que hablaran, las obedecen, los zutanvrios cumplen órdenes, cruzan los aires, buscan los cuellos, se hunden y salen; los hombres caen sin poder emitir un gemido.

“Los Camisas Negras” reaccionan; el salón se llena de un humo blanco, denso, olor a pólvora, pica la garganta, sangre y gritos. Estaban en el distrito de Haku, y debían evitar los combates con armas de fuego. Los disparos tenían que ser precisos y directos; no querían dejar heridos. Las bandas que tenían poder económico no tardarían en volver a reorganizarse; debían evitarlo a toda costa. Al pie de las escaleras del

edificio, en el rellano de entrada al sótano, un grupo de chicas charlaban alegremente. Camuflada entre los maceteros, Dos Lunares se encontraba acurrucada en el hueco de la escalera; su arco triple apuntaba, con excelente posición de tiro; estaba esperando el momento de atacar; no permitirían que huyeran ninguno. Era su momento de cobrar todos los sufrimientos. Se atrevieron a tocarlas, les hicieron daño a las pequeñas Tres Lunares. Su corazón dio un vuelco doloroso, lágrimas de rabia y coraje asoman en sus ojos, respiró hondo y se acomodó en su posición.

Se escuchan pasos precipitados en las escaleras. Dos Lunares alerta, apenas vio a los delincuentes, dio un salto girando en el aire, anticipándose a sus compañeras, y disparó; las flechas parecían tener vida propia. Uno de los hombres detiene su carrera, se miró incrédulo el estómago; el otro tenía una flecha clavada en la espalda y salía por el cuello, cae rodando por las escaleras; al tercero la flecha se le clavó en el ojo. Los escondieron debajo de las escaleras.

Dos Lunares ya había repuesto las flechas y, subiendo los escalones, casi volando en el aire, se unió a las guerreras del primer piso. De un vistazo se da cuenta de la situación, se tira al suelo y dispara sus flechas, logrando que las Apu Supay tomaran ventaja; velozmente las repone y apunta. Las guerreras se dan cuenta que estaba perdiendo contacto con la realidad; la abrazan sosteniéndola, hasta que su crisis pasa. Comienza a llorar lastimeramente; la llevaron al mundo subterráneo, ella se detiene, jura no volver a perder la calma, suplicó, la dejen participar, le conceden el derecho de combatir.

BATALLA DE AÑAY



Cap.42 Con antelación, Colquehuanca, Pérez y Delpino hicieron un buen arreglo monetario con los dueños de una casa, por el alquiler o daños a la propiedad. El trabajo de ellos era de apoyo total, era tan delicado que tenían que permanecer soterrados. Colquehuanca y Pérez eran sus ojos y oídos dentro de la policía, información de lugares donde se ejercía la esclavitud. Ellas actuaban donde la policía no podía por los engorrosos trámites legales, pura burocracia. Delpino, la parte legal, compras, la conexión con todo lo último en tecnología moderna.

En el distrito de Añay el día era soleado y un cielo límpido de nubes. Una combi se desplaza por la avenida “Los Solecitos de Añay”. Dentro del vehículo, un grupo de personas muy alegres con disfraces de muñecos, ollas de comidas, tortas y una banda musical. Se acercan a una casa; la banda comienza a tocar. Entre risas y algarabía, un grupo de chicas, sonrientes, torta en mano, bajaron del vehículo, comenzaron a cantar a gritos, dando una escandalosa serenata a un cumpleaños.

¡Feliz cumple, tía Rosita, gracias por alegrarnos todo el año con tus risas y buen humor! ¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz a la estrella de la casa! ¡Te queremos hasta la luna y más allá!

La tía Rosita abre la puerta para recibir a las personas. Las guerreras apenas trasponen el umbral de la puerta, sacan sus armas; las francotiradoras rápidamente subieron al techo, se tiran al piso, se impulsan con los codos, cuidando de no ser vistas, se acomodan, ensamblando

y montando sus armas. Y la banda sigue tocando alegres melodías selváticas.

Se dan cuenta que ellos también tenían vigías en la azotea; estaba previsto. Con las armas ya preparadas, esperan el momento. Una chica muy exuberante y exhibicionista acomoda unas plantas en la azotea, todo un deleite para los ojos.

Unos hombres mal encarados cuidaban la puerta vecina; descaradamente mostraban sus armas. Unas chicas salen de la fiesta, se fijan en ellos, sonrientes se les acercan. Los hombres las miran con codicia, mujeres jóvenes, muy hermosas. La comandante Turi les dice con dulzura:

—Todos están invitados, es cumpleaños de mi tía Rosita y le dimos una sorpresa, tenemos música, comida y traguitos. Vénganse para acá, a bailar un poco, jajajajajaja...

Los hombres ríen y dicen que no pueden, que están trabajando; ellas insisten.

—¿No pueden ir? Nosotros podemos traerles unas agüitas si desean, jijijijiji...

Sin esperar respuesta, entran a la casa y sacan unas pequeñas latas de cerveza; se las ofrecen; ellos dudan, después piensan: “¿Qué puede pasar si son pequeñas?”, abren las latas y beben. La conversación se torna amena; al pequeño grupo, los comienza a invadir la euforia; ellos no lo notan, todo es divertido. Después, siguen a las guerreras ignorando las llamadas de sus radios, los apagan y comienzan a divertirse. Las guerreras saben que los hombres ya no son una amenaza, y

cuando se queden dormidos, no despertarán; les dieron una mezcla del letal “sueño dulce”.

En la azotea, las francotiradoras en posición de tiro afinan la puntería. Los supresores de cañón harían que el sonido de los disparos se escuchara apagado. La comandante Mig da la orden de atacar. El primer hombre se quedó en el mismo lugar donde estaba sentado; sin un gemido, no sangraba, el segundo hombre se agachó a recoger algo del piso; el impacto lo dejó en una posición grotesca. Las guerreras se movían agazapadas, entre las plantas y en silencio. El tercer hombre se extrañó al ver a su compañero en el suelo, en una posición inusual; intrigado, lo llamó. Al no obtener respuesta, se acerca, se inclina; una bala le destroza la cabeza.

Las guerreras corren con una tabla, la utilizan como puente, cargando sus armamentos; las Apus Supay comienzan a saltar hacia la azotea contigua, siempre desplazándose a ras del piso, buscan parapetos y ángulos de tiro. Las francotiradoras cubren las escaleras; se perfilan las figuras de dos hombres, con termos y tomando alguna bebida en vasitos descartables. Un poco distraídos conversan; los disparos suenan apagados, las guerreras ruedan velozmente, sostienen a los hombres evitando que en la casa escuchen el sonido de los cuerpos al caer al suelo; los rematan.

Se preparan para el abordaje, bajan las escaleras, avanzan pegadas a las paredes y el piso. Con el factor sorpresa a su favor, entran a una habitación; varios hombres sentados en una mesa cenan. Al notar la presencia de ellas, intentan llevar las manos a las armas; las maqanakuy abren fuego, abatieron a tres de ellos, apartan

las manos de las armas, les ordenan tirarse al piso, encañonan al resto. Uno de los hombres les preguntó:

—¿Quiénes chuchas son ustedes? ¿Qué huevada es esta, qué mierda quieren? ¿Quieren billete? Mil putas que las parieron.

La comandante Mig responde:

—Ja, ja, ja... ¿Quiénes somos? Podemos ser tu final, eso depende de ti. Y no, no queremos dinero, no se les ocurra hacer nada, buscamos al “Nene”, pero creo que ya lo encontré.

«¡Ay, Nenito! ¡Qué mala suerte la tuya! No, no somos policías, así que, si intentan hacer algo o tan solo respirar, los matamos, ¿entendieron? ¡Haaaa! Y no busques a tus hombres; ya no están. Tienes un minuto para decirme dónde está el búnker de tu hermanito, el más chiquito. “El Hermano Cherresco”, jejejeje...

Llega la comandante Mig, y de un vistazo se da cuenta que las Apus Supay tenían ventaja, y sonrío. Las guerreras les apuntan a la cabeza con las armas rastrilladas. La comandante Kusiquyllur pasea de un lado a otro, mirando a los hombres; en una milésima de segundo salta en el aire y cae en el estómago del Nene. Las costillas le crujen. El hombre se quedó sin aire, con un gesto doloroso dibujado en el rostro; se desmaya, ordena que traigan agua, se la arrojan al rostro; recobra la conciencia, la mira, ella ríe, le pisa el cuello y le vuelve a preguntar:

—¿Fue suficiente o te falta más?

En ese momento entra una llamada; la comandante lo mira, le quita el seguro a su arma, presiona el cañón

contra la mejilla del Nene, saca el celular del bolsillo del hombre y lee en la pantalla “Hermano Cherresco”. Una gran sonrisa se dibuja en su rostro, y le dice:

—Ya no vamos a tener que buscarlo, es tu hermanito, le dices que venga. Contesta, y mucho cuidado con lo que hablas: si respiras, o le dices algo que no me gusta, te mato. No hemos venido por ti, es por él, pero ya que estás aquí, no vamos a desaprovechar la ocasión. Le dices que lo esperas aquí.

Al ver por respuesta la fiera mirada del hombre, la comandante, de un culatazo, le abre la mejilla, le pone el pie en el pecho y presiona; un gemido doloroso escapa de su garganta, tiene varias costillas rotas. El Nene contesta penosamente:

—Hello, Cherresco.

—¡Brother, llegaron las Zorritas, hay ñañitas, tan ricoootas, mi brother! ¡Tan de primera, y de ley su bautizo, jajajajajajaja!

—Sí, te espero, mano.

Mig apaga el celular, lo aplasta en el suelo y, levantando la voz, les dice a todos:

Quiero que me den un solo motivo, y los matamos: ¿entendieron?

Con el camino despejado, la comandante levanta la mano; avanzan hacia un gran salón. Uno de los hombres, parapetado detrás de un mueble, dispara; una guerrera cae con un tiro en el hombro; otras, a pesar de recibir los impactos, se mantienen en pie. Las Apus Supay reaccionan acribillándolo a balazos. Arreglan lo más que pueden el salón; traen algunos de los hombres;

estos tratan de atacarlas, y no les queda más que inutilizarlos con el sueño del ángel; los arrastran hacia el salón, a dos de ellos les bajan los pantalones, a otros les vacían botellas de licor encima para simular una orgía.

Con una gran sonrisa en los labios, llega el Hermano Cherresco; lo primero que ven sus ojos es al Nene con los pantalones abajo y una mujer sentada encima, cubriéndole la cara; más allá, otro, también con los pantalones abajo, le parece un tanto extraño, pero su hermano siempre hacía locuras. Ordena que cuadren, de retroceso; las pequeñas furgonetas, casi cubriendo la puerta, bajan unos cinco hombres para ayudar a descargar cajas de tamaño regular.

En la casa del costado la fiesta se incrementa, los dos guardaespaldas,

Salen riendo a carcajadas, descontrolados, sudando copiosamente; llevan dos chicas casi cargadas. El Hermano Cherresco los mira y dice:

—¡Estos choncha de sus madres, se pasaron de vuelo!
¡Ese Nene también está medio huevón!

Da la vuelta, entra a la casa, al ver el espectáculo ríe y gritando:

—Oee, huevón, ya ta gueno, ¿no te parece? ¿No te hagas el muy chero, qué mierda te crees? La merca está afuera, vamos a descargarla.

Al no obtener respuesta, se dirige hacia su hermano, estira la mano para jalar a la guerrera; antes de alcanzarla, ella ágilmente salta, con una pequeña metralleta en sus manos, dos tiros lo dejan quieto, parado en el lugar. El

resto de la banda reacciona; de ambos lados hay tiroteos y bajas. Las guerreras tenían ventaja; los abaten.

Kusiquyllur emitió un rugido, de triunfo, que se replicó en los tres distritos, causando temor entre los residentes que escucharon; parecían salir del fondo de la tierra las personas; no entendían qué pasaba. Con mucho cuidado cargaron a sus guerreras heridas. También con los cuerpos de las fallecidas. El costo fue de cinco guerreras fallecidas, siete heridas de cuidado, varias leves. Y los integrantes de las bandas aniquilados.

La información que les llegó a la policía era que fue un enfrentamiento entre bandas. Se encogieron de hombros. Pero, ante las insistentes llamadas de las personas, comienzan a llegar policías y bomberos.

SELLAN LAS ENTRADAS



Cap.43 La tierra se abrió, con un estruendo, en varios lugares. Los peques del clan fuego emergieron; estaban a cargo de los rescates de todos los niños mendigantes, adultos explotados de alguna forma o manera. Los Fuegos Andinos ya son un clan con muchos guerreritos; los peques cuentan con tres batallones. Se dividieron entre los tres distritos; ellos saben que tienen que ser muy rápidos, antes que lleguen los policías.

Los fuegos se desplazan raudos, totalmente coordinados. Algunos de los rescatados, un tanto asustados, oponen resistencia; los peques pusieron en práctica las técnicas de rescate que Pérez y Colquehuanca les habían enseñado. Se hunden en el Kaspacha Uray, llevando consigo a las personas liberadas; después los reúnen, como siempre les dan a escoger, muestran el camino a los que se van y cierran las entradas.

Consientes que están en la costa, y que todas las fuerzas del orden y delincuentes cuentan con muchas tecnologías, maquinarias inteligentes, como para buscarlas hasta debajo de la tierra. Las comandantes se reúnen para decidir la mejor manera de sellar las entradas y ocultar la existencia de las colosales riquezas, guardadas dentro del vientre del mundo andino, subterráneo. Al descubrir las piedras preciosas y el oro, se desataría un infierno de ambiciones, un pozo oscuro sin final. La flora y fauna desconocida sería motivo de estudios, depredada hasta desaparecerlos.

Colquehuanca, Pérez y Delpino fueron al distrito de Amaru Inca Yupanqui, suben los apus hasta llegar a las ruinas, miran desorientados sin saber dónde buscar. Sin darse cuenta, las Lunares los rodean. Sorprendidos y un poco asustados, les dicen que quieren hablar con Kusi-quyllur; los conducen. Ante sus ojos, majestuosos escalones dorados, escondidos, subterráneos. Esplendorosas riquezas jamás vistas por ellos; no sabían si estaban soñando, se miran entre ellos.

Delpino apoya la mano, se desprende una gran pepita de oro, se asusta y se aleja. Siguen su camino, pero las sorpresas no terminaban; se encuentran con salones abovedados; el techo, tachonado de piedras preciosas, en un juego insólito de colores emitían brillos iluminando el camino. Las bellas y raras especies de mariposas con cuerpos de mujeres. Ellos ya no sabían distinguir la realidad de la fantasía. La imponente presencia de Wari los dejó casi en conmoción; atemorizados se replegaron, en un rincón. El jefe del Kaspacha Uray pasó al lado de ellos con pasos largos y elegantes; Colquehuanca dice:

—Somos hombres y policías, tenemos bien puestos lo que las gallinas ponen, nada tiene que afectarnos, no estamos drogados, esto es real.

Los tres se recomponen, yerguen el cuerpo, posición de saludo. Ven a Wari intercambiar palabras y gestos con las guerreras. De nuevo el asombro: las guerreras ya emitían gruñidos, comunicándose con el jefe del mundo subterráneo. Una gran comitiva se pone en marcha; los invitan a seguirlos, se les advirtió que no se quedaran atrás, se perderían y no podrían salir vivos, sería su muerte.

Camino laberíntico, bifurcado que producía vértigos, llegaron a los distritos. Wari el poderoso jefe del Kaspacha Uray, los gorilas y sus familias, unen sus manos; las posaron en la tierra. Las guerreras los imitaron. La comandante Kusiquyllur y Wari se dan las manos y comienzan a invocar al padre Wiracocha. Pidieron su intervención para proteger el mundo subterráneo, que intercediera ante la Pachamama. Era como un canto quedo, un murmullo en voz baja.

—Madre de la naturaleza, ayúdanos a cerrar todo vestigio de nuestra salida al Hanan Pacha. Somos tus hijas, ayúdanos a cubrir nuestras huellas, para que no encuentren tu mundo y lo profanen; las ambiciones lo destruirían, madre, escucha nuestros ruegos.

La tierra empezó a vibrar levemente; comenzó a incrementarse, pasó a ser un terremoto de magnitud 9.0 en la escala de Richter. Las guerreras no se alteraron, seguían invocando a la Pachamama, con ruido ensordecedor; el suelo se abre, de sus entrañas surgen colosales piedras. La madre tierra siguió pariendo poderosas raíces; parecían seres vivos. Envolvieron las grandes piedras. Lentamente las elevan, en una suerte de equilibrio mágico, cubriendo el gran forado. Se escucha un extraño sonido, que se convierte en música; son unas pequeñísimas aves canoras. Otras aves se unen, son una especie de violines.

Las plantas, como bailarinas exóticas de un mundo extraño, místico, incomprendido, comienzan a danzar, siguiendo la música. Las hojas crecieron, los pétalos comenzaron a florecer; eran autoluminiscentes, de espectaculares colores iridiscentes, una variedad infinita. Abren sus capullos, compitiendo entre ellas en color y

luz, en un baile interminable de placer, colores tan potentes, aumentados por lo tenue de la iluminación, del mundo subterráneo, que herían los ojos.

Delpino, Colquehuanca y Pérez trataban de no perder el equilibrio, tampoco la razón; ya no sabían lo que veían, pensaban en algún alucinógeno natural; en el ambiente los estaba afectando. Al ver la serenidad de las guerreras, se recomponen con vergüenza; los tres se repetían: “No es verdad, todo es ilusión, nada es real”

Fueron a los otros dos distritos, y se repitió lo mismo. Las entradas quedaron selladas por rocas. Se preparó el pago a la tierra; los policías y Delpino estaban invitados, ya formaban parte de las Apu Supay; también supieron que la traición lo pagarían con su vida. Tras el juramento de fidelidad, ellos recibieron su taleguita de “sueño dulce”, ofrendaron una gota de sangre, quedaron unidos de por vida, para siempre al mundo espiritual andino. Así nació el clan Hanan Pacha; su misión sería muy importante, ellos serían sus ojos, oídos y su conexión con el mundo de arriba.

CANIBALISMO Y SATANISMO



Cap. 44. Una mujer estaba encadenada, con unos grilletes que colgaban de la pared; lloraba desconsoladamente, abrazando su prominente embarazo. Entran dos mujeres vestidas con batas blancas, se le acercan con unas hipodérmicas; la mujer se defiende como fiera herida, no puede hacer mucho; está encadenada y su estado de gravidez no le permite hacer mucho. Muy a su pesar la inyectan, dos veces; el objetivo era apresurar el parto. Un salón bellamente decorado, donde sobraba el lujo y la elegancia. La costosísima joyería que adornaban a las damas fácilmente podría suministrar alimentos y medicinas a un país del tercer mundo, por dos años enteros. Los cubiertos de acero inoxidable 18/10, finalmente tallados a mano. Finísimos manteles, bordados con hilos de plata y oro. Todo gritaba riqueza.

Los cocineros, mozos, barman y personal de limpieza parecían sacados de una revista de modelos. Un solitario piano rompió el silencio interpretando sonata de muertos. Una gran exclamación escapó de todos los asistentes, que se ponen de pie. Los vasos ornamentales son servidos con bebidas, cocinadas y maceradas con plantas altamente alucinógenas.

Las puertas se abren, ingresan varias personas vestidas con una especie de sotana roja, se ubican ante una pasada cortina negra, se encienden velas; la sonata de muertos seguía sonando. Se anuncia la presencia del sacerdote; el ambiente se electriza. Un hombre con sotana negra y roja ingresa, cada paso estudiadamente lento;

un cántico lo acompaña. Situado en el centro de los hombres de sotanas, levanta los brazos, saluda a los asistentes, un mozo le acerca un vaso, lo levanta, lo bebe, todos lo imitan. El olor a palo santo e incienso y perfumes caros inunda el ambiente. Los rostros comienzan a distorsionarse por efectos del potente alucinógeno. Apagan las luces, las velas alumbran, corren las cortinas; el altar queda a la vista de todos, un busto de un macho cabrío, un murmullo recorre el aposento.

La voz del sacerdote se eleva sobre la música, que subió de volumen. Da inicio a la ceremonia, oficia una misa ritualista satánica, cánticos, rezos, petitorios, alabanzas, promesas y juramentos. A cambio de riquezas, salud, amor y éxito. Todos sabían que tenía un costo, pero no importaba; dispuestos a todo por alcanzar sus aberrantes objetivos.

El proceso del alumbramiento era acelerado mediante medicamentos. La mujer de hermosos rasgos andinos se quejaba, tratando de contener las contracciones, inducidas mediante ampollas de oxitocina. Estaba segura de que algo muy malo les pasaría a ella y su bebé. Lloraba pidiendo compasión. Después de tanto suplicar, se dio cuenta que no lograría nada de esas personas. Comenzó una especie de canto en quechua, con la voz quebrada; presentía su final y el de su bebé. Pidió a gritos, con el corazón roto, sosteniendo su panza:

—Khuyayki wawita, Khuyaway.

—¡¡¡Tayta Wiracocha ama hina qispiy, qhespichiy, wawita tayta, taytaaa!

—¡Tayta, Wañuy Supay, Wañuy!

Una de las mujeres con bata blanca se acerca al sacerdote, le habló al oído; este deja escapar un rugido de satisfacción. Le comunica a la congregación:

—¡El sacrificio está listo, hermanos!

Seis camareros entran cargando una bandeja de oro. Traían a la mujer desnuda, a punto de parir; le inyectaron un tranquilizante. Ella, a pesar de todo, no dejó de llamar al padre Wiracocha. Su resistencia era increíble; seguía murmurando, con voz apagada, llamando al padre, pidiéndole ayuda. Deseaba morir con su bebé dentro de su panza. Es el final de las dos; le habla a su bebé:

—Sé que tú me escuchas, mi princesa inca. No salgas, wawa, quédate ahí, muy dentro de mí, no salgas, te van a hacer mucho daño. Mi wawita, vamos a morir juntas...

Los asistentes, al ver a la mujer y su prominente vientre, aúllan; los rostros cambian, de sus gargantas salen una serie de gruñidos, están salivando, perdiendo todo atisbo de humanidad, difícilmente se contienen. El paroxismo llega a su clímax.

El padre Wiracocha escuchó; también la Pachamama, toda la naturaleza. La noticia llega, no tienen tiempo de planificar, la premura es inminente, tienen que actuar con suma rapidez, cargan sus armas. No sabían a quién se enfrentarían. Corren a todo lo que daban sus piernas; los gorilas ayudan cargando las armas.

La mujer seguía soportando; el parto se estaba dilatando mucho, parecía que el bebé no quería nacer. Las enfermeras se acercan al sacerdote y proponen hacer una cesárea, de emergencia; él pide esperar una hora.

Los mozos vuelven a servir bebidas alucinógenas, y siguieron entonando cánticos.

En la finca aledaña se escucha un sonido sordo; las guerreras salen, sin perder un segundo, avanzan rampando, tratando de no hacer ruido. Los gorilas transportan las ramas en sus espaldas, también cuerpo a tierra. Ven muchos autos Rolls-Royce, Bentley, Mercedes-Benz y otros más. Autos de lujo, que son sinónimo de lujo supremo y opulencia. Muchos guardaespaldas, armados, usarían los zutanvrios. La comandante Kusiquyllur levanta la mano haciendo señas.

Las guerreras ven el Zutanvrio de la comandante surcar los aires; ellas también lanzan los suyos pronto ven caer a muchos guardas. Los guardaespaldas no esperaban una acometida tan silenciosa; no saben desde dónde viene el ataque. Piensan que son drones, con comandos a control remoto, cargados con armamentos; los guardas se parapetan, pero los zutanvrios se mueven con el pensamiento de cada guerrera, los buscan y descienden a tal velocidad matándolos; no se quedan en el cuerpo, regresan.

Ningún proyectil hace eso. Esta tecnología es desconocida para ellos, acostumbrados a las armas de última generación. Disparan sin un objetivo claro; sus movimientos no siguen un patrón determinado; los que quedan corren buscando a las personas que los comandan. Ellas en silencio les vuelven a dar órdenes a los zutanvrios, y los pocos que quedaron también sucumben; no quedó ninguno. Los hermosos autos terminaron manchados de sangre, que ni el dinero podrá lavar.

Los guardaespaldas ya habían alertado del ataque; las puertas fueron cerradas herméticamente, los vidrios

eran a prueba de balas; estarían a salvo para terminar tranquilamente la misa negra. Cuando todo terminara harían una llama a los “limpiadores”, ellos se encargarían de desaparecer todo. Se preparan para bajar al sótano; allí tranquilamente podrían culminar su ceremonia.

Kusiquyllur les ordena a los gorilas que disparen el varayoc y abran puertas y ventanas; estas vuelan en miles de partes. La Comandante entra corriendo, siente varios golpes en el cuerpo, inmediatamente comprende que son balas, no se detiene, lanza su Zutanvrio y dispara a todo lo que se mueve. Casi la mayoría de los miembros de la secta estaban en el sótano; cerraron la puerta dejando algunos rezagados afuera. Las guerreras los acabaron sin compasión. Le ordena a Mig que ataquen por el subsuelo. Muy lejanas se escuchan algunas sirenas de patrulleros policiales.

Kusiquyllur siente que la vida se le va. Le pide a Wira-cocha llegar con vida al mundo subterráneo; alguien la sostiene, voltea, es Huaynaputina, una gran sonrisa se dibuja en su rostro. La valerosa Comandante, comprende que su final llegará pronto. Le devuelve la sonrisa:

—Muy pronto estaremos juntas, hermanita.

Con renovados bríos le ordena a su Zutanvrio abrir la puerta; este se levanta en el aire, vibra, toma altura y descende a velocidad abriendo un forado en la puerta del sótano. A la vista, una escalera de caracol; ella no tiene tiempo para bajar, se agarra de la baranda, toma impulso, vuela en el aire y cae al fondo del sótano. Vuelve a sentir golpes en el cuerpo. En ese momento la

tierra se abre, Mig emerge con varias guerreras, el enfrentamiento es terrible, el sacerdote gritaba:

—¿Quiénes son ustedes, no podrán contra nosotros? Mi amo y señor Satanás nos protege.

Se vuelve y apunta con su arma a la cabeza de la embarazada. La comandante sabía que no tenía nada que perder; se abalanza sobre el hombre que la recibe con un balazo que remeció su cuerpo. Usando todo lo que le quedaba de fuerzas, le asesta un cabezazo, que le revienta la boca y nariz al hombre. Le ordena a su Zutavrio que lo mate; la pequeña lanza cumple la orden.

Se acerca a la mujer que solloza convulsivamente; la gran sorpresa es para las guerreras: está a punto de parir. Se abraza a la comandante con desesperación y le dice:

—No permitan que sacrifiquen a mi wawa, cuídenla, ahora es de ustedes.

—No te preocupes, mujer, serás madre, y vas a criar a tu hija, eres libre. Tú llamaste al padre Wiracocha, y él nos envió a rescatarte. Ese maldito loco, sádico, enfermo, y su secta, ya no le harán daño a otra mujer.

Da la orden de retirada; lo hacen rápidamente. Esta vez las sirenas se escuchan cerca, las voces de los policías, ordenando que salgan con las manos arriba. Entran al Kaspacha Uray y ordena disparar los lanzamisiles, para borrar todo. Las explosiones toman por sorpresa a los policías que corren a refugiarse, y por el grado de destrucción, piensan que no quedó nadie con vida. Aun así, piden refuerzos y ambulancias. Las guerreras sellan la entrada al mundo subterráneo.

ADIÓS KUSIQUYLLUR



Cap. 45. El caminar de la Comandante Kusiquyllur comienza a ser lento, con muchas pausas; las guerreras se dan cuenta, Huchilla le ofrece el hombro para servirle de apoyo. La sostiene, ayudándola a caminar. El camino es alumbrado por las pillpintu. Pronto la tienen que cargar en una camilla; Gine la ausculta y, con gran sorpresa, descubre que tiene varios balazos; la expresión de su cara cambió. Bastó una mirada para comprender la gravedad de la comandante.

La mujer rescatada comienza a parir: Gine corre a atenderla, dejando a otras médicas el cuidado de la comandante. El parto se realiza sin contratiempos; cortado el cordón umbilical, deja que otras médicas la atiendan y regresa al lado de Kusiquyllur. Salen de los túneles; todas las guerreras ya sabían de su gravedad: tenía alojados diez balazos en el cuerpo. Mig entra en crisis, no quiere aceptar que la comandante las dejará. Gine, con temor, pero decidida, le da un bofetón. Mig abre los ojos asombrada; Gine levanta la voz para decirles:

—Nuestra comandante cumplió su ciclo entre nosotros; lo mejor que podemos hacer por ella es honrar su vida como guerrera, siguiendo su ejemplo. Ustedes saben mejor que yo que ellas no han muerto, nos están esperando. En algún momento nos tocará a nosotros y nos reuniremos. Pronto a despedirse de ella, guerreras, ya no le queda tiempo.

Las primeras luces del día despuntan, los clanes están reunidos, la noticia corre entre los apus y la madre naturaleza lo transmite a los otros suyus. Un gran pesar; con ella se termina la primera generación de guerreras. Una gran hoguera azul surge del suelo; es Huaynaputina, el espíritu de la guerra, quien extiende las manos, y le habla con voz de trueno:

—Levántate , llego tu tiempo, tu lugar te está esperando, por siempre, juntas en la eternidad. La wawa que nació dentro del mundo subterráneo tendrá por nombre. Quxirimay Ocllo el mismo padre Wiracocha eligió su destino. De ella y otras como ella parirán a las nuevas generaciones de Apus Supay; nuestro linaje no morirá, será imperecedero a través del tiempo.

Kusiquyllur toma la mano de Huaynaputina, se levanta y camina hacia el grupo de espíritus que la esperan con los brazos abiertos. La unión es perfecta; se elevan girando en un abrazo poderoso, formando un solo ser. Un hermoso arco iris es Wiracocha que se hace presente; una potente voz se eleva:

—“Allinllachu curaca Kusiquyllur”

Todos los clanes caen de rodillas, se toman de las manos compartiendo un solo sentimiento. El suelo se abre, de sus entrañas brota un pequeño remolino que las envuelve, las eleva hasta alturas insondables. En un giro tan lento que detiene el tiempo, se van hundiendo. Las maqanakuy con una rodilla en el suelo, un puño en el pecho y las cabezas inclinadas, despiden a la última comandante de la primera generación de guerreras del mundo andino del Perú.

Mig con el alma destrozada no puede evitar sus lágrimas. La segunda generación de guerreras haría honor a sus antecesoras. Casta de mujeres valientes que suelo peruano parió. Linaje de guerreras y curacas, no por sangre, sino por la elección del gran padre de los naturales del Perú, Wiracocha. Agrupando muchos pueblos y culturas, hoy unidos en uno solo: Chavín de Huántar, Mochicas, Paracas. Lima, Nazca, Tiahuanaco, Vicus y muchos otros más.

SEGUNDA GENERACIÓN APUS SUPAY



Cap. 46. Todos los suyus estaban informados de los hechos acontecidos; la comunicación era muy fluida entre todos. Se enviaron a los chasquis a todos los suyus; necesitaban una reunión de suma urgencia. Poco a poco fueron llegando todas las comandantes y las jefas de los clanes. Enviaron una invitación a Wari. En cuatro lunas se llevaría a cabo la reunión. Los Fuegos andinos, los gorilas, las guerreras, las hojitas, las Kukuyus, hasta los animales se congregaron; todos sabían la importancia de la reunión.

La presencia de la sacerdotisa Cura Ocllo impuso solemnidad. Wari, el jefe del Kaspacha Uray, se puso de pie, miró a todas las Apus Supay; la sacerdotisa tomó la palabra:

—¡Allinllachu maqanakuy yupaychay!

—Con Qusikuyllur la primera casta de valientes guerreras terminó. Es de suma importancia tener una nueva comandante en jefe de todas las Apus Supay. Ustedes saben quién de todas lo merece. Por lo tanto, serán ustedes mismas quienes la elijan; tienen tres lunas.

¡Tupananchiskama maqanakuy!

Cura Ocllo y los gorilas se retiraron. Esta noticia recorrió todos los confines del mundo andino peruano, y la votación fue unánime; todas coincidieron en la elección.

Pasados los tres días, desde muy temprano las maqanakuy se reunieron; ya tenían su elección hecha. La ceremonia del pago a la tierra estaba lista. Cura Ocllo y Wari se hacen presentes. Se da inicio a la reunión; las comandantes y las jefas de clanes dan tres pasos delante de los batallones. El clan Fuegos Andinos, muy nerviosos. La sacerdotisa tomó la palabra:

—Estamos esperando la respuesta a su elección; una vez hecha, es irrevocable.

La Comandante Pukiu toma la palabra respondiendo por todas:

—Por votación unánime decidimos que la comandante Mig sea la nueva comandante en jefe de todas las Apus Supay.

Una a una, comandantes y jefas dan un paso adelante, y pronuncian un nombre que se repitió en todas, resonando: Mig, Mig, Mig.

Mig al escuchar que todas repetían su nombre, se llevó las manos al rostro; su cuerpo se estremecía en sollozos, no podía creerlo, se asustó de tanta responsabilidad, se juró a ella misma no defraudar al mundo subterráneo. Huchilla quiso acercarse, abrazarla, festejar juntos, pero se detuvo; ahora era la comandante en jefe de todo el mundo subterráneo. Mig lo mira y le tiende su mano; él se acerca tímido, sintiéndose poca cosa. Ella le susurra:

—No tengas miedo, desde hoy seré la nueva comandante en jefe, pero nunca voy a dejar de ser tu esposa, hasta que la muerte nos separe.

Huchilla no quería llorar, aguantó todo lo que pudo, bajando la testa avergonzado; dejó escapar sus sentimientos de hombre, convertidos en lágrimas ardientes. El griterío fue ensordecedor. Un espléndido arco iris se dibuja en el horizonte; es la presencia del padre Wiracocha, los espíritus de las guerreras se presentan. El clan Fuegos Andinos lloraba abrazados; humanizados, hermanados, no existía diferencia entre ellos, solo eran guerreros que luchaban por un mundo mejor.

Nació la segunda casta de guerreras, del mundo subterráneo. Kaspacha Uray un mundo subterráneo, desconocido, oculto, que cobija seres mágicos de guerreras andinas, del imperio incaico. No están solas; el padre de los Andes, las protege, los espíritus y los animales mágicos que las acompañan. Su bravura sin igual, muchas veces, superaba su dolor. El primer matriarcado andino estaba creciendo; pronto se convertirían en legiones de feroces guerreras, que poblarían los cinco suyus. Apu Supay, sumergidas en un mundo desconocido y secreto. Un mundo subterráneo, escondido bajo los pies del suelo peruano.

HISTORIA, ESCRITA Y CONTADA



cap.47. Gine daba vueltas, dubitativa; un mar de sentimientos se agitaba en su pecho. Al principio, no comprendía a la Apus Supay. Ella misma, inmersa en el tráfico de órganos, se justificaba pensando que eran donantes; en el fondo, ella sabía que no lo eran. Personas engañadas con un poco de dinero, pobres, analfabetas que no consintieron, y no sabían sus consecuencias. No puede volver el tiempo atrás, pero sí puede dejar su experiencia, como médica, una pequeña contribución a todo el daño hecho.

Su corazón se rompía en mil pedazos, pensando en esas mujeres que morían por salvar a otras. Muchas tenían la vida rota, sin recuerdos de su vida en familia, y aun así daban los retazos de lo que les quedaba de vida, por otras personas, liberándolas de la esclavitud y explotación. A pesar de sus intervenciones, eran anónimas, desconocidas; nadie sabía si realmente existían o eran producto de la imaginación afiebrada de algunas personas. Tal vez en un futuro las podrían encontrar, y cuando confirmaran su identidad, serían incomprendidas, juzgadas por sus métodos, por tomar las armas en sus manos y hacer justicia por su cuenta. Quizás condenadas por la ley del hombre.

Gine lo pensó mucho, dio mil vueltas madurando la idea, decidió escribir, contar la real historia de las mujeres guerreras. Tenía que recopilar datos, hacer muchas preguntas; con suerte aún quedaban algunas guerreras de la primera generación. Pediría permiso a la

Comandante en jefe, Mig; claro, corría el riesgo de que ella se negara.

Con dudas y sin hacer planes, pidió hablar con la comandante Mig. Le conceden la entrevista; Gine está nerviosa, daba vueltas pensando cómo hablarle. Le dicen que puede pasar; ella respira hondo, exhala el aire y camina a su encuentro.

La Comandante Mig era delgada y pequeña de tamaño. Pero ahora parecía haber crecido; su aspecto físico en general cambió. Los ojos rasgados se clavan en ella como queriendo taladrar sus pensamientos, por varios minutos. Se siente un tanto incómoda, no sabe qué actitud tomar; las manos le tiemblan, la boca seca. Mig parece que disfrutaba; por fin le pregunta:

—¿Puedes decirme la razón de tu visita?

—Comandante Mig, deseo su permiso para escribir la historia del mundo subterráneo, de cada una de las Apu Supay, sus razones y motivos de su existencia, cómo se conformaron en batallones militares, su estructura. ¿Qué defienden, cuál es su objetivo? ¿Quiénes las subvencionan y apoyan?

Quiero que sepan la verdad sobre ustedes, y no los imaginarios de los periódicos. Quiero escribir sobre ustedes; cuando yo fallezca, otra tomará mi lugar y seguirá escribiendo sobre ustedes. Que no desaparezcan de la historia, y las borren como si jamás existieron. Ya que forjaron su propia historia con sangre, y su vida misma. Un matriarcado de guerreras del mundo subterráneo. Contar sobre los espíritus sagrados, su grandeza y valor, un registro de su existencia.

Mig se queda pensando; a ella le fascina la idea, le da la espalda para ocultar su emoción, después entra en razón y le responde a Gine:

—Volverás dentro de cinco lunas por la respuesta; voy a consultarlo.

Gine se asombra, y se pregunta: “¿Con quién lo va a consultar si ella es la comandante en jefe?” Mueve la cabeza y se retira.

Mig envía a un emisario para hablar con Wari; le contestan que en dos lunas se reunirán. Se aleja y quiere estar sola, sube a un apu, se acuesta boca arriba, pone las manos sobre la tierra, observa el cielo y habla con los espíritus sagrados:

—Comandantes; Huaynaputina, Killasisa y Kusi-quyllur me dan permiso para escribir nuestra historia. A mí me gustaría que el mundo conociera que somos reales. No quiero decidir por mí sola; espero la respuesta de ustedes, siguió hablando, hasta que se quedó dormida.

Las jefas de clanes toman el control, dejan a la comandante meditar, sin interrumpirla. Huchilla la despierta suavemente; ella da un salto, había dormido cinco días, se quedó asombrada. Baja corriendo, casi choca con Wari que la esperaba; ella se avergüenza y se pone seria, ensaya una sonrisa, hace una flexión. El jefe del Kaspacha Uray ríe sonoramente de las torpezas de Mig; todas lo miran. Todo estaba preparado: la ceremonia ancestral, el pago a la tierra. Se pone roja como una manzana, y a la vez contenta por el desenvolvimiento de las guerreras. Corre a bañarse, regresa, toma su lugar con expresión adusta.

Da comienzo la ceremonia El arco iris de Wiracocha, en el cielo, los espíritus de los andes, los batallones de guerreras. Tanky al lado de Wari, el jefe de los gorilas. Las cinco hermanas, las primeras comandantes: Tupu, Sullay, Rumillana, y muchas más. Todo el Kaspacha Uray estaba presente.

Wari se acerca, le coloca un quipu con cinco nudos, y con voz rasposa dice:

—Comandante Mig llenarás de gloria, el mundo andino.

Las maqanakuy abren la boca asombradas; Wari ya articula algunas palabras, y qué calladito lo tenía. Los aplausos estallan rompiendo el silencio; Mig llora, y se jura ser la mejor jefa del mundo subterráneo. Salta emocionada; inmediatamente se da cuenta de su error y se queda quieta; todas ríen. Mig sigue siendo temperamental, no cambió...

APU SUPAY

INDICE

INDICE APU SUPAY

- CAP.1. Comunidad religiosa, los hijos de dios.
- Cap. 2. Zutanvrio negro.
- Cap.3. Hadas maravillosas.
- Cap. 4. Pampa linda.
- Cap. 5. Rescate.
- Cap.6. Cara de Ángel y Kuychi.
- Cap. 7. Retaco y Piurano.
- Cap. 8. Integración de Gine.
- Cap. 9. Encuentro Zugu y Kuychi.
- Cap. 10. Elección.
- Cap. 11. Adolescentes.
- Cap. 12, Minería en las Pampas de Nazca.
- Cap. 13. Puno.
- Cap.14. Litio retos y triunfos.
- Cap. 15. Huaynaputina, Killasisa, Kusiquyllur y Puriq.
- Cap. 16. Pequeños gorilas, de la Manada Puños.
- Cap. 17. Juan preso.
- CAP. 18. Colquehuanca, Delpino Pérez.
- CAP. 19. Rescate de Juan.
- CAP. 20. Kutirimpuy y Nuna.
- CAP. 21. Fuegos Andinos.
- CAP. 22. Proyectos Pishqa suyus.
- CAP.23. Balneario las Collas.
- CAP. 24Fuegos andinos.
- CAP. 25. Viaje fantástico.
- CAP. 26. Espíritus de la Guerra.
- CAP. 27. Wasis.
- CAP. 28. Los Fuegos Eligen Comandante.
- CAP, 29. Extorsión.

- CAP. 30. Los alcaldes.
- CAP. 31. Creación Clan Chasquis.
- CAP. 32. Costa Norte.
- CAP. 33. Sierra y Selva norte Perú.
- CAP. 34. Costa sur Perú.
- CAP. 35. Sierra y Selva Sur Perú.
- CAP. 36. Lima, el Achachi y Las Lunares.
- CAP. 37. Rescate.
- CAP. 38. Brujo Ninan y Killasisa.
- CAP. 39. Gorilas puños.
- CAP. 40. El mundo Subterráneo.
- CAP. 41. Bamboo y Haku.
- CAP. 42. Batalla de Añay.
- CAP. 43. Sellan las Entradas.
- CAP. 44. Canibalismo y Satanismo.
- CAP. 45. Adiós Kusiquyllur.
- CAP. 46. Segunda generación.
- CAP. 47. Apu Supay
- CAP. 48. Historia Escrita y Contada.

GLOSARIO

TRADUCCIÓN: QUECHUA – ESPAÑOL

- **Pikichaki** = Pies ligeros, hijo de Naga.
- **Puriq** = Caminante, andariego. Hijo de Naky.
- **Parya** = “Gorrión” Hijo de Sukay.
- **Purmakana** = “Fuerte y poderoso como un Puma” Hijo de Wari y Tanqui.
- **Pacha**: “Tierra” Hijo de Temi
- **Kuychi** = Arco iris. Hija de Zugu.
- **Kukuyus** = Luciérnagas.
- **Pillpintu** = Mariposas.
- **Pichinkucha** = Gorrioncito.
- **Yana Allqucha** = Perrito negro.
- **Wira** = Gordo.
- **Wasis**- Casas. **Wasi** - Casa
- **Paykuna Upallanku** = Las calladitas.
- **Lluqui** = Izquierdo. Gorila.
- **Chuwi**: Simpático, agradable. Gorila.
- **Kutirimpuy** = Renacer.
- **Phuyus** = Nubes
- **Nuna** = Alma, espíritu.
- **Yumya**- Trueno, tronar luminoso.
- **Q'orianka** -Ave dorada
- **Billuyo**= Dinero.
- **Pishqa Pachak** = 500
- **Fenta**- Fentanilo (droga).
- **Chuchuhasi**- Bebida usada en rituales, macedado, a base de hierbas alucinógenas y alcohol (yonque). Oriundo de la selva del Perú.
- **Pomposamente**= De gran importancia.
- **Shina White**- Droga derivado del fentanilo.
- **Supaypawawa**- Pequeño hijo del diablo.

- **Hanan Pacha**= Mundo de arriba.
- **Añay** =Gracias. Distritos de Lima.
- **Haku** =Vamos. Distritos de Lima.
- **Colquehuanca**. Dinero de los Huancas.
- **Tamyasisa** = Flor de lluvia.
- **Khuyayki wawita, Khuyaway**= Te amo be-bíta, tú me amas.
- **Tayta Wiracocha, khuyayki wawita, khuyaway, tayta taytaaaa** = ¡¡¡Padre Wiracocha, por favor, salva a mi bebida, sálvala, padre, padreé!!!
- **Wañuy Supay Wañuy Tayta**= ¡Muerte a los diablos padre!
- **Allinllachu curaca Kusiquyllur**= Bienvenida Comandante Kusiquyllur.
- **Anqasmayu** = Azul como el río.
- **Chasquis** = Mensajeros andinos. Corredores.
- **Qori Inti**: Oro del sol.
- **Takiy**= Cantar y alegrarse.
- **Zugu** = Capullo de oruga. Lengua Otomí. México Los otomíes u (otontin) eran una sociedad guerrera, famoso por sus feroces guerreros, una orden militar de élite azteca.
- **Pantera Negra y Peje Dorado** = Empresas informales de extracción de minerales.
- **Templos del Triunfo y de la Sagrada Familia**. Plaza de armas Cuzco Perú.
- **Quxirimay Ocllo** Una descendiente del noveno Inca **Pachacuti**, El reformador del mundo andino. **Quxirimay Ocllo** fue la esposa principal de **Atahualpa** y estuvo a su lado hasta el 23 de julio de 1533, día en que fue ejecutado.
- **Puños**. Raza misteriosa y desconocida de gorilas enanos, viven en manada.

- **Chalecos o Guaruras** = (Guardaespaldas o cuidadores) Hombres que trabajan dando seguridad.
- **Nänä** = Mamá. Lengua Otomí, México
- **Wawas** = Bebés
- **Illas, Illapas** = Rayos, truenos
- **Chukinqa** = Arma de guerra ancestral. Arco de tiro, lanzamiento de tres flechas a la misma vez.
- **Kunturi** = El enviado de los espíritus ancestrales, (Hermano de África).
- **Ayapampa** = Cementerio.
- **Yurak o Yuraq** = Blanco.
- **Ama Hina**, = Lo más cercano a la traducción de: “por favor”
- **Wañuy**= Muerte o murió. Diosa andina de los muertos.
- **Supay, Supaypa** = Demonio, demonios.
- **Fuegos Andinos** = Viringos híbridos, oriundos del mundo andino subterráneo, Perú.
- **Napaykamuyky Huaynaputina** = Te saludamos Huaynaputina.
- **Achachi** = Viejo o abuelo.
- **Pircar** = Construir un cerco, rodear un terreno, Cercar.
- **Allinllachu**= Bienvenido/ bienvenida.
- **Huaynaputina** = (Volcán joven). Comandante en jefe De las APU ASUPAY, primera generación.
- **Killasisa** - (Flor de Luna) Segunda comandante de las APU SUPAY. Primera generación.
- **Kusiquyllur** - (Uñas bonitas) Tercera comandante de las APU SUPAY. Primera generación.
- **Comandantes: Chaska** = (Estrella): Antes jefa del clan Huk, (1). **Comandante Achanqara**=

“Flor de Begonia”. Antes jefa del clan Iskay: (2). Con los clanes Iskay y Huk. Ellas protegerían toda la costa norte. Sus provincias, distritos y poblados.

Comandantes Llasha = “Tierra de dioses”. Antes jefa del clan **Kimsa**. (3). **Comandante Nayaraq** = “La que tiene deseos”. Antes jefa del clan **Tawa**. (4). Las dos comandantes y los clanes fueron a la costa sur del Perú.

- **Comandantes: Pukiu**, = “Manantial” Antes jefa del **clan Pishqa**, (5). **Comandante: Wakchilla** = “Garza” Antes jefa del **clan Suqta**. (6) Y los clanes **Pishqa**, y **Suqta** Designadas a la sierra y selva sur del Perú, con sus provincias, distritos y poblados.
- **Comandante: Yanawayta** = “Flor negra”. Antes jefa del **clan Qanchis**. (7). **Comandante: Yawar** = Sangre, nombrada recientemente. Y los clanes **Qanchis** y **Pusaq**, se dirigieron a la selva y sierra sur del Perú.
- **Mig, Killasisa y Kusiquyllur**, Los clanes de **Isqun** y **Chunka** y los **Fuegos Andinos**, se quedaron en la región Lima
 - **Mamay Qucha o Yacumama** = Madre del mar. Agua del río
 - **Warmi Hatun Sinchi** = Mujer grande y valiente.
Kullu= Tronco o madera.
 - **Chirimpu, Chirimpuy**= Trigo hervido, seco.
 - **Chinkanas** = Túneles laberínticos ancestrales
 - **Anqasmayu** = Azul como el río. O río azul.

- **Los malditos** = Facción delincriminal dedicados a la explotación y extorsión de personas.
- **Atuq o Atuk** = Legendarios zorros andinos ancestrales.
- **Laberinto Pétreo.** Muchos caminos entrecruzados de piedras, sin señales, lugares dónde te puedes perder.
- **Amaru Inca Yupanqui** = Uno de los 14 incas del Perú antiguo. Zona arqueológica, distrito de Lima.
- **Terra Nova** = Tierra nueva, Restorán del balneario **Las Collas**, Arequipa.
- **Bätsi:** Hija, lengua Otomí, México.
- **Sueño de Ángel:** Cortar el flujo de sangre al cerebro, mediante un golpe en el cuello con los dedos, retorciendo la yugular.
- **Chunka hukniyuq:** Número once (11).
- **Talega de Sueño Dulce:** Bolsita pequeña con hierbas venenosas, colgada del cuello, a modo de escapulario.
- **Hanan Pacha-** Mundo de arriba
- **Kawsayta hamuy rikurisun Curaca Huaynaputina** " =Nos veremos en la próxima vida Comandante Huaynaputina. Nos volveremos a encontrar Comandante Huaynaputina.
- **Yupaychay Napaykamuyky Huaynaputina.** Honor saludamos a ti, Huaynaputina.
- **;;;Tupananchiskama Curaca Killasisa!!! ;;;**Hasta que la vida nos vuelva a encontrar, Comandante Killasisa!!!

- **¡Allinllachu Maqanakuy Yupaychay!** = Bienvenidas guerreras es un honor.
- **Yupaychay** = Significa respetar, honrar, ¡valorar!
- **Hadas Maravillosas:** institución para niños huérfanos, en Pampa Linda, Perú.
- **Balneario Las Collas Arequipa:** Las collas. Ellas poseían un gran poder en el Tahuantinsuyo, su rol de líder nunca fue opacado o cuestionado por su pueblo, se encargaban de liderar a las mujeres, asimismo, dirigían los cultos religiosos, que sugieren la existencia de una estructura de autoridad dual, donde la coya representaba a todas las mujeres.
- **“Qota Anchancho”** = Demonio de las milenarias aguas del Lago Titicaca Puno Perú. De sus aguas emergió un gigantesco demonio, que con su furia arrasaba todo lo que encontraba a su paso.
- **Ojotitas** = “ojotas”, Se hace referencia a sus zapatos, Especie de sandalia usada antaño por los indígenas de Perú, hecha con piel y fibras vegetales. Son mujeres muy jóvenes traídas desde la sierra con engaños o secuestradas para esclavizarlas.
- **Coconitas** = Se hace referencia a una fruta tropical oriunda de la selva del Perú, La cocona es una fruta rica en características nutritivas. Su contenido posee carbohidratos, hierro, vitamina B5, B12 y C, calcio, caroteno y fósforo. Las mujeres muy jóvenes oriundas de la selva, reciben este apelativo.

- **Charapitas** = Especie de tortuga acuática pequeña, que habita la región amazónica del Perú. Apelativo que se le da a las mujeres jóvenes del Amazonas.
- **Araña bananera** = Araña venenosa que habita entre plantaciones de plátanos en la selva del Perú.
- **Kay pacha:** El mundo del medio. En la mitología Inca al Kay Pacha se le definía como el mundo terrenal.
- **Colca** = Granero o estructura de almacenamiento; donde se almacenaban alimentos y bienes.
- **Uku Pacha** En la mitología inca, a Uku Pacha se le definía como el mundo de abajo, que era el mundo de los muertos, de los no natos y de todo aquello que se encontraba bajo la superficie terrestre o acuática.
- **Kaspacha Uray** = Mundo mágico, subterráneo.
- **Kukamiria pueblo indígena Perú:** Los pueblos indígenas representan aproximadamente el 40% de la población del Perú, con una población de entre 8 y 9 millones de personas. Se estima que hay más de 60 grupos indígenas dispersos en las regiones de la sierra, la costa y la Amazonía.
- **Zugu** guerrera otomí. Descendiente de **Tzilatzin**. Cultura OTMÍ México. Guerrero otomí, atacó con gran fiereza a los invasores; quienes huían despavoridos. Llegó a ser temido incluso por los propios mexicanos.
- **Guerrera japonesa: Tomoe Gozen (巴御前)** (¿1157? = ¿1184?) fue una guerrera samurái u

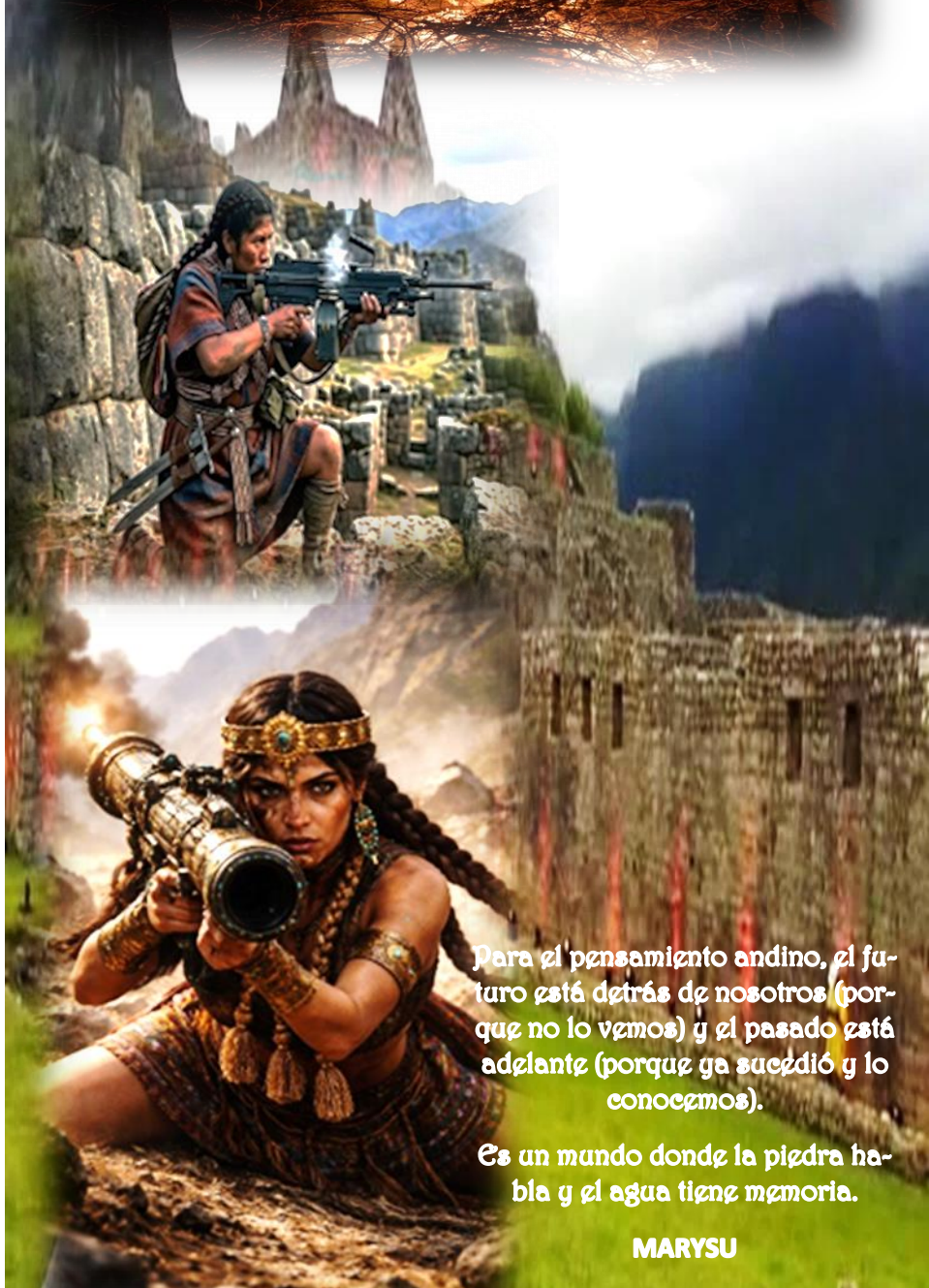
onna bugeisha en la historia de Japón, durante el período de las Guerras Gempei (1180=1185)

- **Guerrera Boudica:** La reina de los ícenos levantó un ejército de más de 60.000 hombres contra las legiones romanas que ocupaban Britania y que la habían sometido a ella y a sus hijas a una terrible humillación tras la muerte de su esposo, el rey Prasutago.
- **Guerrera China: La general Fu Hao,** esposa principal del emperador **Wu Ding**, fue una comandante militar por derecho propio. Estudios de las antiguas escrituras china.
- **Njinga Mbandi:** Guerrera y reina. La apasionante historia de la reina guerrera africana que resistió por décadas a la ocupación europea y que "inmolaba a sus amantes" Pero hay en algo en lo que los historiadores coinciden: en destacarla como una de las mujeres africanas más célebres por su ferviente lucha durante cuatro décadas contra la ocupación europea y la esclavitud de su pueblo.
- **Guerrera Nanisca:** es la lideresa de las Agojie, un grupo de sólo mujeres. Las guerreras Agojie, llamadas en Occidente las Amazonas de Dahomey, conformaron el único regimiento militar exclusivamente femenino del mundo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Una unidad militar de élite, como una especie de servicio militar obligatorio.
- **Búdica reina guerrera:** En el año 60 d.C., la reina de los ícenos encabezó una gran revuelta contra los invasores que habían asesinado a su marido, la habían sometido a un trato degra-

dante y habían violado a sus hijas. El levantamiento fue sofocado, pero acabó con la vida de unos 70.000 romanos y britanos aliados suyos.

- **Seres elementales:** Según Paracelso y sus seguidores, las cuatro categorías básicas de elementales son las siguientes: gnomos (Tierra), ondinas (Agua), sílfides (Aire) y salamandras (Fuego) Seres elementales primarios, **Aire y Agua.**

APU SUPAY Y LOS PISHQA SUYUS



Para el pensamiento andino, el futuro está detrás de nosotros (porque no lo vemos) y el pasado está adelante (porque ya sucedió y lo conocemos).

Es un mundo donde la piedra habla y el agua tiene memoria.

MARYSU